Dana Darius

LAS chicas DE ORO



Dana Darius

LAS chicas DE ORO



Mde la lectura
Servicios editoriales

Las chicas de "oro"

DANA DARÍUS

M de la lectura
Servicios editoriales

Copyright © 2025, Dana Daríus.

Las chicas de ~~h~~oro

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ISBN: 978-84-09-69888-2

N.º de registro: uUEgtplU-2025-02-07T12:40:37.192

Sello: Independently published

Cubierta, corrección y maquetación: Magia de la Lectura, Servicios Editoriales.

Índice

Nota de la autora

Prólogo

1. Una idea de lo más loca
2. Las chicas de «horo»
3. Locura total
4. Un beso y un hasta pronto
5. Unas abuelas de lo más locas
6. Maleta lista
7. Me faltas tú
8. Amigas y recuerdos
9. Mi primera noche sin Will
10. Haciendo amigos
11. Un nuevo grupo
12. Juventud, divino tesoro
13. Sorpresas
14. Una noche de lo más loca
15. Un lugar impresionante
16. Primera parada, Ocho Ríos
17. Vaya viajecito
18. Palabras que duelen
19. Un lugar para olvidarte de todo
20. Secretos y mentiras
21. Cuentos para nunca acabar
22. Cozumel
23. La peor noticia de mi vida
24. Spa y relajación
25. Ocean Cay
26. Intimidad
27. Es la hora de la verdad
28. Todo llega a su fin
29. Cesión y vuelta a casa

30. Dulce despedida
Epílogo

Agradecimientos
Acerca de Dana Daríus
Otras publicaciones de Dana Daríus

Para todas aquellas personas que han sentido que necesitaban escapar, que han llorado, han reído y han amado como jamás lo harán.
A las que han creído en algún momento que no podrían hacer algo, pero lo han hecho.
Porque a veces somos más fuertes de lo que pensamos, por eso, esta historia es para vosotros, espero que disfrutéis de este viaje.

Nota de la autora

Las chicas de "horo" es una novela de ficción, en ella también quise reflejar los problemas reales de la maternidad, todo aquello que muchas veces no te cuentan. Ser madre es una experiencia transformadora, pero también puede ser agotadora, confusa y, en ocasiones, solitaria. Espero que muchos lectores se sientan identificados con estas vivencias y que la historia les ayude a no sentirse abrumados por ciertas emociones que, aunque a veces se eviten en las conversaciones, son completamente normales.

Soy consciente de que, en la realidad, un capitán de barco suele jubilarse como máximo a los sesenta y cinco años. Sin embargo, esta historia, he decidido apartarme de esa norma por una razón muy concreta: quería que el romance entre este personaje y una de las secundarias, resultara creíble y viable. La literatura nos permite jugar con la realidad y moldearla según las necesidades de la historia, y en este caso, necesitaba que ambos personajes compartieran una etapa de la vida similar.

Al final, esta historia es una combinación de realismo y ficción, con personajes que desafían las expectativas y emociones que, espero, lleguen al corazón de quienes la lean.

Prólogo



¿Te imaginas que te levantas una mañana, estresada por todo lo que te rodea y, al desayunar con la abuela de uno de tus mejores amigos, aceptas irte de vacaciones con ella y sus amigas, aunque estas tengan más de ochenta años?

Pues si te soy sincera, no sé en qué pensaba cuando dije que sí, pero lo hice.

Te pongo al día de mi vida en un periquete.

Me llamo Chloe, tengo treinta y dos años, dirijo una cadena de concesionarios de vehículos de lujo en Miami junto con mi socio y marido, William. Tengo una vida que muchos considerarían perfecta, pero la realidad es otra.

Cuando tienes dinero parece que todo lo puedes, y en parte es cierto, pero hay cosas que no se pueden comprar, y cuando no consigues tus propósitos, te frustras, y esa frustración te lleva en ocasiones a la locura.

Mis mejores amigos son Anaïs y Alberto. La abuela de Alberto, Trinidad, y yo hemos compartido muchas cosas, sobre todo en una época en la que mis queridos amigos participaron en un *reality show* donde tenían que sobrevivir treinta y un días en una isla desierta, trabajando en equipo.

Pensarás que fue pan comido. Pues no.

Doña Perfecta le hizo la vida imposible a Alberto hasta que, al fin, comprendió que hasta el ser humano más perfecto también es capaz

de cometer errores. Pero eso es una larga historia que ahora no toca. En esta, las protagonistas somos Trinidad y yo, así que, cómo te iba contando, juntas creamos un vínculo especial. No es mi abuela de sangre, pero me encantaría que lo fuera.

Y como la sangre no lo es todo, se ha convertido en mi consejera, una muy sabia, por cierto, que no duda en mandarte a la mierda si es necesario, porque, entre otras cosas, tiene una boquita de oro y un pico muy fino.

Fue ella quien me animó a confesarle a William lo que sentía por él. Me costó lo mío, pero gracias a sus consejos, a día de hoy estamos casados y tenemos un bebé. Un bebé que, dicho sea de paso, es el verdadero culpable de toda esta historia.

Le quiero con locura, pero, en ocasiones, me desespera. Y eso no hay dinero que lo solucione… ni psicólogo que lo remedie.

Estar con William, últimamente, también se ha convertido en una locura. La pronta paternidad nos ha pasado factura. Casarnos tan pronto y ser padres de un día para otro nos ha superado. La monotonía ha llegado a nuestras vidas, demasiado temprano diría yo, y eso es lo que me ha hecho emprender este viaje con Trinidad.

Eso… y un poco de depresión postparto también.

Porque Matt, mi hijo, es como un pequeño demonio que llora sin cesar y me vuelve loca.

Necesitaba unas vacaciones y Trinidad me las ofreció en bandeja. ¿Quién era yo para rechazarlas? ¿Qué importaba irme con cuatro viejas octogenarias? Porque, si sus amigas eran como ella, lo iba a pasar en grande. Además, seguro que en el crucero habría gente de mi edad, y yo necesitaba desconectar. De todos y de todo. Incluso de Will y de Matt.

Porque mi misión era reencontrarme a mí misma. Y si de paso, conseguía recuperar las ganas por estar con Will, mataba dos pájaros de un tiro.

Quiero que regresen nuestras sesiones de sexo loco. Esas en las que nos arrancábamos la ropa y la dejábamos hecha jirones. Porque sin pasión no hay emoción, y eso es la chispa de la vida.

También ser la mejor madre para Matt. Una que no se encierre en el baño a llorar desconsolada cuando él también lo hace. Porque

eso no nos beneficia a ninguno de los dos.

No conozco a las amigas de Trinidad y, la verdad… me asusta un poco. Eso y que Will se quede solo con Matt. Porque, seamos sinceros, es tan novato como yo. Aunque, al menos, cuenta con ayuda. Y eso, en cierta forma, me tranquiliza.

Total, solo van a ser siete días, ¿qué podría salir mal?

Espero que no te sorprendas demasiado, porque lo cierto es que en ese corto periodo de tiempo puede pasar de todo.

CAPÍTULO 1

Una idea de lo más loca



Un llanto me despierta de forma atronadora. Dios, pero… ¿este niño tiene pulmones o bocinas?

Voy directa a su habitación y lo cojo en brazos para que no despierte a Will, aunque sinceramente dudo que él lo hiciera… Creo que ni aunque la casa se le cayera encima lo notaría. Está roncando a pierna suelta, mientras que a mí me llegan las ojeras al suelo y a duras penas he conseguido llegar a la habitación de Matt arrastrándome.

Lo elevo para acunarlo y una bofetada de realidad me golpea en forma de caca en su pañal… ¿Qué come este bebé? Juro que yo tengo una alimentación muy equilibrada, pero por lo visto él la digiere como quiere. Lo pongo en el cambiador y cojo todo lo que necesito para la ardua tarea del cambio de pañal. Me pongo manos a la obra y me encuentro una plasta de esas que tiran para atrás.

—No veas, hijo, eres guapísimo, pero haces unas cacas terroríficas, esto es una bomba nuclear —comento apartando el pañal con un asco que no te puedes ni imaginar. Él me observa con esa carita tan perfecta que tiene y emite un gorgorito típico que para mí es lo más especial del mundo.

—Si es que no puedo enfadarme contigo, eres tan bonito… —Ya sé que hablar con él es tontería, no me va a contestar, pero es que no puedo evitarlo, es perfecto.

Te voy a contar una cosa, vas a creer que me falta un tornillo o que estoy loca de remate, pero lo que siento por este niño es extraño. Lo amo con locura y daría mi vida por él, pero en ocasiones me desquicia de tal manera que juro que lo abandonaría sin mirar atrás. Son pensamientos que pasan por mi cabeza y no sé si tú eres madre o tienes amigas que lo sean, supongo que es normal tener estos sentimientos tan contradictorios, pero yo, en ocasiones, me siento superada.

No es que los niños no me gusten, todo lo contrario, me encantan, pero esperaba disfrutar de Will mucho más tiempo sola antes de quedarme embarazada, haberme preparado mucho más para este momento tan importante en la vida de toda mujer, haber leído libros, incluso. Pero no, un acto muy placentero o varios, todo hay que decirlo, han provocado esta situación. Y aunque he tenido casi nueve meses para adaptarme a mi futuro, no he sido capaz de aprender todo lo necesario y no ayuda tener a los tuyos a tantos kilómetros de distancia.

Podéis pensar que soy una mala madre; yo también lo pienso, pero juro que cuando llora sin parar me cortaría las venas con tal de no escucharle. Y no es que sea dramática, es que tener un bebé parece la experiencia más bonita de tu vida y nadie te explica que es lo más duro que harás jamás. Que dejas de ser mujer para ser una puta vaca lechera y que todo lo que has conocido hasta ahora deja de existir porque vives pendiente de una personita que depende totalmente de ti. Y es entonces cuando te lo cuestionas todo.

No saber si lo que haces es lo correcto, centrarte en ese bebé e ignorar todo lo que te rodea, llorar cuando él llora porque no logras calmarlo y eso cuando no te pones a su altura, histérica perdida porque no sabes qué le pasa y eso te mata. Eso por no hablar que la relación de pareja se va al garete, porque en la cuarentena no quieres ni que se te acerque, y cuando esta se pasa, lo único que quieres es descansar cuando el bebé no llora. Estás tan cansada y agotada…

Sientes que toda ayuda es poca, y en mi caso, ni siquiera hablar con Anaïs, que ha pasado por esto dos veces y casi juntas, me alivia este malestar que siento a veces. Creo que no sentiría lo mismo si

mis padres me hubieran ayudado mucho más. Mi padre estaba como loco ante la llegada de su primer nieto, pero el trabajo le absorbe demasiado como para dejarlo y venir aquí, y mi madre, que es para darle de comer en un plato aparte, no podía abandonar su vida por mí.

Ellos viven y trabajan en España y siempre están muy ocupados, por lo que no he podido tratar con mi madre todas mis inquietudes y miedos. Eso es lo que me hace sentirme así: el hecho de pensar que la cago en cada cosa que hago o que no sabré ser una buena madre.

Estoy acostumbrada a una vida muy diferente: salir con mis amigas, divertirme, irme de fiesta, bailar, follar sin parar, no tener horarios para nada, dormir sin cesar en mis días festivos… Y ahora siento que mi vida se ha detenido en un punto de no retorno, donde nada será igual. No es que lo odie, porque cuando miro a Matt y me sonríe, siento que me derrito, pero, a la vez, añoro mi vida de loca de atar. ¿No te pasa? No creo que sea la única persona que piense así, pero en ocasiones me siento mal por pensar esas cosas, por añorar mi vida.

Y todo esto te lo explico porque ayer me ocurrió una cosa que no sé muy bien cómo calificar. Me fui a desayunar con Anaïs y su cuñada Lucía, como hacemos cada mañana, y, mientras estábamos en la cafetería, entró Trinidad, la abuela de su marido Alberto. No sé qué vería en mí; puedo imaginar que fue desesperación, porque, mientras hablábamos de que ahora la que se iría a una isla desierta sería yo, me sugirió tomarme unos días para mí e irme con ella de vacaciones.

—No me miréis mal por lo que voy a decir —dijo, observándonos a Anaïs, Lucía y a mí—, pero creo que una temporada lejos de su familia le va a ayudar. Así que voy a lanzarle una propuesta loca, ya sabéis que yo soy así. —En ese momento todas le prestamos atención—. En nada me voy de vacaciones con mis amigas del pueblo, que vienen a verme, y he pensado que, si quieres, puedes venir. Seguro que te viene genial para aclarar tus ideas y para que la llama con William vuelva a resurgir.

Lo pensé por un momento, mientras Anaïs y Lucía me miraban esperando mi respuesta.

—No me desagrada la proposición, pero tengo que pensarlo. No quiero que William se enfade y dejarle solo con Matt; creo que no es muy buena idea. No podría irme con la conciencia tranquila.

—Pero no se va a quedar solo, seguro que Susana cuida bien de los dos, y a ti te servirá para poner en orden todos los cambios por los que está pasando tu vida. —Susana es la mujer que me ayuda con la casa y con Matt.

—¿En serio vas a pensarlo? Yo, si hubiera podido hacerlo, también me hubiera ido unos días. Total, será poco tiempo, y quizá te venga genial —soltó sin más Anaïs, animándome.

—Está bien. Lo hablaré con Will y, si le parece bien, me embarcaré en esa locura de viaje, porque, si tus amigas son como tú, seguro que estarán locas de atar.

Anaïs también cree que tengo un poco de depresión postparto, aunque ella lo llama por su nombre y no lo adorna como Trinidad. Si he de ser sincera, me gusta más el estilo de la abuela de Alberto, pero mi amiga lo que quiere es que vea las cosas como son, y no puedo negar que, desde que ha nacido mi bebé, siento que no estoy a su altura, que soy un puto desastre con patas y que Dios me ha dado un hijo para ponerme a prueba. Y yo he sido siempre más de suspender que de aprobar, así que podrás imaginarte que muy feliz no es que esté.

Al comentárselo a Will por la tarde, le pareció una idea genial.

—Tienes que aprovechar la oportunidad. Sé que estás agobiada y creo que te vendrá bien cambiar de aires —comentó sin molestarse por el hecho de que hubiera pensado en la idea de irme unos días sola.

—¿De verdad no te molesta? —pregunté sorprendida, porque, quizá, si la situación hubiera sido a la inversa, a mí me habría molestado.

—Claro que no, cariño. Te veo cada día y sé que lo necesitas, al igual que lo ha notado Trinidad. Creo que es buena idea. Seguro que, una vez que estés sola y tranquila, lo verás todo diferente.

Y entonces me decidí. Supe que aceptaría y que intentaría volver renovada y feliz, por mí y por ellos.

Mañana llamaré a Trinidad para ver cuándo nos vamos y me pondré a sacarme leche como si no hubiera un mañana, para dejarle a mi niño un banco más que surtido y que nada le falte. Aunque, si no llega, siempre nos queda el recurso de la leche en polvo. Miro hacia Matt. Está dormidito y, en este momento, me siento aliviada y a la vez enamorada.

—Sé que a veces me desesperas, pero te quiero muchísimo —digo, dándole un dulce beso en la frente mientras lo dejo en su cuna de nuevo, con la esperanza de que me deje dormir lo que queda de noche.

Parece mentira cómo son los sentimientos. Cuando conocí de pequeña a William, siempre me llamó la atención. Y cuando me enamoré de él lo veía tan inalcanzable... Hasta que una carta —sugerencia de Trinidad— nos llevó a una cena, y esa cena a unas copas, y las copas a la cama. Tras una sesión de sexo maravillosa, creí que eso sería todo lo que tendría con él, pero otra vez me equivoqué.

Eso me llevó a la mejor época que he vivido jamás. Creía que nunca querría a nadie como a Will, pero, de repente, cuando sentí a Matt en mi interior, me di cuenta de que este tipo de amor es muy distinto y mucho más fuerte que ningún otro. Porque sí, ya sé que te he dicho que, a veces, pienso en deshacerme de él, pero es porque me desquicia. Jamás podría hacerlo; es lo que más quiero en el mundo. Y ni te cuento lo que sentí al verle la cara por fin, tras ocho meses y medio de embarazo.

Estar enamorada… Creo que no lo estás realmente hasta que tienes un hijo. Ese primer encuentro es tan especial. Creo que, por mucho que me desespere, ya no podría vivir sin él, y aunque me voy a ir de vacaciones sola, lo voy a añorar cada segundo.

Me marcho a mi habitación sigilosamente tras haberlo dejado dormido y me meto en la cama con una sensación de tranquilidad inmensa. Justo cuando estoy cogiendo el sueño, vuelvo a escuchar su llanto.

No puede ser… En esta casa es imposible conciliar el sueño. Así es normal que parezca un zombi, por mucho *primer*, base, iluminador y maquillaje que me ponga.

Vuelvo sin ganas a su habitación, lo cojo y me siento en la mecedora mientras saco mi enorme pecho para que sacie su hambre.

—Venga, come un poco y vuélvete a dormir, que mamá está cansada y también quiere acostarse —se lo digo como si me fuera a hacer caso. Qué ingenua soy.

Sin saber cómo, noto que me lo arrebatan de los brazos y me sobresalto.

—Cielo, te has dormido aquí. Ve a la cama, ya acuesto yo al pequeñajo.

Miro a Will: tan guapo, despeinado, con ese pantalón bajo de cintura que me vuelve loca y esa tableta tan bien definida...

Pero sin decir nada, obedezco como una niña buena y me voy a la cama en modo robótico. Caigo rendida y, aunque mi mente, por un momento, haya pensado en las miles de cosas que haría con él en la cama, mi cuerpo no está por la labor.

Morfeo se ha apoderado de mí.

CAPÍTULO 2

Las chicas de «horo»



TRINIDAD

No sé qué ha pasado exactamente. Estaba en la playa, tan tranquila, mirando a esos niños tan monos y sus musculitos, cuando, de repente, me ha sonado un mensaje de mis amigas.

Gertrudis: ¿Qué haces la próxima semana?

Trinidad: Pues lo de siempre, estar en la playa con los chicos.

Aurelia: Pues tenemos una sorpresa para ti.

Trinidad: ¿Me vais a enviar un mozo de esos que están bien buenos?

Gertrudis: Sí, hombre, eso me lo quedaría yo. Vamos a ir a visitarte.

Lo leo dos veces para ver que mis ojos no me engañan y, efectivamente, es cierto: mis amigas van a venir a Miami.

Trinidad: ¡Qué bien! Pues tenemos que hacer algo especial.

Aurelia: Ojo con lo que organizas que Candelaria también vendrá.

Ella es un tanto especial, pero no me importa. Tendrá que hacer lo que queramos todas.

Trinidad: No te preocupes, aquí os espero y, mientras, le daré al coco a ver qué se me ocurre.

Una idea descabellada ha pasado por mi cabeza tras hablar con mis amigas del pueblo. Ellas son unas cachondas, como yo, unas mujeres que han pasado por mucho en la vida y que ahora quieren que lo que les queda sea memorable. Bueno, todas menos Candelaria, que no sé ni cómo la aguantamos. Supongo que el cariño que le tenemos después de tantos años de amistad ha hecho mella en nuestros corazones y no somos capaces de abandonarla.

Hace mucho que enviudó. Fue la primera de todas en perder a su marido, con tan solo cuarenta años, y creo que eso le ha agriado el carácter. Pero seguimos queriéndola, aunque, a veces, la dejaríamos tirada en la primera esquina que encontráramos. Lo que pasa es que, con ochenta años, no podemos salir corriendo sin que nos alcance.

Después de haber hablado por WhatsApp —porque somos muy modernas—, menos Candelaria, que se quedó anclada en la época de los dinosaurios, me han propuesto venir hasta Miami para verme, algo que me ha parecido genial, porque desde que vivo aquí con mis nietos, solo nos vemos por el teléfono. Pero llevo rato dándole vueltas a mi cabeza, porque quien me conoce sabe que no puedo estarme quieta. Y he pensado… ¡¿Por qué no vamos de crucero?! Total, no perdemos nada y seguro que nos lo pasamos en grande.

Así que llamo a mi nieta para comentarle la idea, a ver qué le parece, porque normalmente me quedo con su hijo mientras ella trabaja, pero, últimamente, se combina muy bien los turnos con su marido y ya no me necesitan tanto.

—Abuela, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Claro, ¿es qué tiene que pasar algo para que te llame?

Lo piensa por un momento.

—No, claro que no, es solo que no esperaba una llamada tuya y me ha sorprendido.

Pues que se prepare.

—Me han llamado las chicas, ya sabes, Gertrudis y Aurelia. Dicen que van a venir a Miami a verme y he pensado que podríamos hacer un crucero. Ya sabes que este año no he salido de vacaciones y quería saber tu opinión.

La escucho reír.

—¿Un crucero? Qué peligro tenéis, pero ya sabes que a mí me parece bien. Quiero que disfrutes, te lo mereces.

—Pues no se hable más. Voy a ir a la agencia a ver qué tienen que me pueda interesar y mañana desayunamos juntas y te cuento.

—Perfecto, les diré a Anaïs y a Chloe que vengan también.

Hace muchos años, cuando todas nos quedamos viudas, nos declaramos «*Las chicas de horo*». Y sí, ya sé que está mal escrito, que es sin esa maldita letra que no suena, pero es que nosotras somos originales y mayores. Gertrudis lo escribió así en un grupo de WhatsApp y así se quedó. Ya no lo vamos a corregir. Total, como no suena… pues eso, que así se queda.

Nos íbamos de viaje muchas veces, porque ver mundo nos gusta. Cuando vivía en Zaragoza, en verano, cogíamos nuestras cosas y viajábamos a lugares que nunca habíamos visto, pero que no nos queríamos morir sin conocer.

El primer año fuimos a Barcelona, a ver ese emblemático monumento que es La Sagrada Familia. Precioso, pero inacabado. Es una pena, porque mira que llevan media vida con el tema… Yo creo que me moriré y seguirá igual. Pasamos una semana por allí, vimos la zona del Eixample y Las Ramblas, en pleno centro. Y, si te he de ser sincera, no me gustó demasiado. Yo estoy acostumbrada al pueblo, a la calma y a la tranquilidad, y aquello era bullicio, mucho extranjero y calles estrechas llenas de bloques de pisos y tiendas… Definitivamente, no era para mí, y tampoco ayudaba que Candelaria se quejara todo el rato: que si hay que andar mucho, que si todo está lleno de gente, que si ahora no me apetece ir a ningún sitio porque estoy cansada… Y así todas las vacaciones.

Otro año nos fuimos a Mallorca. Ese destino nos gustó mucho más. Las islas son muy distintas y el ambiente también. Al igual que en Barcelona, hay guiris por todos lados, no os voy a mentir, pero el paisaje es más exótico. Allí lo pasamos genial todas... menos Candelaria, como no, que nunca quería ir a la playa porque se quemaba, y tampoco a visitar lugares porque le dolían las piernas.

Sevilla también fue un destino precioso. Ver la Giralda, los Reales Alcázares, la catedral, la Basílica de la Macarena… Eso sí que le gustó a doña gruñona, porque he de decir que es un poco beata la pobre y todo eso le encanta.

Y así te podría contar muchos más viajes, pero entonces esto, en lugar de una novela, se convertiría en una guía turística, y no creo que estés aquí para eso.

Mis otras dos amigas son Gertrudis y Aurelia. Ellas perdieron a sus maridos con dos años de diferencia y a los sesenta. Todas nos conocimos en el pueblo, Vinaceite, donde yo he vivido siempre y donde tenía un colmado con mi marido, que ahora lleva mi hijo con su mujer. Ellas venían a comprar y, poco a poco, hicimos amistad. Las cuatro parejas lo pasábamos muy bien y, con los años, la tristeza nos ha unido aún más.

Perder a nuestros maridos fue un mazazo para todas, aunque, como ya te he comentado, para Candelaria fue peor, porque ella era muy joven y se encerró en sí misma. Nunca tuvieron hijos y estaba sola. Nosotras, poco a poco, la hemos ido animando y, con los años, al quedarnos viudas, nos convertimos en lo que somos: «*Las chicas de horo*».

Antes no teníamos las oportunidades que tenéis ahora los jóvenes. No podíamos estudiar, solo trabajar para ayudar en casa desde bien pequeñas, porque el hambre apretaba. Hemos pasado penurias y guerras, así que ahora solo queremos disfrutar de la vida que nos quede, viendo a los nuestros felices.

Cuando decidí venir a vivir a Miami con mi nieta Lucía, las chicas se pusieron tristes, pero tener un lugar donde poder venir ha sido genial, y por eso quiero que lo siga siendo.

Aquí nunca estoy sola, ya que Alberto, mi otro nieto, se unió al club, y ahora todos vivimos en este paraíso de cuerpos esculturales y

playas magníficas. Yo disfruto de mis bisnietos encantada de la vida. Tengo tres: Daniel, Zoe y Liam. Son el motor que me mueve cada día porque, aunque sea una mujer divertida, sincera y muy echada para delante, también tengo mis momentos de bajón, en los que añoro profundamente a mi único y gran amor, Daniel, mi difunto esposo, con quien compartí toda una vida y quien me estará esperando en el cielo hasta que yo decida apagar mi luz y abandonar el mundo de los vivos para unirme de nuevo con él.

CAPÍTULO 3

Locura total



TRINIDAD

Me encanta estar rodeada de niños, y por eso no me importa quedar con Lucía, Anaïs y su amiga Chloe. Esta última ha sido madre hace poco y la pobre muchacha está desbordada. Su vida ha cambiado muchísimo: ha pasado de ser una joven alocada a tener que coger las riendas de un negocio, serenarse y, además, calmar su locura para cuidar de su bebé. Mientras la observo, no hace más que llorar.

—No te pongas así, que no es para tanto… —le dice Anaïs a su mejor amiga.

—Tú no eres como yo, ya tenías un poco de experiencia con Zoe… Pero este bebé ha llegado de repente, sin esperarlo. Will y yo estábamos en lo mejor de nuestra relación y ahora ni siquiera me apetece que me toque. ¡¿Tú ves eso normal?! —Se altera por momentos y vuelve a llorar.

—Eso es porque tienes las hormonas revolucionadas, es lógico. Acabas de tener un bebé y te tienes que acostumbrar. Nadie dijo que fuera fácil, pero tú eres fuerte. En mi caso fue peor: yo tenía una bebé en brazos, otro creciendo en mi barriga y a Alberto dándome el coñazo cada día… Fue un horror, pero todo se pasa, mujer, no te pongas así —intenta consolarla Anaïs—. Y mira a Lucía, en sus inicios con Adrián también nació Daniel… y no se queja.

Lo de mi nieta sí que fue una cosa de otro mundo. Bendito Adrián, es un chico que vale su peso en oro. Quiere a mi nieta y a su hijo como si fuera suyo propio, y eso no lo hace cualquiera. El pobre la conoció en el peor momento de su vida, pero por amor ha sido capaz de todo por ella. Aunque eso forma parte de otra historia que ahora no es el momento de contar. Solo te diré, como le dije a ella una vez: la lotería no te toca por estar con alguien con dinero, lotería es encontrar a alguien que te ame por encima de todo, y a ella le tocó el premio gordo con este chico. Y, además, está buenísimo.

—Está claro que vosotras no sois yo. Y no me compares con Lucía porque lo de ella no se puede comparar con nada. No tuvo tiempo de pensar en todo esto, bastante tenía con protegerse ella y a Daniel del cabrón de Jaime.

Observo cómo mi nieta baja la mirada. Por mucho tiempo que pase, le sigue doliendo en el corazón. Y es que ella le quiso de verdad, estaba enamorada, tanto que nunca supo darse cuenta de que él la anuló como persona, que le quitó esa divinidad que tiene, que borró su sonrisa por completo y que casi le arrebata lo más valioso: su vida. Pero también es muy consciente de que todo lo que les pasó debió de ocurrir, porque, si no, él jamás la hubiera dejado seguir con su vida y ser feliz.

—Chloe, cada situación es diferente. Ya sabemos que tener un hijo te cambia la vida por completo, pero también te da cosas buenas. Nadie te va a querer en la vida como lo hace él. Te quiere desde antes de nacer, porque habéis estado unidos. El latido de tu corazón es lo único que le calma, porque es lo que más conoce de ti. Prueba a cogerlo cuando llore mucho y ponlo en tu pecho, tranquilízate y verás como él también se calma. Todo es cuestión de tiempo.

—Es que me siento superada. No solo es el bebé, es que, desde que lo he tenido, siento que todo es como una prueba. Mis padres han contratado a Susana para que me ayude, y esa mujer es un bicho. Me riñe por todo, no me deja cuidarle como yo quiero. Sin embargo, a Will no le dice nada de nada, es como si le tuviera hipnotizada.

Entiendo perfectamente a esa mujer.

—Hombre, hija, reconocerás que tu marido está de rechupete, como para no mirarlo. Si se parece al lobo ese de la película esa de *Crepúsculo*, por el que todas las chicas suspiraban, es normal que la chica se fije en él.

Me mira con furia.

—Chica, no. Trinidad, señora. Que por lo menos tiene cincuenta y pico o sesenta años.

—¿Y eso qué tiene que ver? Yo tengo ochenta y dos y me gusta ver a los jovencitos pasear por la playa. En mis tiempos no se podía ir como la gente va ahora, y no había esos músculos.

—Bueno, pero puede molestarme que lo mire, ¿no? Además, no estábamos hablando de esa odiosa mujer, sino de mi situación. Creo que necesito un respiro. No es solo por Matt, es que Will y yo ya no somos los mismos. Ser padres nos ha sobrepasado a los dos, quiero alejarme un poco para ver si vuelve la chispa. Es que no sé qué hacer… Nunca me he sentido así, pero es que me toca y me molesta.

Las chicas no saben qué decir. Y yo, lejos de horrorizarme porque quiera un respiro, creo que le voy a hacer una propuesta que la puede ayudar bastante.

Así que, sin pensarlo dos veces, le ofrezco venirse de crucero conmigo y mis amigas.

Chloe es una chica muy maja, pero siempre ha vivido sin pensar en las consecuencias de sus actos. Aunque ha sido precavida con William, una vez su amor fue correspondido, todo ha ido muy rápido, como un Ferrari sin frenos, con un embarazo en el momento más inoportuno. Pero no por ello debe martirizarse, y estoy segura de que, cuando esté separada de ellos unos días, se dará cuenta que nada es lo mismo.

En mi época, eso hubiera sido impensable. Creo que, si lo hubiera hecho alguien, la hubieran quemado en una hoguera por abandonar a su familia, como a una bruja. Pero ahora… esto está a la orden de día. La gente joven se separa al mes de casarse o por cualquier discusión tonta. Y ojo, que nadie está diciendo que ella lo haga ni que deje a su familia, pero sí que se tome un respiro, que se vea sola y se dé cuenta de todo lo que añora. Así le pondrá el valor

que tiene y que ahora ella no ve, porque está cegada por todo lo malo que la rodea y no se da cuenta de la familia maravillosa que ha creado de la nada, solo con amor.

Tras debatirlo durante un rato, me dice que lo pensará, que lo hablará con su marido y me dirá algo.

—Piensa que todas nosotras estamos un poco locas… pero intentaremos que lo pases genial. Tenemos una edad y, aunque eso es solo una cifra, los años no pasan en balde para nadie. Ya no podemos hacer todo lo que quisiéramos, tenemos nuestros achaques, pero te garantizo que haremos que lo pases bien, te relajes y te reencuentres contigo misma.

Verla tan solo pensarlo me alegra Esta chica es especial y necesita un referente que le haga ver las cosas como son. Su madre no es que la ayude mucho. Nada más hay que ver que ha preferido mandarle una asistenta que venir ella a ayudarla con el bebé. Y eso que debería estar loca de contenta por ser abuela... Pero, para mi gusto, la madre de Chloe es demasiado estirada, y creo que, aunque no lo diga, lo de ser abuela no le ha gustado demasiado porque le hace sentirse mayor.

Y yo, lejos de parecerme a esa mujer, creo que venirse con nosotras le sentará muy bien. Desde que ha sido madre, he notado que ha perdido su esencia y necesita recuperarla.

CAPÍTULO 4

Un beso y un hasta pronto



De nuevo, el llanto de Matt me despierta. Pensarás que es un llorón, y no te equivocas, pero es mi llorón particular, y creo que, sin esos llantos, aunque estaría muy aliviada, ya no sabría vivir.

Escucho a Will trasteando en la cocina. Está preparando el desayuno antes de irse a trabajar. Desde que mi padre decidió expandir el negocio a Miami, hemos abierto dos concesionarios más: uno lo lleva William, otro Anaïs y el último, yo, aunque ahora está en manos de mi secretaria, ya que solo voy dos veces por semana para supervisar que todo esté en orden. Quise tomarme un tiempo para estar con Matt y adaptarme a la maternidad; no obstante, en ocasiones preferiría estar trabajando para despejarme un poco.

Tras ir al baño a asearme y comprobar que Matt está bien —solo lloraba porque Susana lo ha cogido—, voy a vestirme para parecerme más a una persona y menos a un muerto viviente.

A Susana la contrataron mis padres. Pensaron que, ya que ellos no podían ayudarme, ella sería una buena compañía. Y no es que no lo sea, es solo que, en ocasiones, pienso que le molesta mi presencia.

Sí, ya sé que son paranoias mías, porque es una mujer entrañable, pero con ella en casa me siento rara. Siempre me observa por el rabillo del ojo, y eso me inquieta.

Salgo de la habitación vestida con un tejano de pitillo y una camiseta de tirantes básica. Me calzo unas deportivas y me siento en la barra de la cocina, donde me espera mi café descafeinado humeante.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué planes tienes para hoy? Te ha llamado la abuela de Alberto. Deseaba saber si querías comer con ella y sus amigas, para que las conozcas antes de irte con ellas de crucero.

Lo pienso por un momento y no veo por qué no quedar con ella. Total, mejor conocer a esa pandilla cuanto antes.

—Claro, es buena idea. Iré con Matt y así lo paseo un poco. Oye, Will… —Necesito preguntarlo de nuevo porque, en el fondo, me siento mal por hacer este viaje sin ellos—. ¿De verdad no te importa que me vaya y os deje solos? —comento, frotando mis manos sin parar, algo que hago cuando estoy nerviosa.

—De verdad. Entiendo que lo necesites. Nuestra vida ha cambiado mucho para los dos, y sé que estás sobrepasada. No te preocupes, tengo a Susana, que me ayudará en todo lo que necesite. —Eso no lo dudo. Es una mujer muy servicial.

—Bueno, vale, pero os llamaré todos los días.

—No esperaba menos. Además, piensa que, como no vamos a estar juntos, nos añoraremos más.

Alza las cejas en un intento de provocarme, algo que, en otra época de mi vida, no hubiera dejado pasar y lo habría conducido entre mis piernas. Pero ahora no despierta en mí más que cansancio.

—Anda, deja ese jueguecito y vete a trabajar, que, sino llegarás tarde.

No es que quiera echarlo, pero tanta hormona sexual suelta me desespera, porque a mí, ahora, no me apetece nada más que dormir.

La maternidad es agotadora, y eso no es algo que te expliquen, qué va. Desde fuera parece lo mejor del mundo, y no me malinterpretes: lo es, porque el amor que te da un hijo no te lo da nadie más, pero cansa. Mucho. Y ya no te cuento lo que sufre el cuerpo humano… Se expande y luego tiene que volver a su lugar.

Vamos, una maravilla. A mí me hacen gracia esas *top models* que tienen un bebé y, a la semana de dar a luz, están igual que antes. Pues ya me explicarán el truco, porque yo hace dos meses que tuve al mío y aún me quedan kilos por perder.

Salgo por la puerta después de coger a Matt, vestirlo, peinarlo y acostarlo en su carrito, todo bajo la atenta mirada de Susana, que parece una pasa amargada, y me voy sin decirle nada más. Esa mujer me desespera. No sé qué le pasa conmigo. Me tiene manía o algo, pero, como quien la ha contratado es mi padre, me tengo que fastidiar. A pesar de que le he dicho que no me gusta, él insiste en que es la mejor en su campo y que me aguante.

¿La mejor en qué? ¿En limpiar la casa? Pues anda que no hay gente en paro que lo haría encantada y, además cuidaría de mi hijo. Y más jóvenes, porque esta señora debe rondar los sesenta y ya te digo que no le caigo demasiado bien. Siempre me cuestiona lo que hago y me hace sentir extraña. No sé cómo explicarlo, pero es una sensación rara.

Cuando estoy en la calle, noto que hasta respiro mejor y me dispongo a ir a la cafetería donde he quedado con Trinidad. Mientras, como es un poco pronto, me entretengo viendo los escaparates de las tiendas y, para qué mentirte… comprando alguna cosilla también. Porque, no sé si a ti te ha pasado, pero cuando estoy algo alterada y depresiva, necesito gastar pasta. Mucha. Comprar de todo, aunque no lo necesite, me hace muy feliz. No sé si me entiendes... Seguro que sí, porque creo que eso nos pasa a todas. Lo que no todo el mundo puede hacerlo, y en ese aspecto soy bastante afortunada.

También compro millones de cosas para Matt. Sé que le durarán dos días, porque crece por momentos, pero veo cada cucada que no me puedo resistir.

Pasado ese momento de *shopping,* me dirijo a nuestro lugar de encuentro.

Suena mi teléfono y, al mirar la pantalla, veo que es mi amiga Anaïs.

—Hola, ¿qué haces? Estaba aburrida en la oficina y he pensado en llamarte a ver qué te contabas. Quería saber cómo se ha tomado

Will lo de irte con la abuela de Alberto.

Mira que es cotilla. Le mandé un mensaje y le comenté que al final me iría de viaje, pero lo cierto es que no hemos tenido ocasión de hablar.

—Bien. Ha sido él quien me ha animado.

—Oye, eso no es del todo verdad. Yo lo hice primero —ahora se hace la ofendida.

—Ya, pero no es lo mismo que me animes tú, que eres mi amiga, a que lo haga mi marido, que es quien se va a quedar solo con nuestro hijo.

—Tienes razón. ¿Y ahora qué?

—Pues he quedado con Trinidad para conocer a sus amigas. Ya han llegado a Miami y me las quiere presentar.

—Pues ya me contarás qué tal son. Yo no las conozco. Alberto me ha hablado un poco de ellas y dice que no tienen desperdicio, sobre todo Candelaria.

Ambas reímos y quedo en llamarla más tarde porque ya he llegado a la cafetería y no quiero hacerlas esperar.

Una vez dentro, me sorprende el ambiente. No está muy cargado y lo agradezco, porque Matt se altera cuando hay mucha gente. Me dirijo a una mesa del fondo, junto a una ventana acristalada. Parece algo más apartada del resto, y aquí no molestaré con el carrito del bebé.

Una camarera muy mona se acerca para tomarme nota y, mientras espero, decido pedir un café descafeinado con leche de almendra, que le da un gusto más especial. Llámame rara si quieres, pero está buenísimo.

Cuando llega la chica a mi mesa con mi pedido, veo aparecer por la puerta a Trinidad con sus amigas. Y, madre mía, vaya grupo. Es verdad lo que dice Alberto: no tienen desperdicio. Van vestidas de forma algo extravagante. Una de ellas lleva una pamela gigante para que no le dé el sol y dos vienen discutiendo. Una incluso ha gruñido. No sé qué pensar acerca de ese gesto, pero aguardo en la mesa, paciente, a que se acerquen y compartan conmigo este rato, que espero sea agradable.

CAPÍTULO 5

Unas abuelas de lo más locas



Trinidad llega y me abraza. Es una mujer a la que admiro muchísimo, y me presenta a sus amigas: Gertrudis, Aurelia y Candelaria. Todas parecen tener su misma edad; quizá la última sea más mayor, o al menos es la que está más estropeada.

Me cuenta que son unas amigas del pueblo que han decidido cruzar medio mundo para verla, porque Trinidad no deja de decirles que en Miami vive encantada con esas playas majestuosas, llenas de chicos con cuerpos esculturales. Pero esta las ha sorprendido diciéndoles que se marcharán de crucero, algo que desconocían, pero que les ha encantado... a todas menos a Candelaria, que es por lo que discute. Sin embargo, no quieren morir sin probar esa experiencia.

Me lo creo todo y puedo comprobar que Trinidad no es la única vieja salida. Lo digo con cariño, pero es que tendrías que verla: es peor que una quinceañera, aunque sin maldad alguna. Lo hace solo para ver la cara que se les queda a los jóvenes cuando les dice alguna de sus majaderías.

El rato de café es ameno y divertido. Incluso Matt se ríe con ellas, y es que se nota que tienen mano con los niños: le hacen carantoñas y gorgoritos que a él le encantan.

—¿Y este niño tan guapo quién es? —dice una de ellas, dirigiéndose a Trinidad.

—Pues es un bisnieto adoptado que tengo —comenta, guiñándome un ojo.

—Es muy simpático —dice la misma, que creo que es Gertrudis.

—Claro, es que no extraña nada.

—A ver, déjame cogerlo —comenta Aurelia.

Lo coge y él sonríe. La verdad es que mi hijo se va con cualquiera, y más si es del sexo opuesto.

—Qué bien te queda, nena. Ya sabes, cuando vuelvas del viaje, le pides a tu nieto que te fabrique un bisnieto —dice Trinidad, riendo sin parar.

—Pues lo veo un poco complicado. Su mujer no quiere hijos, pero es verdad que me encantaría tener uno.

Disfruto de la compañía de esas mujeres, y hasta me sorprende lo bien que me siento con gente de su edad. Pero he de decir que ellas son viejas jóvenes y que, a excepción de Candelaria, son igualitas a Trinidad.

Candelaria es más clásica, más seria y, por qué no decirlo, más cascarrabias también. No hace falta que te diga que era la que gruñía en la entrada. Aun así, me cae mejor que Susana quinientas veces.

Trinidad nos comenta que ha ido a la agencia de viajes a mirar el crucero y que ya ha decidido en cuál vamos a embarcar.

—Nos lo vamos a pasar genial, ya lo veréis. He escogido el más exótico. Visitaremos tres destinos y el crucero durará ocho días, así que hay que aprovecharlos bien —dice ella tan tranquila.

—Ya, pero ¿dónde vamos a ir? —añade Gertrudis, impaciente.

—Es que no me dejas terminar, lo iba a decir ahora…

—A ver, es que quieres hacerte la interesante y nosotras lo único que queremos saber es dónde vamos a estar y qué vamos a ver.

—Yo sigo pensando que irnos de crucero es una pérdida de tiempo —añade Candelaria—. Mira, vamos a estar dentro de una lata en el mar. Mareo para arriba, mareo para abajo... ¿y si se hunde como el Titanic?

—Ya tuvo que hablar la aguafiestas —le rebate Aurelia, mientras yo observo la conversación calladita, no sea que me salpique—. No va a hundirse el barco. Además, el Titanic lo hizo porque chocó con

un iceberg… Y si lo hace, vendrán guardacostas de esos como los vigilantes de la playa, guapos y fuertes.

—Ya, claro. Pues en el Titanic nadie fue y murieron todos.

—Eso no es verdad —interrumpe Gertrudis—. Porque alguien ha contado la historia. Ese sigue vivo. Además, si te quedan dos telediarios, ¿qué más da? Si se hunde y te mueres, habrá sido una dulce muerte, porque lo vamos a pasar genial.

—Dulce dice... Dirás agónica. Porque no vas a morir en el acto; vas a estar flotando en el mar, ahogándote, sin poder hacer nada. Y congelándote también, ¿o es que no has visto la película?

—Tú, si pasa eso, morirás rápido, porque con lo pesada que eres te hundirás enseguida —añade Trinidad, dando por finalizada la discusión—. Como iba diciendo antes de que le metierais miedo a la pobre Chloe, vamos a hacer un tour por Jamaica, las islas Caimán y México.

—Qué buenos destinos, sobre todo Jamaica. Qué quieres, ¿fumar marihuana a tu edad? —vuelve a atacar Candelaria con ironía.

—Mira, paso de tu cara, como dice mi nieto. Vamos a un lugar llamado Ocho Ríos, que está en la Bahía de Montego, y a Playa Tortuga o a lugares emblemáticos de la zona. Son sitios fantásticos para desconectar y disfrutar del mar y de las vistas que nos ofrezca esa bella zona. Si tú no quieres bajar del barco, no lo hagas. No estás obligada. Quédate en la lata de sardinas, como la has llamado antes.

Observo atentamente cómo Candelaria se cruza de brazos como una niña pequeña y, en mis adentros, me río, porque queda feo hacerlo en su cara. Mis padres serán como sean, pero me educaron muy bien. O al menos me pagaron las mejores escuelas.

—Trinidad, me parecen unos lugares ideales. Creo que me voy a relajar muchísimo.

Candelaria me mira sorprendida.

—¿Y tú por qué quieres irte de vacaciones con unas mujeres tan mayores? Ojo, que no me molesta, pero es que no entiendo por qué lo haces.

Voy a contestar, pero Trinidad no me deja.

—A ti eso no te tiene que importar. Viene porque la he invitado yo, y no hay nada más que hablar.

La ha dejado muda, y eso que no ha parado de quejarse en todo el rato.

—Además, mi niña, también hay sitios donde puedes hacer alguna actividad marina. Nosotras no, que ya somos mayores para sumergirnos a ver peces, pero tú puedes hacer lo que quieras.

Y Trinidad sigue como si nada hubiera pasado.

Me enseña todo el catálogo del crucero y alucino. Voy a poder visitar la Hondonada, las Caídas del río de Dunn, George Town —donde, según el catálogo puedes nadar con rayas Stingray—, Cozumel, la laguna de Colombia, Ocean Cay con sus playas blancas y sus aguas turquesa, y muchos otros lugares mágicos.

Por un momento, pienso que ese viaje sería perfecto para hacerlo con William, porque son destinos demasiado paradisíacos. Sé que allí podríamos encontrar de nuevo la llama que se está apagando, pero, claro… ¿qué hacemos con Matt? Sí, podríamos llevarlo, pero no sería lo mismo. No tendríamos la libertad de hacer lo que quisiéramos cuando nos diera la gana, así que el viaje con él tendrá que esperar.

Tras un café lleno de emociones, nos despedimos. Trinidad me dice que partimos en dos días y que me toca quedarme sin siesta. Hay que embarcar a las cinco de la tarde y tengo que prepararlo todo en un día y medio, así que no pierdo el tiempo y me dirijo a casa.

Al llegar, todo está impoluto. Sé que mi padre tiene razón y que Susana es una gran trabajadora, pero sigue sin gustarme. Hay algo de ella que no me acaba de convencer. Nuestra relación es más bien nula; nunca me pregunta nada de mi día a día y, sin embargo, solo se dirige a mí para corregirme cuando hago algo que ella no considera adecuado con mi hijo. La noto cauta conmigo, pero oye, que yo no muerdo. Con William, en cambio, es distinto: se interesa por su día y se desvive por él. Lo que yo te diga, esta mujer me tiene ojeriza. No entiendo por qué guarda tanto las distancias conmigo. Es cierto que no me cae bien, pero tampoco ha hecho nada para que piense lo contrario.

La busco y no la encuentro. Debe de haber salido a comprar; también se encarga de la comida, así que no es de extrañar que haya salido a por algo que necesitara para sus quehaceres.

Observo a Matt, que permanece dormido en el carrito, y no quiero despertarlo. Lo dejo allí mientras voy a preparar mi maleta.

Cojo mi equipaje. Decido que el *trolley* grande es perfecto porque son ocho días con sus respectivas noches, y en los cruceros hay que vestir bien. Abro el vestidor y me adentro en él. No te lo he dicho, pero parece el que salía en aquel emblemático anuncio de cerveza *Heineken*, en el que había un ropero enorme que era la envidia de cualquier mujer, y yo, al comprar esta casa, lo tuve clarísimo: lo quería, así que lo hicimos en una de las habitaciones dobles que no íbamos a ocupar.

A mi derecha, tengo toda mi ropa clasificada por colores: trajes, vestidos, camisas, faldas y pantalones. Al fondo, una pared entera está llena de zapatos y bolsos, también ordenados por tonalidad. ¿Qué puedo decir? Soy un pelín maniática. En la pared de la izquierda está toda la ropa de William. No tiene tanta como yo, pero también es la envidia de muchos. Todo muy bien colocado: trajes, camisas, pantalones, polos, zapatos y un pequeño cajón alargado lleno de corbatas. En el centro, tenemos dos sillones bastante grandes con una cesta al final donde depositamos la ropa sucia.

En la pared de la entrada guardamos las maletas, ordenadas por tamaño. Viajamos bastante por trabajo, aunque yo últimamente no lo hago. Abro la puerta corredera que hay justo al lado de la entrada, ya que el armario está empotrado en la pared, y cojo mi equipaje: una maleta de mano y el *trolley* que mencioné antes. Los abro y los dejo en el sofá para ir llenándolos con mis cosas.

Empiezo a colocar la ropa: cuatro vestidos de noche, ocho vestidos playeros, dieciséis trajes de baño, diez pareos, quince conjuntos de ropa interior, —ya sé que no necesito tantos, pero me gusta ser previsora—, dos pantalones tejanos, cuatro shorts y unas ocho camisetas, algunas de manga corta y otras de tirantes.

En cuanto al calzado, cojo unas deportivas, unas sandalias y dos pares de zapatos de tacón de aguja. Zapatillas no me llevo porque me encanta ir descalza. En el camarote, estaré sin zapatos. Por las

noches, en casa, suelo descalzarme en la entrada e ir así por todos lados, y lo que más odio es dormir con calcetines… No lo soporto. Necesito notar la fría sábana bajo mis pies, si no, no puedo pegar ojo. William siempre me dice que me voy a resfriar, pero no me importa. Yo creo que eso es un mito. Siempre voy sin zapatillas y nunca me he puesto mala por ello.

Cojo un par de pijamas. Aunque en casa uso camisones o ropa interior, prefiero llevarlos. Nunca se sabe si te va a tocar salir corriendo en plena noche y prefiero llevar algo encima. Tras coger todo lo que creo que me hará falta, voy al baño y guardo en la bolsa de mano lo esencial: colonia, desodorante, pasta dentífrica, cepillo de dientes, cepillo del pelo, un peine, una esponja de baño y algunos botecitos de gel. Imagino que en el crucero tendré de todo, pero me lo llevo igualmente por si las moscas.

Le he dicho a Trinidad que viajaré en primera clase. Ellas también lo harán, así que para mí ha reservado un camarote *deluxe* con balcón y para ellas otro donde puedan estar juntas. Me ha dicho que hay cama de matrimonio, cuarto de baño, televisión, teléfono, internet, minibar y, además, incluye servicio de habitaciones veinticuatro horas, entrada libre al spa y al solárium.

Cuando termino de hacer las maletas, salgo al salón y allí está Matt dormido. Miro la hora y dudo si debo despertarlo. Lo cierto es que le tocaba comer hace media hora, pero está tan tranquilo que no quiero molestarlo. Luego, si lo despierto, se pone muy irritable. Su pediatra dice que cada tres horas tiene que comer, pero… si no llora, no tiene hambre, ¿no?

Es que los médicos tienen unas directrices muy básicas y estandarizadas, pero cada niño tiene unas necesidades muy distintas. Ojo, que yo no soy una experta, pero sí sé que cuando mi hijo llora es por algo y que, cuando duerme, no quiere que lo despierten. Decido dejarlo descansar, aunque sé que, cuando venga Susana se enfadará si se entera de que me he saltado una toma.

La alimentación de un bebé es muy esclava y nadie te prepara para ello, ni te explican cómo es. Eres tú quien debe adaptarse al ritmo de tu hijo, y es duro. En ocasiones te desbordas, te agobias, porque acabas siendo esa mujer que tiene a su hijo enganchado al

pecho todo el día, cual lapa, y tu reflejo dista muy poco de lo que siempre has sido. Y eso nadie lo entiende. Que quieras algo de tiempo para ti, porque hasta el tiempo que pasas sola en la ducha se convierte en el más valioso del mundo.

Dicen que el biberón se da cada tres horas y el pecho, a demanda… ¿Qué significa esto? Que cada vez que quiere comer, tienes que ponérselo. Además, cuando son tan pequeños se van durmiendo, por lo que no toman lo que deberían, y así puedes pasarte el día entero. Me dirás que no es agotador, ¿no? Ahora entiendo que muchas chicas no quieran dar el pecho. Con el biberón tienes la facilidad de que se lo puede dar cualquiera.

Nosotros hemos empezado a combinarlo un poco. Como yo me saco la leche, Will de vez en cuando se la da en biberón para que pueda descansar. Pero también te diré que debo de ser masoquista, porque, por mucho que esté reventada, quiero hacerlo yo. Siento que es nuestro momento especial. Parece una tontería, pero lo siento así.

Escucho una llave girar en la cerradura de casa y la puerta abrirse. Sus tacones repiquetean contra el suelo mientras yo, agotada, me he dejado caer cinco minutos en el sofá. Cuando ella traspasa la entrada y me ve, me mira con mala cara.

—¿Todavía no has sacado al niño del carro? —pregunta, algo disgustada. Y en ese momento viene directa a buscarlo, sin que yo pueda decir ni mu.

Apenas nota sus brazos agarrándolo, él se despierta y comienza a llorar. Creo que le tiene el mismo cariño que le tengo yo. No siempre, pero en ocasiones sí.

—Susana, si no te importa, ya lo cojo yo. No lo he sacado porque estaba dormido y no quería despertarlo. Duerme poco, y agradecería que, cuando lo haga, lo dejaras tranquilo —digo malhumorada.

Ya me he cansado. No aguanto más.

—Chloe, los niños no pueden estar todo el día en el cochecito. Cogen mala postura.

—Mira, Susana, no te ofendas, pero es mi hijo y yo hago lo que considero mejor para él. Además, si no estuviera cómodo ya se habría quejado. Está en un cuco, que es como una cuna, así que no

tiene mala postura. No está sentado ni nada de eso. Y, aunque lo estuviera, no eres quién para decirme que es lo mejor para él.

—Soy mayor que tú y tengo mucha más experiencia He trabajado cuidando a muchos niños. Además, tus padres me han contratado para encargarme de todo, no lo olvides. Eso incluye corregirte si no lo haces bien.

Uy, lo que ha dicho… Esta discusión no va a acabar bien.

—Susana, creo que te estás extralimitando. Es cierto que mis padres te han contratado, pero solo para que me ayudes, nada más. No eres mi madre para decirme lo que puedo y no puedo hacer, ni mucho menos reñirme ni opinar sobre nada. —Su cara ahora mismo es un poema—. Así que te agradecería que dejaras de meterte en nuestras vidas, porque para eso no se te paga.

—Creo que estás muy agitada. Ya hablaré con William del tema.

¡¿Cómo?!

Esto ya es el colmo. ¿Te has dado cuenta de cómo ha pasado de mi cara? Esta mujer me tiene harta. Pienso hablar con mis padres, estoy al borde del llanto por la impotencia que me causa.

La ignoro y decido no contestarle más. Le quito a mi niño de sus brazos y lo acurruco contra mí. Noto que tiene hambre y me dispongo a darle el pecho.

—¿Ves? No lloraba porque yo lo hubiera cogido, sino porque tiene hambre. Tienes que darle de comer a sus horas…

La corto rápidamente.

—Susana, te he dicho que no me digas lo que tengo o no tengo que hacer, no eres mi madre. Mis padres te pagan para limpiar, cocinar y poco más, mi hijo es cosa mía. Si vas a opinar sobre algo más, ahí tienes la puerta. Puedes cruzarla y Salir, porque sinceramente, ya estoy hasta las narices de ti.

Me observa atónita. ¿Qué creía, que me iba a callar siempre? Lleva así dos meses… Ya está bien.

—Está bien, haz lo que quieras, pero si enferma, no vengas a buscarme.

Y la veo alejarse hacia la cocina.

Tranquila, que no creo que eso pase.

CAPÍTULO 6

Maleta lista



Tras aquella discusión con Susana, hablé con mi padre. No podía dejar así el asunto, así que le dije que, si quería que ella siguiera trabajando en mi casa, debía hablar con ella. No estoy dispuesta a que haga el papel de madre quejica ni a que me juzgue. No es lo que necesito ahora mismo. Estoy desbordada y me siento sola.

Mis padres trabajan demasiado lejos, mi mejor amiga está muy ocupada con su trabajo y ayudando a su marido con la empresa que abrió hace un año y que, por suerte, le va muy bien. Y yo… yo siento que no hay nadie con quien pueda estar. Will trabaja todo el día, y el rato que estoy con Matt, no paro de preguntarme si haberlo traído al mundo conmigo como madre, ha sido lo mejor para él.

Estoy hecha un lío. Le quiero muchísimo, pero creo que soy una madre desastrosa. Ni siquiera sé cuándo debo cambiarle el pañal. En secreto te diré que me he puesto una alarma en el móvil cada tres horas para que coma si no lo ha hecho antes, y después cambiarlo, a no ser que huela fatal, que entonces obviamente tengo que hacerlo. ¿Ves? Si eres madre, seguro que te estás tirando de los pelos pensando: ¿Cómo puede hacer algo así? Pues lo hago porque no tengo ni idea de cómo cuidarle. Los bebés no vienen con manual de instrucciones y siento que el puesto de mamá me queda enorme. No grande… Enorme.

Dejando a un lado mis frustraciones, mis maletas están hechas y Will me acompaña al puerto, mientras una Susana más amable se queda en casa con Matt. Creo que la charla con mi padre ha surtido efecto, porque ahora está suave como la seda e incluso me mira de otro modo.

—Dile adiós a mami, se marcha unos días, pero no te preocupes que papá te cuidará muy bien, y yo estaré por aquí también —dice Susana con Matt en los brazos, acercándomelo para que le dé un beso. Lo hago y a continuación me mira y me sorprende con sus palabras—. Siento haberme comportado así. Perdóname… Cuando vuelvas, te explicaré el porqué de mi actitud. Disfruta de tu viaje, desconecta y ya verás cómo, cuando regreses, todo será diferente.

Vaya… ¿Quién es esta mujer y qué ha hecho con el bicho de Susana? Quizá la he juzgado mal… pero eso tendrá que esperar porque Will ya me está metiendo prisa. Si no nos vamos ya, llegaré tarde.

Recojo las maletas y, tras volver a abrazar a mi bebé —porque, aunque crea que no soy lo suficiente buena para él, sé que él lo es todo para mí—, cruzo la puerta sin mirar atrás para no llorar.

Una vez en el coche, Will me observa pensativo.

—Suéltalo de una vez —le digo un poco agitada—. Sé que algo te ronda por la cabeza, te conozco muy bien.

—Chloe… Sé que esta situación te ha superado. No entraba en nuestros planes casarnos tan pronto, tener un bebé… pero ha pasado. Y si te arrepientes…

¡¿Cómo?! NO, no quiero que continúe.

—Eh… eso jamás, ¿me oyes? —Alzo su rostro para que me mire, y veo pesar en sus ojos. No es lo que quiero—. Tú me has animado a hacer este viaje, a despejarme. ¿Por qué piensas eso? Te quiero, y eso no va a cambiar. No me arrepiento de nada. Es cierto que las cosas han llegado demasiado rápido, pero solo necesito habituarme, y aquí, con la presión de hacerlo todo bien, no puedo. Solo es eso, de verdad.

—Es que cada vez que pienso que puedes conocer a alguien en ese crucero… me muero. Te amo demasiado, y ahora somos una familia.

Me coge de la mano izquierda con su derecha, la misma que mantiene libre mientras no la necesita para cambiar de marcha en el coche, y me la aprieta.

—Entiendo que todos estos cambios te han superado —continúa —, y por eso te he animado a que te vayas con Trinidad, pero hasta ahora, que te he visto con la maleta, no me han asaltado las dudas. Perdona.

Le miro de nuevo y le entiendo. Creo que si fuera él quien se marchase yo me desesperaría. Pero él, al final, se despeja en el trabajo. Ha seguido con su vida. Obviamente ha sufrido cambios, pero no los mismos que yo, y eso le hace tener una válvula de escape cada día que yo, por ahora, no tengo.

—Te prometo que te llamaré a diario, pero créeme, necesito esto. Necesito desconectar. Quiero que volvamos a tener lo que teníamos antes.

Le veo sonreír, seguro que está pensando en alguna guarrada.

—Eso me gusta —dice—. Así que espero hacer tu viaje lo más especial que pueda desde tierra.

Está tramando algo… y miedo me da, pero quién sabe, igual me gusta.

Cuando llegamos al puerto, veo a Trinidad y a sus amigas, las cuales se quedan mirando a William como si hubieran visto a un Ángel alado, de esos fornidos y con muy poca ropa.

—Chica, qué callado te tenías que tu marido era tan guapo — suelta Aurelia por su boquita—. ¿Seguro que quieres irte? Porque yo puedo hacerle compañía si quieres.

—Tranquila, que se queda en buenas manos.

—Veo que te lo vas a pasar muy bien, vaya amigas tiene Trinidad, se parecen mucho a usted. —Will la mira y se ríe.

—Niño, ya te he dicho mil veces que no me hables de usted, que me haces sentir mayor —le riñe ella.

—Pero si tiene ochenta y dos años…

—¿Y eso qué tiene que ver? La edad está en la mente, y la mía es más joven que tú.

Will se queda sin saber qué decir, y creo que eso es lo mejor que puede hacer: quedarse calladito. Porque Trinidad es de armas tomar,

e igual esta jauría de lobas se le echa encima al pobre.

Nos abrazamos y nos besamos, pero como hace meses que no hacemos, y mi corazón sufre un pequeño pellizco al pensar que voy a estar sin él una semana entera. Le voy a añorar muchísimo... Y a Matt también.

Vamos embarcando y nos separamos para ocupar nuestros camarotes tras ir a la recepción de lo que parece un hotel dentro del barco y recoger nuestras tarjetas para acceder a ellos. Trinidad y sus amigas han preferido estar juntas y dejarme uno solo para mí, con balcón y bastante grande, a petición de mi marido, y yo me alegro mucho, porque los espacios pequeños no me gustan nada.

Al encontrarlo —no sin antes perderme por el barco—, y tras preguntarle a uno de los botones y que este me ayudara muy amablemente, he de decir que alucino con el interior del camarote.

Sé que puede parecer extraño, pero nunca he ido de crucero. Siempre viajo en avión, y esto me parece una maravilla. Lejos de parecer un habitáculo pequeño y sombrío, es una habitación enorme con un pequeño balcón y unas vistas increíbles al mar, algo totalmente relajante mientras viajas, y desde donde puedes ver el vaivén de las olas ondeando bajo el viento.

Nada más entrar, me encuentro con una enorme cama junto a dos mesitas de noche en una madera clara que hace que la estancia parezca aún más grande y espaciosa. Frente a esta, hay un espejo de cuerpo entero y tan ancho como la cama, algo que me encantaría utilizar en una noche de lujuria con Will. También hay un sofá de buen tamaño para relajarme y, frente a él, una pequeña cómoda sobre la que descansa una enorme pantalla plana acoplada en la pared. A mi izquierda hay un gran baño con un plato de ducha para dos personas, un tocador y un aseo. También encuentro un amplio ropero al adentrarme más en la estancia, donde iré depositando todas las cosas que he traído.

Le doy una propina al muchacho que me acompaña y me despido de él antes de acomodar mis cosas. Luego bajo a buscar a Trinidad y sus amigas para hacer un tour por el barco, aunque en un rato tendremos que estar en el salón central, pues, por lo visto, el capitán se presentará para desearnos una buena estancia.

CAPÍTULO 7

Me faltas tú



Tras dejar todas mis pertenencias bien ordenadas en el camarote, voy en busca de las chicas. Y es que he decidido llamarlas así porque es como se llaman ellas, y yo, ahora, soy una más.

Voy observando todo lo que me rodea, y es una auténtica pasada. Lujo por doquier. Me siento como una princesa en un palacio sobre el mar; todo es precioso.

Los pasillos están decorados con mucho gusto. De las paredes cuelgan cuadros estupendos, hay muchas plantas, todo huele de maravilla... y yo solo puedo pensar en una cosa: en mi familia.

Me encantaría estar aquí con ellos. ¿Por qué no lo he pensado antes? Quizá me hubiera sentado genial hacer este crucero con ellos, los tres solos. Pero Will no puede; el trabajo lo absorbe demasiado. Ni siquiera cuando nos casamos pudimos disfrutar plenamente de una luna de miel en condiciones. Que tampoco fue mala: viajamos a Puerto Plata y estuvimos cinco días disfrutando de sus playas de agua cristalina y arena blanca, pero cinco días es muy poco. Aunque... fue tiempo suficiente para volver con un regalo en mi vientre.

Estoy tan absorta contemplando todo lo que me rodea y pensando en lo que ya he empezado a añorar que no veo a un chico contra el que choco.

—Eh, mira por dónde vas —me dice en tono bastante desagradable y arrogante.

—Perdona, iba distraída, lo siento.

Al escuchar mis disculpas, cambia su cara de pasa amargada y me observa con una sonrisa de esas que a cualquier chica derretiría, pero que, a mí, ahora mismo, no me dice nada.

—No te preocupes, no pasa nada. Por cierto, me llamo John. ¿Estás sola? —dice, mirando a mi alrededor en busca de mi pareja, y yo no sé qué decir. Porque sola no estoy, pero acompañada, lo que se dice acompañada... tampoco.

—No, claro que no. Buscaba a mi acompañante —respondo para salir del paso. No quiero que piense lo que no es, aunque me fijo en él y, la verdad, es un chico muy guapo... pero no me interesa.

—Claro, ¿cómo ibas a estar sola, si eres preciosa? —Y lo suelta así, sin más—. Aunque te diré que, si fueras mi pareja, no te dejaría por ahí perdida. Ese chico, creo yo, no sabe muy bien lo que hace.

Vaya… comienza a insinuarse. Probablemente esta táctica le funcione para ligar, pero que a mí me molesta mucho. Me parece que este chico me va a hacer el viaje más desagradable de lo que me gustaría. Mejor será que no nos crucemos demasiado.

—Pero no lo soy, así que, si me disculpas, voy a seguir buscando. Adiós, Jim.

Me voy corriendo porque no quiero escuchar tonterías, y finjo equivocarme con el nombre, aunque sé perfectamente que no es ese.

—Es John, no Jim. Y espero verte de nuevo por el barco, preciosa.

Tras salir corriendo me vuelvo a chocar, pero esta vez con Trinidad.

—¿Se puede saber dónde está el fuego, alma de cántaro? Joder, hija, que casi me dejas sin pie, y quiero poder bailar esta noche —dice sin dejar de observarme.

Al parecer, estoy algo sofocada, y es que nadie intentaba ligar conmigo desde hace un par de años. No es que no me haya gustado... es que al tener pareja todo es diferente. Aunque, si lo

pienso detenidamente, quizá debo de estar tan mal como yo creo cuando ese chico se ha fijado en mí.

—Es que os estaba buscando y me he perdido —digo, intentando desviar la conversación—. Esto es enorme.

Trinidad pone sus ojos sobre mí, dubitativa. Si es que a esta señora no se le puede mentir.

—Pues yo hace un rato te he visto muy ocupada con el rubiales ese de allí arriba.

Todas dirigen sus miradas hacia donde señala Aurelia, y ahí está John, asomado a la barandilla de la planta de arriba, saludando con la mano y sonriendo como un tonto

Mierda.

—Espero que no cometas ninguna tontería, no hemos venido aquí para eso… Bueno, no para que las cometas tú.

—Trinidad, ¿por quién me tomas? Solo me choqué con ese chico y él quiso ligar conmigo. Yo no he querido nada y he salido pitando, pero no sé yo si ha funcionado.

—Pues no deja de mirarte —comenta Candelaria.

—Mientras mire solamente, no le pasará nada. Ahora, como intente algo… juro que le rompo los dientes —suelta Trinidad por su boca algo molesta.

La miro alucinada.

—¡Qué agresiva, hija! Ella sabrá lo que hace. Además, si tú no dices nada, el marido ni se entera. Y míralo, si es todo un pastelito —dice Gertrudis, sin dejar de mirarlo.

Todas lo miran. Y yo... no sé dónde esconderme.

—Bonita, a la niña déjala y no la líes. Sabes cómo soy y no aguanto las mentiras ni los engaños. Mira mi nieto, lo tonto que fue y todo lo que le pasó. Y no me digas que al final acabó con la chica que quería, porque para que ella le perdonara tuvo que irse a una isla desierta a reconquistarla frente a toda España y aguantar todo el chaparrón que le vino después.

Veo por dónde va Trinidad. Siempre dice que todo acto tiene una consecuencia, y la infidelidad de Alberto le causó muchos problemas: una paternidad inesperada y secreta que se desveló justo cuando Anaïs lo perdonó. Aunque, por suerte, el amor ganó la

batalla... pero yo no pienso caer en la tentación, por muy bueno que esté ese chico.

Al final, tras una discusión monumental en la que no he podido quitarme de encima los ojos de cierta persona, nos vamos de la sala donde nos encontramos y nos dirigimos a la recepción, donde hay un cóctel de bienvenida y el capitán ha hecho su aparición para presentarse él y al resto del equipo que nos acompañará en este viaje tan fantástico.

Observo al capitán. Es un hombre mayor, algo que me inquieta un poco. Me extraña que siga trabajando porque, por la edad que debe de tener ya debería estar jubilado. Aun así, tiene buen porte: pelo canoso, ojos azules de mirada bondadosa y sonrisa pícara. No es excesivamente alto, pero con el uniforme se le ve bastante bien para la edad que tiene.

Veo a Gertrudis observándolo atentamente. Puedo jurar que incluso se le cae la baba con él.

Decidimos ir a dar una vuelta para conocer todos los rincones que esconde este enorme barco y así despejarnos un poco. Me alegra que hayan dejado la discusión de antes y que ahora se centren en comentar entre ellas que el capitán tiene muy buena percha. Están deseando que llegue la cena y el baile para divertirse, todas menos Candelaria, que ya está diciendo que no piensa acostarse tarde, que ya está mareada, y eso que acabamos de zarpar.

Mientras, yo solo puedo pensar en mis chicos, en qué estarán haciendo, en si me echarán de menos. Ahora que estoy aquí sola, siento que sin Will me falta algo. Él es esa persona que hace que mi reloj se detenga, que mi mundo deje de girar, que mi corazón se acelere con su tacto. Y ahora, más que nunca, le añoro muchísimo.

Decidimos subir a la zona del solárium y, desde allí, admirar la belleza del mar y esa zona común, que es una auténtica maravilla. Rodeada de piscinas y tumbonas, bares y una zona cubierta llena de sofás dónde poder relajarte tomando una copa, aunque yo no puedo ni pensar en ello, porque estoy castigada: nada de alcohol.

Miro el reloj y me disculpo con mis acompañantes, es hora de ir a hacer mis cosas. Sé que es un coñazo tremendo y que me cortará el

rollo del viaje, pero mis pechos parecen dos rocas y, si no lo hago. me dolerán muchísimo. Pedí en la recepción que me pusieran un congelador para poder así mantener la leche el mayor tiempo posible sin que se estropeara, y la verdad es que me siento afortunada de que hayan conseguido complacerme. En el camarote tengo instalado uno pequeño que podré usar durante toda mi estancia.

Al llegar a mi camarote, busco lo que necesito, me pongo cómoda en el sofá y procedo con mi sacaleches. Es un modelo manos libres que descubrí en Amazon y que ha resultado todo un acierto. Lleva un pequeño motor que hace de succionador, junto a una válvula que bombea haciendo que simule la succión de un bebé. Al principio es un poco doloroso, pero tras usarlo unas cuantas veces te haces a él y es una herramienta perfecta.

Después de sacarme la leche, aprovecho para descansar un poco, ya que estoy bastante cansada y me acabo durmiendo.

Me despierto de un sobresalto. Miro el reloj y me calmo: he quedado con las chicas que nos veríamos a las ocho de la tarde para la cena, y todavía faltan tres cuartos de hora. Decido darme una ducha para despejarme y ponerme un vestido color burdeos a juego con unas sandalias negras, recojo mi pelo en un moño, me maquillo un poco y, al mirarme al espejo y ver el reflejo que me muestra, me siento bien. Ya no estoy tan gorda, vuelvo a ser yo, me gusta lo que veo. Te digo esto porque, a menudo, no me agrada mi imagen. Mi cuerpo ha cambiado mucho desde que he sido madre, pero hoy me siento distinta. Y eso, sin duda, es un paso.

CAPÍTULO 8

Amigas y recuerdos



TRINIDAD

Al llegar al barco, hemos dejado a Chloe a su aire, que se vaya a poner cómoda y a instalarse. Nosotras somos de ir más a lo loco: hemos dejado las maletas y nos hemos ido a inspeccionar el barco.

Hemos pasado por unas zonas de bar preciosas, llenas de sofás que parecían muy cómodos, y también hemos visto la sala de baile, de la que ya hemos memorizado su camino para pegarnos unos buenos bailoteos.

A nuestra edad, tenemos que aprovechar el tiempo, porque nunca sabes cuándo va a ser tu último día en esta tierra. Por eso, todo lo intentamos hacer a lo grande, y no importa si la cagamos, porque todo el mundo piensa que somos unas viejas y nos lo perdonan todo.

Nos hemos pedido unas copas para brindar por estas vacaciones tan merecidas y ha sido cuando, de repente, Candelaria ha roto el momento tranquilo removiendo recuerdos que añoramos demasiado.

—Esto es precioso… Qué bien acompañadas hubiéramos estado con nuestros maridos, ¿verdad, chicas?

Todas nos miramos. Por un momento, nuestro corazón ha dado un latido intenso y nuestra memoria ha viajado en el tiempo

recordando un viaje que hicimos hace mucho a las playas de Marbella.

—Sí, aún recuerdo aquel viaje que hicimos a aquellas playas tan bonitas… Y cómo José miraba a las mujeres que se atrevían a llevar esos bañadores que lo enseñaban todo —comenta Aurelia.

—Gertrudis tenía uno, y Trinidad un bikini. Siempre habéis sido demasiado ligeritas —añade Candelaria.

—A ver… era la playa. Nos íbamos a bañar, no a ir vestidas como monjas de clausura, tapadas hasta el cogote. Pero es cierto que lo pasamos muy bien. Todavía me acuerdo cómo retumbaban las paredes del hotel.

Todas me miran y se ríen.

—Vamos, que fui la única que practicó sexo en aquel viaje —añado molesta.

—No, pero sí fuiste la más ruidosa. Nadie tenía que enterarse de lo que hacíamos en la intimidad.

—Es que mi marido siempre me dejó muy saciada, qué queréis que os diga. Daniel fue el mejor amante que pude tener, nunca necesité conocer a otro. Y no solo era buen amante… era mucho mejor amigo.

Lo digo con cierta nostalgia, y es que, aunque sea fuerte y muy echada para adelante, tengo mis momentos de bajón, porque Daniel siempre ha sido mi talón de Aquiles. Fue el mejor hombre que conocí jamás.

Él me hizo cumplir sueños, me dio libertad para decidir mi propio camino en la vida, me apoyó en cada paso que di y me ayudó siempre en todo. Era mi amigo, mi amante, mi marido, el padre de mis hijos, mi socio, y el mejor compañero de vida que pude tener, pero una enfermedad me lo arrebató demasiado pronto de mi lado y yo tuve que ser fuerte, porque él así lo habría querido.

Siempre me decía: «Trini, querida, si yo falto antes que tú, sé fuerte y vive por mí». Y eso es lo que hago. Vivo por él, disfruto de todo lo que me rodea, soy fuerte e independiente y no permito que nada ni nadie haga daño a los míos.

Tras divagar un rato en los recuerdos, decidimos ir a la recepción, porque seguro que Chloe nos está buscando, y lo que vemos al

llegar es una escena muy divertida. La pobre ha estado tan centrada en su reciente maternidad y está tan perdida, que no se da cuenta de que ella sigue siendo preciosa y que causa furor por donde pisa. Es por ello que ya hay un chico tras ella y la pobre no sabe dónde meterse.

—No veas con la niña… Tiene un marido que es guapísimo, pero no pierde el tiempo. Mírala, ahí, hablando con ese rubio que está de toma pan y moja, como dice mi nieta —comenta Gertrudis.

—Pues yo no la entiendo —resopla Candelaria—. ¿Para qué quiere viajar y dejar a su familia? Es que hoy en día se estresan por todo. Antes se tenían hijos y no iba la gente llorando por los rincones.

—A ver… antes nos preparaban para ser mujeres del hogar, complacer a nuestros maridos y ser madres. No hacíamos nada más. No trabajábamos ni nada de eso. Bueno, yo sí, pero ya sabéis que era una rebelde sin causa. Ella es directora de un concesionario de lujo, tiene una vida muy ajetreada y es normal que ser madre le haya venido grande. Está acostumbrada a hacer lo que quiere sin que nadie dependa de ella. Ahora todo es distinto, tiene un bebé que la necesita para todo y, en ocasiones, esos cambios son difíciles de asimilar.

—Yo sigo pensando que los jóvenes de hoy en día se ahogan en un vaso de agua —refunfuña Candelaria—. A duras penas aguantan nada. Cuando no se separan por una tontería, huyen de sus problemas esperando que se resuelvan solos

Estoy un poco de acuerdo con ella, pero no creo que sea el caso de Chloe.

—Mira, no te voy a discutir que algo de razón tengas —digo—, pero la pobre Chloe no es que quiera huir. Es más, estoy segura de que este viaje le resultará revelador, porque estos días sola la harán darse cuenta de cuánto necesita a su familia, la que ella ha creado, de cuánto los quiere, y de que, aunque su vida ahora es diferente, vale la pena sacrificar ciertas cosas.

Todas me miran.

—Joder, Trinidad, qué profunda te pones cuando quieres —opina Aurelia—. A mí me parece que solo tiene miedo a no estar a la altura

de las circunstancias que la vida le ha presentado, y creo que este viaje le abrirá la mente. Además, si logra aguantarnos a nosotras cuatro, no habrá nada que no pueda hacer.

—Sí —ríe Gertrudis—. Cuidar a ese bebé, después de pasar una semana a nuestro lado, será coser y cantar.

Gertrudis tiene razón, porque verdaderamente no sabe dónde se ha ido a meter la pobre.

Dejamos la conversación en cuanto Chloe aparece haciendo aspavientos y quejándose por la intromisión de ese joven, que el pobre no sabe que ella está casada. Y aunque ella no quiera que se le acerque en todo el viaje, seamos realistas… Estamos en un barco. Creo que eso va a ser inevitable.

CAPÍTULO 9

Mi primera noche sin Will



Llego al restaurante donde hemos quedado y las chicas ya me están esperando. Digo «chicas» como si fueran de mi edad, qué gracia. Nunca me hubiera imaginado esta situación: yo, rodeada de octogenarias que se empeñan en opinar acerca de mi vida y mis cosas. Pero así es la vida. En el punto en el que me encuentro, creo que el destino ha puesto a Trinidad en mi camino, ofreciéndome este viaje para darme una lección de vida importante. Y yo, que soy obediente, pienso estar bien atenta para aprenderla.

—Vaya, pero qué guapa estás, niña. La verdad es que entiendo al rubito, eres una auténtica belleza —dice Gertrudis sonriendo y tocándose su corto pelo color cobrizo.

—Gracias. La verdad es que hacía tiempo que no me sentía bien conmigo misma, pero hoy, al mirarme al espejo… todo ha sido distinto. —Agacho la cabeza porque, en ocasiones, siento vergüenza de lo que pienso, pero no me gusta callarme las cosas.

—Es normal, corazón —continúa Aurelia—. Eso son las hormonas. Cuando una es madre, todo su cuerpo cambia y también lo hace su mente. En ocasiones nos juega malas pasadas haciendo que veamos una persona distinta, pero eso solo es cuestión de tiempo. Tú eres una chica afortunada: eres bonita, sexy y simpática. Solo tienes que dejarte llevar y no preocuparte tanto por si haces bien o mal las cosas, porque una no nace enseñada, aprende por el

camino, y es normal que te equivoques. Lo importante es aprender de tus errores y no repetirlos. Cuanto antes entiendas que nadie es perfecto, serás más feliz.

Sin darme cuenta, me ha cogido la mano y yo la he apretado. Con sus palabras me transmite una energía que había desaparecido de mi cuerpo, y ahora, poco a poco, está volviendo.

Miro a estas cuatro mujeres y, la verdad, las admiro mucho. Están aquí, compartiendo su tiempo, viajando juntas, dejando atrás su pasado y sus añoranzas para vivir una experiencia como pocas vivirán, sin importarles lo que piense nadie de ellas. Y eso me encanta.

—Le agradezco sus palabras, de verdad que las necesitaba.

—Estupendo. Y yo agradeceré que no me hables de usted, porque tendré ochenta años, pero no soy una vieja decrépita.

Ya veo que no. Estas mujeres mentalmente son más jóvenes que yo. Llevan una marcha encima que no hay quien las pare.

Bueno, no todas, porque Candelaria es otro cantar.

Durante la cena, no puedo parar de reír con ellas. Tienen unas salidas desternillantes y se meten con quien les parece. No tenían nada mejor que hacer que criticar la vestimenta de muchas mujeres que iban bastante ridículas o algún hombre que solo buscaba alguna mujer con quien compartir la velada. También se han puesto a hablar de sus familias y de cómo ha cambiado la vida con tanta tecnología, y es entonces cuando el tema estrella acapara toda mi atención, que hasta el momento estaba puesto en el bufé, en los langostinos y los bogavantes.

—No me digas que tú tienes uno. ¿Y qué tal funciona? Yo llevo tiempo pensando en comprarlo, pero ya sabes que vivo con mi hijo mayor y, si me pilla con eso, ¿qué le voy a decir? Me moriría de la vergüenza —pregunta Aurelia.

—Anda, ¡qué vergüenza ni que niño tonto! Seguro que tú escuchas a tu hijo en alguna ocasión con tu nuera, y eso a él no le da apuro ninguno.

—Ya, pero eso es diferente, es su casa —le rebate esta a Trinidad.

—Pues le dices que es un masajeador, a ver… Puedes comprarlo en una tienda especializada y esconderlo en el cajón de tus braguitas. No creo que ahí mire. Yo es lo que hago con el mío —comenta Gertrudis.

—¿No me digas que tú también tienes uno?

—No, uno no, tengo varios, de distintas formas y colores.

Ahora todas la miramos sorprendidas, menos Trinidad, obviamente, que esa mujer no se sorprende con nada.

—¡Qué! No me miréis así. Una tiene necesidades de vez en cuando, y yo no tengo un mozo a mi lado que me quite las telarañas.

—Sois todas unas marranas —dice de repente Candelaria, haciendo que medio restaurante se gire ante su elevado tono de voz —. Vais a ir derechas al infierno. ¿Pero cómo se os ocurre engancharos a un aparato a pilas? ¡Eso puede explotar o algo! Hay que aceptarlo: si no tienes a un hombre a tu lado nada es lo mismo, digáis lo que digáis —añade, exasperada ante el cariz de la conversación.

—Eso lo dices porque no lo has probado, pero ya te digo yo que, si lo probaras, tú serías la que encabezaría la fila del infierno, porque seguro que te lo pasarías muy bien. Ya te imagino yo en tu casa, sola, sacando a Apolo Creed de su caja, poniéndole algo de vaselina, porque, seamos sinceras, a nuestra edad la necesitamos, y…

Ya no puedo más.

—Parad, por favor… No quiero tener esa imagen en mi mente. Yo no os digo nada, pero prefiero no imaginaros, de verdad

Trinidad comienza a reírse.

—Sí, vamos a dejar el tema, no sea que se atragante la chiquilla como le pasó a mi nieto una vez en un restaurante mientras hablaba con mi nuera de la virilidad de mi hijo… De verdad que esta juventud… Dicen que tienen la mente abierta para muchas cosas, pero luego, a la hora de la verdad, no es cierto. —Veo a Trinidad negar con la cabeza, y Aurelia le secunda.

—Es que estáis cargados de puñetas. Te voy a poner un ejemplo claro con la comida. En mis años mozos comíamos de todo. Ahora hay vegetarianos, veganos, crudiveganos, ovolactovegetarianos… Y

podría seguir. Y si no, el sexo… Antes había hombre o mujer, ahora la cosa cambia. Y en cuanto a relaciones lo mismo te podría decir: igual estás hoy con un hombre y mañana con una mujer, y la gente lo ve normal. Antes tenías que esconderte. Era muy difícil llevar estas cosas, y las familias eran demasiado tradicionales, tanto que podían repudiar a un hijo por sentirse del sexo opuesto o por gustarle alguien de su misma condición —aclara Aurelia.

—Por suerte el mundo avanza. Lo de la comida, allá cada cual con su alimentación, pero luego que no se extrañen con las enfermedades, porque antes no había tantas intolerancias como ahora. Pero la libertad de decidir quién eres y a quién quieres amar yo la aplaudo. —¿Os he dicho que Trinidad es mi heroína?

—Tienes razón. ¿Os acordáis de Rafael? Aquel muchacho tuvo que irse del pueblo cuando todos se enteraron de que era homosexual. Hasta lo apedreaban por la calle al pobre. Y su padre decía que eso era una enfermedad… Enfermo estaba él, por dejar que le hicieran eso al pobre chico.

Las escucho hablar y solo puedo pensar que en el fondo es una suerte vivir en este siglo. Antiguamente tenían pensamientos demasiado retrógrados. A mí seguro que ya me habrían quemado por bruja por abandonar a mi familia. Aunque no sea un abandono, en aquella época hubiera sido impensable que una mujer viajara de esta forma y, menos aún, sin un hombre a su lado.

Al terminar la cena, que he de decir que ha sido de lo más surrealista, decidimos que es hora de ir a dormir. Bueno… eso tras discutir un buen rato porque Gertrudis y Aurelia querían ir a bailar, pero es la primera noche de muchas y preferimos estar descansadas para lo que se avecina. Además, me muero de ganas por llamar a Will y saber cómo están.

Cuando embarcamos, nos mandamos algunos mensajes, pero entre deshacer la maleta y pasear por el barco, ya no tuve tiempo de más.

Así que, cuando entro en el camarote, me descalzo, —que falta me hacía, ya que llevaba unos tacones kilométricos y los pies me estaban matando—, me pongo un pijama corto de los Minions,

suelto mi pelo para estar más cómoda cuando me acueste y me dispongo a coger el teléfono para llamar a Will.

—Hola, preciosa, ¿cómo ha ido la cena con tus nuevas amigas? —Le escucho reírse. Qué cabrón.

—Pues he de decirte que son bastante agradables y dan muy buenos consejos. Me han sorprendido, la verdad. Aunque en la cena casi tengo que esconderme debajo de la mesa… ¡qué vergüenza! ¿Pues no van y se ponen a hablar de consoladores? Todo el mundo las miraba, y más cuando Candelaria las ha tachado de guarras y les ha dicho que van a ir al infierno.

Will no puede ni hablar, solo se le escucha reír a carcajadas, y es que, si yo estuviera al otro lado del teléfono, me pasaría igual.

—No, si aburrirte con esas mujeres no te vas a aburrir. Hay que reconocer que es sorprendente que, con esa edad, usen esas cosas… Por cierto, te he puesto en tu maleta un juguetito por si me echas de menos —dice en un tono demasiado sugerente, y sin saber por qué, mi tanga ya está mojado.

—¿Tú también? Estoy rodeada de depravados… —Me hago la indignada, aunque, si te cuento un secreto, me muero de ganas por saber qué habrá puesto en la maleta. Debe de haber sido en la de mano, que todavía no he abierto.

—Es que he pensado, que como vamos a estar separados una semana, podemos jugar por videollamada. Quizá eso te ayude mientras no estoy a tu lado. ¿No decías que querías reavivar la llama? Pues yo espero que, cuando vuelvas, tengas tantas ganas de mí que no salgamos de la cama en días

Qué bien suena esa propuesta… Sin bebé, sin duda, lo haríamos; con él… no es posible.

—No es que quiera cambiar de tema, pero… ¿dónde está Matt? —pregunto algo inquieta. Desde que me he ido, siento que él se va a volver loco y no va a saber qué hacer con nuestro pequeño.

—Está dormido, tranquila, está en buenas manos. Susana se ha quedado más rato. Estaba algo inquieto porque siempre se duerme contigo y no estabas. Ha llorado, no te voy a mentir, pero Susana ha sabido calmarlo y se ha dormido

Eso me alivia bastante, lejos de incomodarme —que es lo que suele hacer Susana—, pero creo que, en esta ocasión, lo ha hecho bien. Aunque seguro que me habrá puesto a caer de un guindo.

Tampoco te negaré que pensar en que ha estado llorando porque no estaba me ha resultado doloroso. No pensé que tan pequeño ya se diera cuenta de estas cosas. Eso me hace sentirme mal conmigo misma y echarle más de menos. Espero que cuando vuelva no me odie.

—Hemos traído su cuna a nuestro dormitorio para que, si llora por la noche, lo escuche. Y he dejado leche preparada en la nevera para él. De verdad, está todo controlado, disfruta del viaje. Y ahora… ¿puedes decirme qué llevas puesto?

Vaya, me sorprende lo bien que se apaña Will con Matt, aunque estoy convencida de que todo eso ha sido sugerencia de Susana. No sé… al final tendré que comerme mis palabras con esa mujer.

—Pues la verdad… un pijama de Minions —contesto sin más, con una pícara sonrisa en mis labios.

—Joder, podrías mentirme… Dime que nada, que es más interesante. Es que me has cortado el rollo completamente —comenta, algo ofuscado.

—Bueno… —empiezo a respirar de forma un poco más agitada—, si quieres, me lo puedo quitar y puedo tocarme para ti. Aquí no me va a ver nadie.

—Eso ya me gusta más. Y a mi amiga también… parece que ha resucitado y está muy dura. ¿Quieres que yo también me toque?

Solo de imaginarme a William empalmado, tocándose para mí, me siento aún más mojada. Ya quiero ir a buscar el juguete que me haya metido en la maleta.

Parece mentira, pero hace mucho que no hacemos nada. No solía tener ganas, y no sé si es por la separación, por la conversación tan calentita o porque tanto escuchar hablar de consoladores me ha hecho necesitar uno, pero estoy como una moto. Así que corro por todo el camarote buscando el maldito juguete hasta que doy con él, mientras William me espera al teléfono, preguntando qué hago por los ruidos que escucha.

—Nada, solo buscaba algo con lo que distraerme mientras hablamos… y lo he encontrado —contesto de forma más agitada por la carrera que me he dado para buscarlo.

Es un pequeño masajeador en forma de unicornio, con un succionador en la punta de su nariz. Es gracioso… y espero que placentero. Me quito la ropa y me pongo cómoda en la cama.

—Me he tumbado en la cama, unicornio en mano, solo para darme placer para ti. ¿Eso era lo que querías? —le pregunto, ansiosa.

—Sí, pero antes quiero que cuelgues y me hagas una videollamada, porque necesito ver que es verdad.

Joder, ¿no se lo ha creído? Si casi me mato por quitarme la ropa corriendo.

Le obedezco y, cuando cuelgo, es él quien me llama a mí. Al descolgar, puedo ver que está con ese pantalón de pijama bajo de cintura que tanto me gusta, con su tableta al aire y su pene erecto, esperando atenciones. Yo estoy en ropa interior y puedo observar cómo se relame.

—Es una pena no estar a tu lado, porque te comería entera. Chuparía tu cuello, bajando por tus pechos, me detendría en esos pezones duros como piedras… seguiría mi camino por tu ombligo con mi lengua para detenerme en tu centro del placer, y allí te comería hasta que te corrieras en mi boca.

¡Dios! Qué cachonda me ha puesto. Acto seguido, cojo el unicornio y lo paseo por todos los lugares que me ha mencionado, con los ojos cerrados, imaginando que es él quien lo hace.

—¿Cómo lo harías? ¿Así? —Y comienzo a pasear al mítico animal por mi cuerpo, notando una leve vibración, muy placentera—. Ahh… —gimo al notarlo en mis pezones. Están muy sensibles, pero aun así me ha gustado.

—Sí, preciosa, así, eso… retuércete para mí. Cierra los ojos y escucha mi voz. Piensa que ese bicho soy yo, que esa vibración es mi lengua. Bájalo hasta abajo por favor, déjame ver cómo te masturbas con él. Yo estoy acariciando mi abdomen, como te gusta a ti hacer.

Le observo por el rabillo del ojo y me encanta lo que veo, es una imagen tan sexy de él. Contemplo cómo pasea su mano por su pecho, su abdomen, y baja su pantalón liberando su erección tan divina que solo me apetece chuparla.

—Qué pena estar tan lejos, porque ahora me agacharía, me arrodillaría frente a ti y me metería tu polla en la boca enterita, dándote mordisquitos en la punta, que sé que te encanta.

—Oh… eso me vuelve loco, cariño.

Le veo cerrar los ojos y masturbarse para mí, imaginando que soy yo quien está allí, chupándosela, y yo hago lo mismo. Pongo el succionador en mi centro del placer e imagino que es él quien me lo chupa. Solo se escuchan nuestros gemidos, pero es tan placentero.

—Cariño, estoy a punto… córrete conmigo, así parecerá que soy yo quien te da placer… por favor.

Subo la intensidad del unicornio para poder correrme con él y juro que estoy a punto de estallar.

—Oh, cielo, estoy a punto… me encanta.

—Sí, preciosa… estoy ahí, contigo… Vamos, córrete solo para mí…

Es entonces cuando ambos estallamos en un gemido que creo que despierta a Matt, porque cuando estamos recomponiéndonos lo escucho llorar.

—Joder, Will, ya lo has despertado —comento algo enfadada, pero a la vez sin nada de arrepentimiento, porque lo he disfrutado muchísimo.

—No pasa nada, cariño, ahora le haré un biberón y se volverá a dormir. Y si no lo hace, al menos ha valido la pena. ¿Repetimos mañana? —dice con una sonrisa tras limpiarse un poco.

—Claro. Aunque mañana te llamaré tarde, por la noche saldremos a alguna sala de baile del barco. Dale un beso a Matt de mi parte. Os quiero.

Finalizamos la llamada de manera precipitada, pero era necesario porque cuando Matt llora no tiene fin hasta que no le prestas toda tu atención. La verdad es que esta sesión de sexo me ha reactivado la vida. ¿Cómo podía llevar tantos meses sin esto?

CAPÍTULO 10

Haciendo amigos



Tras despertarme de lo que parece haber sido un sueño reparador, bajo a buscar a Trinidad y compañía para desayunar. Al entrar en el restaurante, mis fosas nasales disfrutan del aroma a café y bollos. Mire por donde mire, hay manjares deliciosos dignos de ser devorados, aunque sé que debo controlarme si no quiero engordar.

A lo lejos veo a las chicas que están discutiendo… Cómo no. Candelaria es como esa amiga quejica que todos tenemos. Si te soy sincera, en el poco tiempo que hace que la conozco, no entiendo cómo forma parte de ese pequeño grupo de amigas. Todas son cañeras y divertidas, pero ella es negativa, seria y parece estar enfadada con el mundo. Aunque, bueno, siempre tiene que existir una excepción para todo, y en ese grupo tan extraño imagino que ella es la pieza que hace que todo encaje.

Por lo visto, está enfadada porque la han arrastrado al crucero y no le gusta. Dice que hoy no quiere hacer nada, que solo quiere quedarse encerrada en el camarote porque, según ella, en un barco no hay nada que hacer. Poco ha ido esta mujer de crucero, creo yo, porque este barco es enorme y tiene un montón de lugares por conocer.

—Buenos días, ya estoy aquí —digo mientras me acerco a ellas para que dejen de discutir.

—Buenos días, bonita. ¿Qué tal la noche? ¿Has dormido bien?

—Estupendamente.

Sonrío para mis adentros, acordándome de esa sesión tan intensa de cibersexo que tuve anoche… si así se le puede llamar.

—Pues nosotras estamos aquí debatiendo qué haremos hoy. Como durante todo el día tenemos que navegar, yo he pensado que podríamos disfrutar del solárium, las piscinas y los fantásticos restaurantes del puente catorce. ¿Qué te parece la idea? —sugiere Gertrudis.

—A mí me parece estupenda, así cojo un poco de color, que falta me hace. Desde que nació Matt, no he ido a la playa ni un solo día. Me da miedo que se pueda quemar.

—Eso son tonterías. Cuando yo tuve a mi hijo, nos íbamos de camping y yo lo ponía debajo de la sombrilla y arreando —suelta Aurelia—. Antes no éramos tan remilgados.

—Anda que no —continúa Candelaria—. Si les hacías esperar dos horas sentados en la toalla a los chiquillos después de comer…

—A ver, es que la digestión se les podía cortar. Todavía me acuerdo de una vez que Pilar tuvo que llevar a su hija al hospital porque le dio un corte de digestión…

Mientras las observo me dan una aclaración sobre la tal Pilar:

—Esa mujer era una de nuestras vecinas del pueblo. A los chiquillos les gustaba ir a la piscina municipal en verano, pero yo a mis hijos nunca les dejaba ir hasta que no pasaban las dos horas de rigor tras comer, porque era peligroso.

—Eso no fue un corte de digestión, fue que la niña comió algo en mal estado, pero su madre lo exageró todo porque la niña nunca se esperaba ni le hacía caso.

Mientras cuentan sus batallitas de juventud, decido ir a coger mi desayuno. Me decanto por un zumo de naranja recién exprimido, un croissant, un café con leche descafeinado de sobre —porque así le puedo poner muy poco café—, un par de tostadas y la joya de la corona. Y ahora sí puedes pensar que soy una gorda acabada: un *crêpe* de nata y chocolate con una bola de helado de nubes.

Vuelvo a la mesa con mi bandeja —porque en un plato todo no cabía— y todas me miran como si tuviera monos en la cara.

—¿Todo eso te vas a comer, niña? ¿Y dónde lo metes? —dice Candelaria, echándose las manos a la cabeza.

—Pues en la barriga y en el culo, pero cuando vuelva a casa ya haré dieta o gimnasia —digo un pelín despreocupada, porque si lo pienso dos veces no me lo como. Soy un pelín maniática con el peso, pero ojos que no ven…

—Claro, eso es verdad. Cuando vuelvas, haces la dieta del cucurucho, que tantos días sin tu marido seguro que te vienen genial para hacerla.

¡Joder! ¿Pero qué desayunan estas mujeres? Gertrudis no tiene filtro, y me gusta, no creas que no, pero casi me atraganto con el zumo.

—No le digas esas cosas a la chiquilla. Que tú seas una depravada no quiere decir que todos lo sean. Y lo digo porque Gertrudis tuvo sexo con su marido hasta el día de su muerte —me aclara Candelaria, como si a mí me interesara.

—A ver, que a Manolo le dio un infarto, pero él estaba sano como un roble. Lo que pasa es que, de repente, pasó, sin más. Y me dejó sola. Pero, aunque me costó lo mío asumir que el mundo me lo había arrebatado, me dejó muy saciada.

—Claro, por eso ayer mirabas al capitán con esos ojitos… Porque no tienes necesidad alguna de hombre. Eso y tener unos cuantos cachivaches de esos a pilas… —suelta Candelaria de nuevo.

—A ver, sor Candelaria, que una es viuda, no monja. Los ojos están para ver, las manos para tocar y el coño para disfrutar.

¡Pero qué burra llega a ser esta mujer! El resto se ríe, menos Candelaria, claro.

—Mira que eres bruta. Déjalo, porque siempre tienes comentarios para todo. ¿Al final, entonces, qué vamos a hacer? —Cambia de tema rápidamente.

—La niña va a ir a sacarse leche y después nos encontramos en las piscinas. Nosotras vamos a por los bañadores y subimos a verlas, buscamos unas tumbonas y la esperamos mientras vemos qué se cuece por allí.

—Vale, pero nos ponemos cerca del bar, que sabes que yo necesito refrescarme la garganta a menudo —dice Aurelia.

Cuando termino ese desayuno que estaba de muerte, me voy a mi camarote a hacer mis cosas mientras llamo a William para ver a Matt, y cuando con la cámara muestra a mi pequeño, no puedo evitar que mis lágrimas caigan desenfrenadas por estar separada de él.

Es curioso este sentimiento. Ayer pensaba fervientemente que lo que necesitaba era alejarme para centrarme en mi nueva vida, pero la añoro. Echo de menos despertarme entre llantos, ir dormida a cualquier lugar de la casa, sacarme la teta donde sea, oler a caca… Porque todo eso es lo malo, pero también están esos momentos en los que le cojo, aspiro su aroma a bebé, le miro y le hago gorgoritos mientras él me los devuelve, lo tumbo sobre mí y acomoda su cabecita entre mis pechos, buscando su posición, encogido como estaba dentro de mi vientre, se duerme plácidamente y yo lo miro embobada. Extraño incluso todas esas veces que reviso si respira mientras duerme, porque no sé si eres madre o no, pero eso pasa. Tener ese profundo miedo a que deje de respirar… y sientes tanta angustia por ello que te falta hasta el aire a ti. Y es entonces cuando tienes que tocarlo, incluso despertarlo solo para saber que está bien. Y en ese momento… vuelve el llanto atronador que tanto odias, pero que, en el fondo, te da una paz…

—Cielo, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras? —Escucho a Will desde la lejanía de mis pensamientos.

—Es que pensé que esto no me pasaría, pero echo mucho de menos a Matt. Es una sensación rara.

—Es normal. Pero en una semana estás de vuelta y ya no dejaremos que te escapes más —comenta en tono jocoso—. Además, tenemos que repetir lo del unicornio, pero conmigo dentro de ti.

Solo escucharle ya me ha puesto cardiaca, ¿qué me pasa? De verdad, no me reconozco, tengo las hormonas demasiado revolucionadas.

Mientras hablamos de lo que vamos a hacer hoy, me saco leche y la deposito en las bolsas que he traído que son con un cierre zip, para que no se pierda ni una gota. Luego, las dejo en el congelador. Cojo mi bikini, me lo pongo frente a la cámara del móvil mientras

Will se queja por no poder hacerme los lacitos de las braguitas y, tras despedirnos, me voy en busca de mis locas amigas.

Voy corriendo por los pasillos con mi traje de baño, mi pareo y un bolso con la toalla, el monedero y el móvil cuando, de repente, choco con alguien que me tira al suelo de culo.

—¡Oye! Ten más cuidado —digo, mirando a ese chico rubio que me observa sonriendo—. ¿Tú otra vez? Aunque, en esta ocasión, la distraída he sido yo. Perdona —comento mientras me ayuda a levantarme del suelo.

—No pasa nada, a ti puedo perdonarte lo que sea. Oye… tu acompañante es algo mayor, ¿no? He pensado que, si no tienes nada que hacer, podrías venir con mi grupo de amigos. Perdona mi atrevimiento, pero ayer te estuve observando y, la verdad, que no quiero ser irrespetuoso, pero quizá te aburras con tu abuela y sus amigas.

Eso lo dice porque no las conoce. Lo miro bien, y este chico no tiene desperdicio, la verdad, pero yo soy una mujer casada y no he venido de crucero para engañar a mi marido, así que, cuanto antes le quite la ilusión, mejor.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero estoy casada. Es cierto que he venido con mi abuela —nuestro parentesco no le importa… así que seguiré con la relación familiar que él se ha inventado—, pero no quiero que pienses algo que no es. Y no quiero parecer borde, pero, si buscas ligar no soy la candidata perfecta.

—Oh, perdona, no quería incomodarte. Entiendo que estés casada. Eres preciosa y ningún hombre en sus plenas facultades te dejaría escapar. Aunque yo, si fuera él, no te habría dejado aquí sola con tanto tío suelto. —vuelve a reír—. Igualmente, eso no nos prohíbe ser amigos, ¿no? Empecemos de nuevo, por favor. Me llamo John y he venido a pasarlo bien con mi grupo de amigos. He visto que estás viajando con tu abuela y me preguntaba si te apetece conocerlos. Quizá te lo pases un poco mejor con gente más acorde con tu edad.

No puedo evitar reírme. Este chico es supermajo. Además de guapo, que eso es aparte, es agradable y simpático. Y, si lo pienso

bien, ¿qué puedo perder? Es cierto que no voy a estar todo el día con señoras de ochenta años.

—Me parece una idea estupenda. Me llamo Chloe, y no creas que mi abuela y sus amigas son aburridas, pero me irá bien relacionarme con gente más joven.

Voy a seguir con el juego de que Trinidad es mi abuela, porque a nadie le importa los lazos que nos unen y, a decir verdad, es la abuela que siempre me hubiera gustado tener.

CAPÍTULO 11

Un nuevo grupo



Tras despedirme de John y decirle que estaré en las piscinas, me dirijo hacia allí para reunirme con Trinidad. Cuando llego, alucino con el espacio. Hay cinco piscinas, una de ellas es un jacuzzi y el resto son redondas y bastante amplias, a excepción de la más grande que está en el centro y es rectangular. A los laterales, todo está rodeado de tumbonas, y al fondo hay una gran barra donde dos camareras sirven copas.

—Hola, chicas. Perdonad que haya tardado, pero he vuelto a tropezar con el chico de ayer. Espero que no os importe, pero vendrá en un rato con su grupo de amigos. No es que con vosotras no lo pase bien, pero creo que relacionarme con gente de mi edad me vendrá genial.

Todas aplauden, menos Candelaria.

—¡Claro que sí, mi niña! Que vengan esos mozos, que si son tan guapos como el rubio, están invitados a lo que sea —comenta Gertrudis, haciendo que todas riamos de nuevo.

—En serio, sois de lo que no hay —aparto un poco a Trinidad porque no quiero que me escuchen—. Por cierto… Cree que eres mi abuela —suelto por lo bajo, mirándola avergonzada—. No he querido decirle lo contrario porque a nadie le interesa mi vida.

—Cielo, sabes que para mí eres una nieta más, así que no hay problema. Pero, aunque a nadie le importe tu vida, si al final os

hacéis amigos, algo les tendrás que contar.

—Lo haré a su debido tiempo si la cosa va bien. Por el momento, no los conozco y ya sabes cómo soy: me cuesta confiar en la gente.

Es curioso que diga esto, porque las amigas de Trinidad han hecho que rompa mis reglas. Saben demasiadas cosas de mí sin apenas conocerme, aunque imagino que la situación ha ayudado a que así sea.

Volvemos con las chicas y retomamos la conversación cuando Candelaria se pone seria.

—A mí no me importa que vengan con nosotras, pero una cosa te voy a decir: no olvides que estás casada, y que tienes un hijo —lo dice molesta y de malos modos. ¿Qué cree, que porque quiera conocer a gente joven quiero acostarme con alguno de ellos? Cómo se nota que esta mujer no me conoce de nada.

—Tranquila que no me olvido. De hecho, ya sabe que estoy casada —le suelto en un tono algo seco y cortante—. Pero no creo que tenga que ir aireando mis problemas por ahí sin conocer a la gente. Solo quería que lo supierais porque os acompaño en este viaje, y me sentiría mal si pensarais que no quiero compartir mi tiempo con vosotras.

—Mujer, tonta serías de no irte con un grupo de gente joven. Por nosotras no te preocupes, eso sí, no cometas ninguna tontería. —Aurelia quiere quitarle hierro al asunto y se posiciona de mi parte.

—Tranquila, sé muy bien lo que quiero y a quién, y os he de decir que este viaje me está aclarando mucho los sentimientos. La maternidad es extraña, pero hoy he entendido una cosa: que no hay un solo lugar en el mundo mejor que al lado de Matt y de Will.

Todas me abrazan y me siento querida, algo que hacía mucho que no sentía. Incluso Candelaria ha reculado y creo que ha comprendido que, a pesar de estar casada, se puede tener amigos del sexo opuesto sin llegar a que sean nada más.

Referente a lo que he comentado antes, no me malinterpretes. En casa, con Will, me siento amada todos los días. Estamos enamorados, pero, aparte de él y Anaïs, no siento que sea importante para nadie. Mis padres viven a cientos de kilómetros de mí, me dieron una responsabilidad laboral y me abandonaron como

a un perro. Lo único que les preocupa son los resultados. He sido madre y solo me acompañaron durante tres malditos días. Después se marcharon. Mi madre me dejó sola, casi nunca hablamos, aunque mi relación con ella siempre ha sido así. Ni de pequeña he sentido amor por su parte. Suerte que tengo a Trinidad aquí y a Lucía, junto a Adrián y Alberto, ellos son mi familia y nadie más.

La familia de Alberto me acogió como una más. Es como si formara un pack junto con Anaïs y me alegro, porque en ellos tengo todo lo que no he tenido nunca. Me alegro de poder contar con alguien aquí, tan lejos de mi hogar.

Dejando a un lado mis problemas familiares, me instalo en una tumbona justo delante de la piscina y, tras retirarme el pareo, me voy a la ducha dispuesta a meterme en el agua. Todo está impoluto, el agua cristalina y siento paz.

Me meto bajo la ducha y la temperatura es ideal. Siento cómo las gotas se deslizan por mi cuerpo, descienden sobre él y van a parar al suelo. Mientras me relajo, me permito imaginar cómo hubiera sido mi vida con otra madre, pero desecho el pensamiento porque no hay otra. Ella es la que me tocó en el reparto: doña Vicenta Soriano, una mujer con dinero, pero vacía por dentro. Mi padre es muy distinto; siempre ha besado el suelo por donde ella pisa. Es como si le debiera algo que yo no alcanzo a comprender. Siempre hace lo que mi madre quiere, incluso pasar de mí. Creen que, por mandarme dinero todos los meses, ya lo tienen todo hecho. Y yo, mientras me sumerjo en el agua de la piscina, en un salto perfecto para caer como una sirena en el mar, pienso que no quiero una familia así. Nunca he sido una niña feliz ni he hecho lo que realmente me gustaba. Dejé que mis padres dirigieran mi vida, aunque tuve la suerte de casarme con quien amaba, pero eso fue porque tampoco pude conocer a muchos más chicos. No es que me arrepienta, pero, de no haber conocido a William, de no ser socios nuestros padres, quizá nunca hubiéramos estado juntos.

Hago unos cuantos largos en la piscina mientras estas mujeres tan locas están en la barra del bar tomando un refresco, mirando a un camarero y soltando algunas de sus perlas cuando escucho mi nombre y salgo de mi mundo.

—Hola, Chloe, ya estamos aquí. —Miro alrededor de John y veo un grupo de cinco parejas. Vaya… Es el único que no tiene chica. Pues conmigo lo tiene complicado.

—Hola, encantada de conoceros a todos. Soy Chloe, como bien ha dicho John, y he venido con mi abuela y sus amigas, a las cuales hay que vigilar, que tienen demasiado peligro.

—Hola, yo soy Ania —dice una chica rubia muy agradable— y ellos son Romeo, Alysa, Henry, Darrel, Indira, Brian, Sofi, Ben y Dylan. A John ya lo conoces. Nosotros hemos venido a disfrutar entre amigos. Es una pena que tu marido no esté aquí contigo. Ya nos ha dicho John que estás casada, aunque, si te soy sincera, eso en ocasiones importa bien poco. Yo también lo estaba y, en un viaje de negocios, conocí a Dylan…

—Ania, no empieces… —la corta John—. No todas las chicas son como tú.

—Oye, que ese cabrón se merecía los cuernos. Él me los estuvo poniendo a mí durante años, lo que pasa es que yo fui más lista y lo dejé. —Vuelve su mirada hacia mí—. No te lo tomes a mal, es que yo soy muy directa, pero respeto que seas una mujer fiel, de verdad. Lo único es que os va a tocar ser los aburridos del grupo, los que estarán de sujeta velas.

Se instalan en unas tumbonas al lado de la que he cogido yo y veo cómo las chicas nos miran. Bueno, en realidad miran a todos los chicos, tanto que a Gertrudis se le van a salir las cuencas de los ojos cuando Henry y Darrel se besan. ¿No decían que eran modernas? Niego con la cabeza y me echo a reír sin que me vean, no quiero dar más explicaciones de las debidas, y espero que Candelaria no diga nada, porque esa mujer es capaz de crucificarlos aquí mismo.

El rato que pasamos juntos es divertido, nos conocemos un poco mejor, todos trabajan en el mismo lugar, una aerolínea. Las chicas son azafatas de vuelo, Dylan, Henry y John son pilotos, y el resto trabajan en la torre, menos Darrel, que es guardia de seguridad. Yo les hablo de mí, de dónde trabajo y les comento que estoy de vacaciones. No quiero entrar en detalles íntimos con gente con la que voy a compartir una semana, al menos por ahora.

—Debe de ser una pasada estar rodeada de coches lujosos todo el día y tratar con gente de tanto dinero. Nosotros somos gente corriente. La verdad es que hemos ahorrado mucho para poder hacer este crucero.

—Bueno, para mí son gente normal, me he criado entre ellos. La gran mayoría de clientes son de toda la vida y a mí nunca me ha faltado de nada, por lo que imagino que me consideraréis una niña rica. —Alzo los hombros como si no me importara demasiado, aunque, si lo pienso detenidamente, me doy asco a mí misma.

—Qué va, eres una chica estupenda —dice Indira—. No toda la gente con pasta es maja. También tratamos con muchos al cabo del día, pero a los estirados los calamos rápido, y tú no tienes pinta de eso. Es más, te diré una cosa: cualquier tía se hubiera tirado a los brazos de John. Él tiene un magnetismo especial y tú ni te has inmutado ante sus piropos. Me gusta cómo eres, una tía leal.

Leal… ¿Se es leal cuando dejas a tu familia para disfrutar de unas vacaciones? No lo creo. Porque si lo fuera, esta gente ya sabría que tengo una familia.

La mañana pasa entre margaritas, mojitos y Coca-Cola para mí, algo que extraña a mis nuevos amigos, pero no preguntan. Al cabo de un rato, Trinidad se une a la fiesta junto con sus amigas, a las que presento encantada, y entre todos reímos ante las ocurrencias de estas mujeres tan iguales y tan distintas a la vez.

Se meten en nuestras conversaciones y se empeñan en conocer un poco más a mis nuevos amigos. Pensaba que no serían tan directas, pero me equivocaba.

—Qué alegría que os hayáis unido a nuestro grupo. Nosotras somos divertidas, pero, con nuestra edad, pocas cosas podemos hacer, y Chloe se hubiera acabado cansando de nosotras —comenta Aurelia, tocándose el pelo para colocárselo bien, ya que la brisa que pasa por aquí se lo ha despeinado.

—Sí, no creo que quiera estar visitando monumentos históricos ni hacer las excursiones que nosotras queremos. Y dejarla sola no es que nos apetezca, porque en este barco hay mucho moscón suelto. —Candelaria mira de forma acusadora a John y yo casi me atraganto con la Coca-Cola.

—Ya la entiendo, pero puede estar tranquila. A nosotros nos gusta el relax. No vamos a negar que la discoteca del barco va a estar muy concurrida y que nos encanta hacer locuras, pero en este viaje buscamos playa, lugares exóticos y mucho descanso. Trabajar en una aerolínea es pesado, y tener esta desconexión del mundo nos viene de perlas.

No puedo imaginar que ese trabajo sea pesado para nada. Si están todo el día en las nubes, no tienen que estresarse por encontrar caravana para llegar a su destino. Las azafatas solo sirven comida y bebida durante el vuelo y, quitando cuando alcanzan turbulencias, debe de ser uno de los trabajos más seguros y placenteros del mundo.

—Creo que este viaje va a ser muy entretenido —suelta Gertrudis, pensando en algo que no logro descifrar. Pero si cree que hay alguna posibilidad en que me deje llevar con John, está muy equivocada.

CAPÍTULO 12

Juventud, divino tesoro



TRINIDAD

Estar en este viaje con mis amigas es divertido, pero aguantar según qué cosas de Candelaria no tanto. Esa mujer me desespera en ocasiones porque, en lugar de ochenta años, parece que tenga cien. Es obstinada y amargada, y nos quiere amargar a las demás. No para de quejarse de todo: que si el barco la marea, que si cree que le ha subido la tensión o el azúcar. Luego se queja de nuestras conversaciones o de lo que hace o no hace Chloe. ¡Que deje ya de fijarse en los demás, coño! No se da cuenta de que así lo único que hace es discutir todo el rato por tonterías.

Hoy quería estar encerrada todo el día. Decía que para qué iba a salir por el barco si no iba a hacer ninguna parada ni íbamos a ver nada. Pero luego se ha bebido media barra del bar ella solita. Y dice que el barco la marea… Lo que la marea es la cogorza que lleva encima. Pero mira, no hay mal que por bien no venga: así está más divertida y, como mucho, se pondrá a dormir la mona.

Mientras estábamos esperando a que llegara Chloe, ha pasado por aquí el capitán, un hombre mayor, con bastante buena planta y muy divertido. Me extraña que no esté jubilado, pero a veces la gente es muy rara y no quiere hacerlo por algún motivo. Y reconozco que este trabajo debe ser bastante entretenido y poco

laborioso. Quizá solo manda y nada más. Seguro que debe de tener trabajadores que hacen su trabajo.

Se ha acercado a nosotras y nos ha invitado a unas copas. He visto como Gertrudis le hacía ojitos, y podría jurar que a él no le ha importado. Anillo de casado no llevaba, así que o es viudo o está divorciado. Y es que, viajando tanto, no creo que pueda estar con nadie. Mi amiga es muy viva, y cuando se le mete algo entre ceja y ceja no para hasta conseguirlo. Y el capitán es su objetivo principal.

Yo hablo mucho y soy muy dicharachera, pero desde que mi Daniel se me marchó no he vuelto a fijarme en nadie. Ya sé que Felipe ha intentado que me fije en él y que hemos salido unas cuantas veces, pero lo he hecho más por hacerle compañía al pobre que por intentar ser feliz al lado de otro hombre. Bastante tengo ya con mi familia. Ya sé que son muchos años sola, pero le quise tanto y fue tan importante para mí que no quiero sustituto alguno para él por el momento. Cuando me entran ganas de hombre, busco mi amigo a pilas y listo. Porque… ¿No pensarás que una mujer sana, aunque sea mayor, no puede aliviarse con nada?

Al rato de estar con este chico tan mono del barco y sus amigos, hemos decidido ir a comer todos juntos, así que nos hemos esperado a que se sequen y hemos bajado al restaurante que hay en la planta de abajo de las piscinas. He de decir que es muy pijo.

Todo está decorado con cuadros de pintores de renombre. Las mesas y sillas están forradas con manteles en tonos pastel y los platos están dispuestos con mucho gusto, aunque bastante escasos.

—¿Vamos a comer aquí? —pregunta Candelaria, con un tono algo ininteligible.

—Sí, tenemos que probar todos los restaurantes de este barco. Además, así estamos un rato con la juventud, a ver si se nos pega algo —comenta Aurelia, bastante risueña.

—Sí, la tontería que tienen encima.

—Candelaria, no empecemos… —digo enfadada—. Perdonadla, que no se ha tomado su medicación, esa que la hace ser simpática.

Todos se ríen. Me encanta este grupo.

Una vez que tomamos asiento, vamos por grupos a coger la comida. Yo me decanto por una ensalada verde que preparo con

lechuga de esa de varios colores, aceitunas, tomate, cebolla, pimiento, un poco de queso parmesano en trocitos y unos tacos de pollo especiado para ensalada. Luego ya volveré a por el segundo, que no sé si será pasta o carne, porque todo tiene una pinta muy buena.

—Trinidad, ¿de dónde es usted? —pregunta, curioso, uno de los chicos, que, por cierto, es muy mono y tiene unos ojos verdes que cautivan.

—De Zaragoza, aunque vivo en Miami con mis nietos.

—Guau, vaya cambio. Imagino que debe ser de un pueblo pequeño. Debe de haberle costado mucho la transición.

—La verdad es que estaba ya cansada del pueblo. Miami es muchísimo mejor, con sus playas para relajarte y alegrarte la vista. ¿Y vosotros de dónde sois?

—La mayoría de nosotros somos de Palm Beach —aclara Henry, el chico mono de ojos verdes—, aunque no todos son de allí. Ania y Dylan viven en Oakland Park, Romeo y Alysa en Naples, y Sofi, Ben y John viven en Hallandale.

Me quedo con cara de no tener ni idea de donde están esos lugares… Y es que salgo poco de Miami, aunque la cara de mis amigas no tiene desperdicio. El pobre muchacho se da cuenta y continúa:

—Aunque todos vivimos en Florida, estamos repartidos. Naples está al suroeste, a unas dos horas de Miami. Hallandale se encuentra cerca de Hollywood, mientras que Oakland Park está un poco más lejos. Estas zonas son menos conocidas que Palm Beach.

—Pues yo me quedo igual —suelta Candelaria—. Todos esos lugares me suenan a chino. Bueno, Hollywood es la más conocida, porque allí solo hay actores, pero ya está.

—No le hagáis mucho caso, tampoco sabe dónde está la biblioteca del pueblo, así que mejor dejarla como caso perdido —dice Gertrudis, con ganas de picarla.

—Oye, guapa, claro que sé dónde está la biblioteca, pero yo no he recorrido tanto mundo. Además, si me quedan dos telediarios, ¿para qué quiero ir a sitios que ni voy a recordar cuando me vaya al cielo?

Aurelia se ríe.

—O al infierno, no te olvides, que quizá no seas tan buena.

—Perdona, bonita, yo la entrada al cielo la he ganado solo con aguantaros que sois de lo que no hay.

De nuevo todos ríen. Tampoco es para tanto; si somos unas mujeres muy normales.

—Chloe, vaya con tu abuela y sus amigas, así es imposible aburrirse.

Todas me miran sin saber por qué dice que soy su abuela. Ella no sabe qué decir y yo no puedo dejarla en evidencia porque, aunque no sea mi nieta, a nadie le importan nuestros lazos, y me encuentro en el deber moral de defenderla.

—Es que nosotras no somos unas abuelas cualquiera, y le hemos prometido a mi nieta un viaje divertido.

De nuevo, todas me miran interrogándome con los ojos, pero ahora no es el momento de explicaciones.

Comemos y uno de los chicos propone ir al casino del barco un rato. No nos parece mal plan, pero Chloe ya está algo incómoda, y yo ya sé por qué. La pobre lleva unas ocho horas sin sacarse leche y tiene que hacerlo.

—Nos apuntamos, pero tiene que ser un poco más tarde. ¿Qué os parece si nos unimos a vosotros después? Es que Chloe tiene que cambiarse y ayudarme a mí, porque, cuando una se hace vieja, a veces necesita ayuda.

—Claro, no hay problema, nos vemos allí en una hora.

Tras despedirse de nosotras, se marchan alegando que ellos también deben cambiarse.

—Ahora que se han ido los chicos, ¿nos explicáis qué os traéis entre manos? Porque, que nosotras sepamos, nietos tienes solo dos, y ninguno de ellos se llama Chloe.

La pobre muchacha no sabe qué decir, así que, de nuevo, me veo en el deber de salvarla y arroparla bajo mi protección de estas arpías.

—A nadie le importa si es o no mi nieta, y os digo una cosa: para mí es como si lo fuera. Ella ha estado a mi lado mucho tiempo, mientras Alberto estaba en una isla arrastrándose por Anaïs y

cuando una zorra mala quiso aprovecharse de él y arrebatarle lo que era suyo por derecho. Así que no me digáis que no es mi nieta.

Se han quedado pasmadas, no saben qué decir y en parte mejor. Así las dejo calladas, mientras observo cómo Chloe se emociona ante mi verborrea.

—Y tú no me llores —prosigo—. Sé que estás sensible, que este viaje no será fácil y que muchos sentimientos se agolpan en tu pecho, pero es que lo tenía que decir. Eres una niña encantadora y me apena que no tengas más apoyo de tu familia. Por eso, desde hoy, he decidido que eres mi nieta y punto en boca.

Aclaro, mirando de nuevo a mis amigas, que la abrazan.

Es que esta niña es todo amor. Desde fuera puede parecer la típica chiquilla con dinero, hija de papá, que se lo han dado todo, pero la realidad es bien distinta. Le han dado cosas materiales, pero estoy convencidísima que eso no es lo que ella ha deseado. Y por ese motivo, necesito que sea feliz, porque en su radiante belleza, hay cierta tristeza cuando la miras a los ojos, y eso es por las carencias que ha tenido a lo largo de su infancia. Nunca ha sabido lo que es una familia que la quiera, y yo estoy dispuesta a cambiar eso.

—Ahora vamos a vestirnos, que nos esperan, y Chloe tiene que sacarse leche si no quiere que sus pequeñas exploten.

—Uy, sí, pobrecita mía. Aún recuerdo lo que duele el pecho cuando está tan lleno… —Aurelia se toca los pechos como si fuera ayer cuando los tenía llenitos de leche.

Todas nos encaminamos a nuestros respectivos camarotes. Mientras Chloe hace sus cosas y, entre ellas, llamar a su chico y a Susana, nosotras nos cambiamos. Yo elijo un vestido negro con una chaquetilla del mismo color, con un toque como de purpurina que hace que sea más llamativa. Aurelia opta por un conjunto de dos piezas color rojo, con pantalón y camisa anchos, moderno y jovial. Gertrudis se planta un tejano claro y una camiseta de los Rolling Stone; parece una quinceañera, pero ella va encantada. Candelaria se pone un conjunto tipo deportivo… ¿Dónde va así? Que no es que estemos en un hotel de lujo, pero al casino no se puede ir en chándal. Así que hacemos que se cambie a regañadientes, y acaba con un conjunto de dos piezas como Aurelia.

Pasado un tiempo prudencial, nos reunimos con los chicos. Piensa que nosotras somos mayores y no nos cambiamos rápido, tenemos nuestros achaques, y si a eso le sumamos el maquillaje, porque somos muy coquetas… pues tardamos un poco. Chloe todavía no ha llegado. En una hora a la pobre no le da tiempo de hacer todo lo que tiene pensado, así que, para hacer tiempo, hemos decidido esperar para juntarnos con los jóvenes y, de momento, observamos lo que nos rodea.

En la sala hay varias mesas de juego, máquinas tragaperras y cualquier cosa que puedas encontrar en un casino de los de verdad. Para estar en un barco es impresionante. Lo que más me gusta es ver a todo el equipo de trabajadores tan bien organizado.

Las chicas quieren jugar a las máquinas y cada una se va a buscar lo que quiere. Yo me voy a la caza de una para mí, mientras veo por el rabillo del ojo a mi amiga Gertrudis escaquearse tras ver al capitán del barco.

Es peor que una adolescente, aunque es cierto que el capitán no tiene desperdicio. Le observo con su uniforme y su barba tan bien recortada, y la verdad es que hace buena pareja con mi amiga, por lo que la dejaré disfrutar del momento.

Decido meter una moneda y probar suerte en una de estas máquinas del infierno que a mí no me gustan demasiado, siempre las he encontrado una pérdida de dinero. Observo cómo la moneda que he puesto en la ranura se adentra en el interior de la máquina, esperando a que le dé a una manecilla que tiene en el lateral. Lo hago, y contemplo pacientemente cómo ruedan las tres figuras que lleva en el centro. La primera figura se convierte en una estrella, la segunda… también… y la tercera…

—Hola, ¿dónde están las demás chicas?

Blim, blim, blim.

Las dos nos giramos y alucinamos. Tres estrellas. La máquina no para de emitir sonidos. Solo falta que me caiga confeti por encima, como en las películas.

Todo el mundo nos está mirando y Chloe empieza a saltar, loca de contenta.

—¡Te ha tocado! Trinidad, ¡te ha tocado!

Vuelvo a mirar el resultado de la dichosa máquina y es verdad, pero ¿qué me ha tocado? Al final va a resultar que estas máquinas sí que tocan de vez en cuando.

Veo cómo todo el mundo se acerca corriendo a felicitarme. Los nuevos amigos de Chloe están en primera línea abrazándome, y los trabajadores, junto al capitán, vienen a darme mi premio. Veo cómo este último se recompone la camisa, con mi amiga detrás. Esta no pierde el tiempo.

Me pregunto de dónde ha salido ese hombre con mi amiga, quien lleva una sonrisa de oreja a oreja, pero ahora mismo necesito serenarme. La gente espera que me vuelva loca de contenta porque me ha tocado un premio, pero, lejos de eso, creo que me he quedado en estado de *shock*.

Miro el premio con el que vienen los empleados: un cheque por un importe de cien mil dólares. No está mal. También me entregan un bono para el spa y una cena con el capitán, pero esto quizá se lo dé a Gertrudis, que creo que le hará más ilusión.

—Gracias, es la primera vez que me toca un premio así en mi vida —digo, sintiéndome como una especie de robot, porque, la verdad, aún no termino de asimilarlo. Estoy contenta, pero incómoda ante tanta atención.

—Joder, Trinidad, qué suerte tiene. ¡Se podrá quejar! Tiene una nieta preciosa, le ha tocado el premio del casino, y su estancia en el barco va a ser de lo mejorcito. Ya me gustaría a mí estar en su lugar.

Definitivamente, este niño es tonto. Le ha dado con la niña… y esto tengo que cortarlo, porque ella ahora está en una época frágil, con los sentimientos a flor de piel, y demasiadas atenciones pueden provocar cosas que no queremos que pasen.

—La suerte la tiene mi nieta de tenerme a mí de abuela y de tener al marido que tiene, que es un sol, además de estar muy bueno. El dinero viene y va, para mí no es muy importante, si me quedan dos telediarios.

Todos se ríen ante el zasca que le acabo de meter al pobre John, pero no he dicho ninguna mentira. A mí lo material no me importa demasiado, me importa que mi gente sea feliz. Y ya sé en qué voy a

gastar este dinero: lo destinaré a este viaje, y el resto se lo daré a mis nietos.

Una vez que la gente se dispersa, tras hacer las pertinentes fotos con el enorme cheque de mentira que me entregan, decidimos dejar el casino e irnos a tomar unas copas para celebrar mi premio.

CAPÍTULO 13

Sorpresas



Llego a mi camarote deseando enchufar la máquina maldita a mis pechos. Por suerte, la que tengo es doble y no tardo nada en sacarme leche, ponerla en las bolsitas y congelarla. Mientras lo hago, decido llamar primero a Susana, ya que Will estará trabajando. Es lunes, y los lunes tenemos muchas cosas que hacer en nuestros respectivos concesionarios.

Marco el número con dudas, porque Susana me pone nerviosa. A día de hoy, aún no entiendo por qué mi padre insistió tanto en que fuera ella quien me ayudara. Me fastidia cómo me mira, cómo juzga cada movimiento que hago, cómo vigila tanto a Matt, como si fuera algo suyo… Pero luego pienso en lo que me dijo antes de irme y creo que es cierto: debemos hablar.

Podría decirte que me gustaría que mi madre estuviera a mi lado, pero, si lo pienso detenidamente, no sería cierto. Nunca me he sentido querida por ella. Siempre sentí que yo le estorbaba en su vida perfecta, y jamás he entendido por qué. Mi padre, en cambio, siempre estuvo para mí. También recuerdo a una mujer, en mi infancia, que me veía a escondidas de mi madre. Ella sí era cariñosa, pero no recuerdo demasiado. Yo era pequeña y aquella mujer desapareció sin más. Como puedes ver, mi vida ha sido entre rosas y espinas. Crecer con dinero no te da la felicidad; al contrario, en ocasiones te va apagando.

Will fue esa luz al final del túnel. Desde pequeños hemos crecido juntos, por lo que era inevitable que me enamorara de él. Siempre jugábamos al escondite y, cuando crecimos, ambos nos involucramos en el negocio familiar del que nuestros padres eran socios, así que nunca hemos dejado de ser amigos… hasta que una carta nos llevó a una cita, y el resto ya te lo he contado.

Dejando de lado todos los pensamientos que me inundan sobre la relación materno filial, marco el teléfono de Susana y la llamo para ver cómo está Matt.

—Hola, Chloe, ¿cómo estás? —contesta bastante animada.

—Bien, Susana, gracias —respondo, algo escueta—. Llamaba para ver qué tal va todo por casa. Sé que anoche te quedaste más rato porque Matt estaba algo inquieto y quería comentarte que no te preocupes, que esas horas te las pagaremos y que…

—Tranquila, no tienes que pagarme de más, lo hago encantada —me corta mientras le comento lo de las horas.

—Pero no tienes por qué quedarte más rato. Es tu tiempo libre, tienes que disfrutarlo con tu familia —digo, como si supiera si la tiene o no. En realidad, ni me he preocupado por saber nada de su vida.

No es que no quiera saberlo, es que su llegada me sentó tan mal que me enfadé, y quizá eso ha provocado que ella sea como es conmigo… y no la culparía. Pero me dolió. Y ahora me doy cuenta de que lo he hecho fatal, que ella no tiene culpa de que mis padres no estén aquí.

—Mi familia sois vosotros, no tengo a nadie más. Sé que estás dolida y que quizá debería haber hablado contigo… y lo haremos, pero ahora no es el momento.

No sé qué decir ante eso. ¿Me está diciendo que no tiene a nadie? Ahora me siento incluso peor.

—. ¿Y tú, qué tal estás? —me pregunta—. ¿Cómo lo estáis pasando?

—Bien. El barco es enorme, y hoy estamos todo el día navegando, así que visitaremos los rincones de este lugar a ver qué nos deparan.

Me sorprendo a mí misma hablando con ella tan abiertamente, y he de decir que es hasta agradable.

—Qué bien, pues disfruta. Matt está bien, ahora está dormidito. Ya sabes que, en esta época, solo comen y duermen, pero me ha dicho Will que anoche se despertó una vez y que pudo dormirlo de nuevo hasta esta mañana. Hoy le ha dado el biberón cuando se ha despertado y luego yo lo he vestido cuando Will se ha ido al trabajo. Hemos ido a dar un paseo al parque para que le diera un poco el sol y se ha quedado dormido. En un rato te mandaré unas fotos, ¿quieres?

Mientras me cuenta todas esas cosas, me doy cuenta de que no es tan mala como parece y que, en realidad, mi hijo está en buenas manos. Eso me tranquiliza mucho. Lo que me recuerda que tendré que disculparme con mis padres.

—Claro, gracias, Susana. Sé que no hemos empezado con buen pie, pero eso cambiará. No sabes cuánto te agradezco todo lo que estás haciendo. Tengo que llamar a Will, ya iremos hablando. —Sin querer, noto como una leve sonrisa de alivio aparece en mi cara.

—Claro, cielo, cuando quieras aquí estoy.

Y puedo intuir una igual en la suya.

Finalizo la llamada y me dispongo a hacer la siguiente.

—Buenos días, princesa, ¿qué tal ha ido la mañana?

Sonrío al pensar que me he dormido por su culpa.

—Pues las sábanas se me han pegado un poco, porque alguien me entretuvo anoche con un unicornio…

Noto cómo sonríe. Lo conozco perfectamente.

—Podemos repetir si quieres… o puedo coger un vuelo exprés para Jamaica y pasar el día contigo mañana. Aunque eso significaría que Susana se tendría que quedar con Matt y que aquí Joe estuviera al mando. Pero, por ti, puedo pedir unos favores. Te recuerdo que nuestra empresa dispone de un *jet* privado.

Suena muy tentador… pero también es una locura.

—Suena interesante, pero no podemos hacer eso. Mañana tienes que recibir a un cliente importante y, además, te llega la nueva gama de deportivos. Tienes que estar tú.

Me pongo en plan sargento, porque Joe es buen vendedor, pero a veces se le va la pinza. Con los papeles es lo peor, y las cosas importantes tiene que hacerlas Will. Además, este cliente es nuevo y no podemos perderlo.

—Tienes razón, qué mierda. Pero no creas que me voy a olvidar. Ayer lo pasé muy bien y quiero repetir. Así que esta noche tenemos una cita, no lo olvides, nena.

Como para olvidarlo.

—Eso está hecho —digo, mirando el reloj—. Te dejo, que me esperan las chicas y un grupo de amigos nuevos que he hecho. Ya te contaré más tarde. Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa. Nos vemos esta noche. A la hora que sea, no dudes en llamarme.

Finalizo la llamada y, tras ponerme un vestido playero y unas sandalias de tacón, cojo un bolso pequeño en bandolera y me dispongo a ir en busca del casino y de Trinidad.

La verdad es que me ha emocionado antes con sus palabras, y quiero compensarla. Para mí, ella también es muy importante.

CAPÍTULO 14

Una noche de lo más loca



Al llegar al casino, me llevo una gran sorpresa: Trinidad ha ganado un premio, y de los gordos, así que ha decidido celebrarlo en un bar que se encuentra en el puente seis. La verdad es que es una pasada, todo decorado con sillones tapizados en leopardo y mesitas de cristal en el centro de ellos, muy *animal print*, pero alucinante.

Todos comienzan a pedir copas, a las que, por supuesto, ha invitado ella. Yo me pido una cola *zero zero* mientras me miran como si fuera un bicho raro.

—No me miréis así, es que no puedo beber alcohol. —Creo que todos han pensado que estoy embarazada porque ahora me miran aún más raro—. No estoy embarazada, si es lo que creéis, pero lo estuve hace poco y por eso no puedo beber.

—Vaya, eres una caja de sorpresas —dice Indira.

—Una caja muy bonita —remarca John.

No sé qué parte no le ha quedado clara de que estoy casada, porque su actitud hacia mí no ha cambiado. Entiendo que puede ser muy halagador, pero a mí ya me está agobiando un poco.

—Bueno… Como vamos a pasar unos días juntos y no quiero que penséis cosas raras, os diré que el viaje lo he hecho porque mi reciente maternidad me ha superado un poco. Mi hijo está con mi marido y esto solo son unas vacaciones con mi abuela y sus amigas

—suelto rápido, con miedo de que me juzguen, pero lo harán igual. Al menos así podrán entenderme un poco más.

—Pues yo lo veo genial —dice Ania. El resto de chicas asienten con la cabeza y, sin saber por qué, siento como si la losa que me pesa tanto desde que tuve a Matt se hiciera más pequeña—. Eres muy valiente por dejar al pequeño con su padre, pero seguro que se apañan. Tú tienes derecho a un descanso, ser madre es muy difícil.

Vaya, no tiene pinta de tener hijos, pero claro, tampoco las conozco.

—Claro, es que no vienen con instrucciones, y a veces son realmente desquiciantes. Su llanto se te mete en la cabeza y solo lo oyes llorar, y ya no hablemos del descanso… ni del tiempo que dejas de tener para ti —secunda Alysa.

Me caen bien estas chicas.

—Pues vamos a brindar por esas madres libres.

Todos levantamos nuestros vasos y nos unimos a Romeo, que sonríe mirando a Alysa con complicidad.

Tras hablar de muchas cosas, nos explican que ellos usan estas vacaciones como válvula de escape a sus vidas rutinarias. Romeo y Alysa son padres de una niña de dos años, Ruth, que han dejado con los abuelos maternos. Indira y Brian tienen un niño de tres años llamado Leo, que se ha quedado con el hermano de él. Sofi y Ben tienen dos hijos —vaya locura—, son gemelos, se llaman Austin y Clifford, y dicen que son unos pequeños diablos de dos años y medio, que se han quedado con los abuelos. Ania y Dylan, por el momento, no tienen hijos, aunque llevan intentándolo un año, pero sin suerte. Henry y Darrel nos cuentan que están en proceso de adopción, pero que es lento, aunque no pierden la esperanza.

—¿Y tú, John? ¿Qué nos cuentas de ti? ¿Novias, hijos? —pregunta Aurelia.

—Yo… bueno, estuve a punto de casarme. Lo cierto es que me separé hace poco. Este viaje es como mi nuevo comienzo.

Le noto incómodo con el tema. Creo que las demás también, y agradezco al ser supremo cuando Candelaria interrumpe su respuesta para soltar una de sus perlas.

—De verdad que esta generación de hoy en día no hay quien la entienda. Queréis tener una familia, pero luego viajáis sin niños… Antes eso no lo podíamos hacer. Cuando tenéis hijos os debéis a ellos, es vuestra obligación, no de los abuelos, ni de los tíos, ni de las cuidadoras —dice dirigiéndose a mí. Esta mujer y yo acabaremos mal.

—Claro, por eso les tienes envidia. Pero, por suerte, la vida evoluciona, lo que pasa es que tú te has quedado estancada en aquella época —le dice Gertrudis sin miramientos.

—No es que esté estancada, es que creo que si tienes un hijo, es para estar con él.

—Sí, pero un descanso de vez en cuando no viene mal. Tú no tienes hijos y no sabes lo que es. Ellas se han ido una semana, no los han abandonado, y cuando vuelvan cada una estará con ellos mejor porque los habrán echado de menos. Los hijos, en ocasiones, estresan demasiado y yo aplaudo que, en eso, hayamos avanzado —le dice Aurelia, defendiendo nuestra posición.

—Podéis decir lo que queráis, pero yo voy a seguir pensando igual.

—Claro, porque eres una vieja amargada con una mente retrógrada, pero no te preocupes, que te queremos igual —le contesta, picándola.

Todos nos reímos y no nos tomamos a mal sus comentarios, porque si no, nos amargaríamos la fiesta y ese no es el plan.

Tras las copas vamos a cenar al restaurante y luego a la sala de baile, donde ponen una música brutal.

Estamos animados, bailando, haciendo piña unos con otros. Las chicas se nos unen, excepto Candelaria, que se ha quedado hablando sola en un sofá de la sala. Nos estamos divirtiendo y, ese momento, John se acerca a mí. Bailamos tranquilos, todos con todos, y me arrima hacia él. No le doy importancia porque todos estamos pegados, pero cuando noto una mano en mi cintura, que me arrima aún más, decido ponerle fin al juego.

Le cojo de la mano y me lo llevo fuera de la sala, bajo la atenta mirada de Trinidad. Cuando salimos y el aire frío nos golpea, me enfrento a él.

—Pensé que había quedado clara mi postura en esta relación de amistad que estamos construyendo, pero veo que para ti no, y eso me molesta. No paras de piropearme, de insinuarte, y sabes que estoy casada, que tengo un bebé. ¿En qué estás pensando? ¿Qué parte no entiendes de que no estoy disponible? Porque tus gestos cada vez son más evidentes, y al final harás algo que no me gustará… y yo tendré que hacer algo que no te gustará a ti.

Pone su dedo índice en mi boca para callarme y me mira fijamente. Va borracho, puedo notarlo. ¿Pero qué coño le pasa a este chico?

—Shhh…Mira, morena, me encantas, no lo voy a negar. Ese desparpajo que tienes, tu soltura, tu belleza… Toda tú eres una diosa. Y tu marido es gilipollas por dejarte viajar sola con tu abuela. Así que, si dejas de quejarte… quiero besarte.

¡¿Cómo?!

—Mira, John, vamos a tener un viaje tranquilo y no me vas a besar, porque si lo haces, juro por mi marido y mi hijo, que son lo que más quiero en el mundo, que de la hostia que te doy sales volando del barco.

Él se queda parado a medio camino de mis labios y se lo piensa dos veces antes de hacer lo que tenía en mente, algo que agradezco, porque juro que, si hubiera seguido, el acto reflejo que mi cuerpo hubiera tenido hace que lo dejen en medio de la noche en el mar.

—Joder… Cómo te las gastas. Sí que tienes mala hostia. Pero ¿sabes qué te digo? Que eres una tía cojonuda y que tu marido es un tío con suerte.

Ahora sí que no me lo creo. ¿Este tío es bipolar o qué le pasa? Ya van dos veces que me hace algo así, y estoy flipando. Esto es lo más surrealista que me ha pasado con un chico jamás.

Sinceramente, creo que el alcohol no le sienta bien.

Tras dejarme sola, sintiendo la brisa en mi cuerpo y observando las olas ondeando al horizonte, una mano se posa en mi hombro.

—Perdona que haya estado espiando —escucho la voz de Ania—. Es que os he visto salir y, por un momento, sentí la necesidad de

saber qué estaba pasando. Pensarás que John está loco, y no te falta razón.

La miro sin entender, y me pide que la acompañe a dar un paseo, algo que hago encantada, y también porque quiero saber qué le pasa a ese chaval.

—John tiene una enfermedad —prosigue—. Normalmente la tiene controlada, se medica para ello, pero cuando bebe… ya sabes, pierde un poco el hilo de las cosas. Aunque, sinceramente, me ha sorprendido.

—¿Qué le pasa? —Ves, si al final tenía razón, es bipolar.

—Bueno, como has podido comprobar, tiene trastornos de personalidad. Primero está él, que es un chico la mar de majo. Y luego está su alter ego, que es un cabrón al que se la suda todo y es capaz de cualquier cosa por conseguir lo que quiere. No es peligroso, lo lleva bastante controlado siempre, pero desde hace poco… —Ania agacha la mirada—. Podemos decir que lo muestra más a menudo. Desde que se ha separado es como si le diera igual y prefiriera esconderse. El John que has conocido, por desgracia, es el que todo le da igual y francamente, me jode verlo así… por una hija de puta.

Vaya, es como estar con el doctor Jekyll y míster Hyde.

—¿Puedo preguntarte qué le pasó? —Ahora la que tiene curiosidad soy yo.

—Verónica. Eso fue lo que le pasó. La conoció en un vuelo a Los Ángeles. Una chica muy mona, guapa y simpática. Tras verse en alguna que otra ocasión siempre que volábamos allí, empezaron una relación. Después de casi un año juntos, se prometieron. Hasta aquí todo parece bonito, ¿verdad?

—Sí… —La verdad es que no sé por dónde van los tiros.

—Pues no era tan bonito. La zorra de Verónica tenía una doble vida. Estaba casada y se quedó embarazada de su marido. John no lo supo hasta un mes antes de la boda. Al parecer, ella se había casado en otro Estado y nadie lo sabía.

»Le hizo creer a John que el niño era suyo. Pensó que, como siempre está viajando, le sería fácil tener esa doble vida, pero la pillamos con su marido y ahí se destapó el pastel.

»John canceló la boda, se quedó con las ganas de ser padre. Y ahora has llegado tú, y siento decirte que realmente le gustas. Pero él entiende que no tiene nada que hacer… Bueno, el John racional, porque el otro seguro que sigue intentándolo; a ese le da igual que estés casada.

—Gracias por contármelo. No quiero ser descortés con él, no me parece mal tío, pero yo no juego a dos bandas.

—Lo entiendo, y creo que eres una tía genial. Ojalá conociera a una tan seria como tú, porque, de verdad, le hace falta una chica con los pies en el suelo.

—Pues conozco una que sería perfecta, pero tendrá que esperar a estar en tierra. También se ha llevado algún que otro desengaño y, quizá, conocerse les iría bien.

Estoy pensando en Elisabeth. Es guapa, simpática y divertida. Trabaja para mí como vendedora de la sala de automoción. Hace poco también sufrió un gran chasco con su novio y no lo ha pasado muy bien. Se ha encerrado en sí misma y dice que odia a los hombres, pero creo que conocer a John le iría bien, porque, cuando no es míster Hyde, es amable, adulador, simpático… y un gran chico. Creo que juntos pueden ser la pareja perfecta, porque ella también está algo loca.

Me despido de la gente porque tengo una cita, no la he olvidado, así que corro a mi camarote para hablar con mi Adonis particular.

—Vaya… Creo que la cita que teníamos prevista no va a poder ser… —digo al ver a Will con Matt llorando en brazos. Obviamente he hecho una videollamada—. Hola, chiquitín, ¿qué le pasa a mi bebé? —pregunto, mirando a la cámara como una boba.

Entonces, al reconocer mi voz, él levanta su pequeña cabecita.

—Mira a mamá, está allí, en la pantalla. ¿Qué te dice?

De repente vuelve a llorar.

Will intenta acunarlo, pero no hay manera. Entonces comienzo a cantarle una nana que recuerdo de mi infancia:

Si la noche se vuelve oscura
y las luces se apagan pronto
es porque llegó la hora
de dormir, y de soñar

tus ojos se van cerrando
mis brazos rodean tu cuerpo
mis labios besan tu cara
y tus sueños pueden volar

dormir, es algo mágico.
dormir, es tan fantástico
dormir, te hace soñar
dormir, te hace vibrar

con mi voz al cantar
esta nana para ti
para que puedas dormir
ella te guiará
en el mundo de los sueños
tú podrás jugar
y mamá podrá estar siempre
a tu lado y nada más.

Tras escuchar esa canción, se queda dormidito. Veo cómo Will lo lleva a su cuna y lo deposita con cuidado para que no se despierte.

—Eres una madre estupenda.

Hasta este momento no me había dado cuenta de que es cierto, al menos para mi hijo.

—Gracias.

Hablamos durante un rato de todo lo que he hecho y lo que ha pasado durante la tarde. Cuando le menciono a John, Will se sorprende.

—Espero no tener que preocuparme por ese nuevo amigo tuyo, porque te aseguro que no dudaré en partirle las piernas si te pone la mano encima.

—Tranquilo, fiera, creo que está todo controlado. Además, he pensado que podríamos, a la vuelta, salir a cenar con todos, y que se lo digas a Elisabeth. Creo que son tal para cual.

—Pues yo he pensado que te puedes ir quitando la ropa, que me apetece que te toques para mí.

Ahí ya pierdo el hilo de todo, porque mi mente se revoluciona ante su petición, y ya solo puedo pensar en que quiero lo mismo de él.

Es una verdadera delicia ver cómo se toca frente a mí, imaginar que sus manos son las mías. Lo que me da rabia es no poderlo tener aquí. Y ahora, la idea del *jet* no me parece tan descabellada.

¿Cuántas horas habrá de Miami a Jamaica?

CAPÍTULO 15

Un lugar impresionante



WILLIAM

Me despierto con una sensación extraña. Llevo dos noches sin ella y, la verdad, estoy flipando.

Nuestra vida ha sido bastante intensa y caótica a la vez. Yo siempre he sido un alma libre, me he follado a todas las tías que me he propuesto y, sin embargo, la que me gustaba de verdad estaba a mil años luz de montárselo conmigo. No porque no quisiera, sino porque ni se me pasaba por la cabeza proponérselo. Imagino que la amistad que siempre hemos tenido desde pequeños hizo que fuera reacio a ver lo evidente. Pero una vez que ella se decidió, ayudada por la mujer que me la ha arrebatado durante una semana, todo cambió.

No solo era un polvo de una noche. Yo quería más, y ella… ella también, para qué mentir. Pero mi fama de mujeriego hizo que tuviera que abrirle mi corazón en canal para poder disfrutar de lo que hoy tenemos.

Es cierto que todo ha ido a una velocidad que da miedo, pero no me arrepiento de nada. Yo la quiero y ella a mí, así que creo que podremos con todo si estamos juntos.

La paternidad nos ha sobrepasado. No fue planeada, simplemente pasó, y lo cierto es que ninguno de los dos se vio con

corazón de poner remedio. Preferimos afrontar que nuestros actos tuvieron una consecuencia que nos unió aún más, pero que también nos pasó factura.

Sé que ella lo tiene mucho más jodido. Al fin y al cabo, cuando yo llego a casa lo tengo todo hecho, y ella decidió tomarse un tiempo para adaptarse a su nueva situación antes de volver al trabajo. Puede hacerlo, es la jefa, así que nadie le va a decir nada. Pero el no poder llevar la vida de antes la mata. No es solo el no poder salir con libertad, es que su referente nunca ha sido el mejor ejemplo. Tiene miedo de fracasar como madre porque no ha recibido el cariño que, se supone, que una madre debe dar.

La señora Soriano, doña Vicenta, siempre fue muy fría con ella. Incluso a mí, de niño, me costaba entender ciertas cosas. Pero cuando le preguntaba a mi padre, solo sabía decirme que esa mujer era así y no le daba mayor importancia. Ahora creo que, haga lo que haga Chloe, nunca estará a la altura de esa mujer. Si tiene un nieto y apenas lo conoce.

La noticia, a Germán, el padre de Chloe, le alegró mucho, pero a ella… si he de ser sincero, creo que le dio lo mismo.

Esa frustración ella la va arrastrando, aunque no lo diga, y supongo que todos los cambios son los que la han hecho estallar.

Nuestra vida sexual se volvió inexistente. Y sí, ya sé que Matt solo tiene dos meses, pero es que nosotros follábamos cada día varias veces.

No te negaré que lo he pasado mal, pero sé que en algún momento Chloe volverá a ser la de siempre. En este viaje ya me lo ha demostrado. Nunca habíamos mantenido sexo a través de videollamada, y solo con verla tocarse se me pone como una puta roca.

Mejor no lo pienso, que Susana está al llegar y no quiero asustarla.

Le he estado dando vueltas a muchas cosas esta noche. Una de ellas es lo mucho que la echo de menos, lo bien que hemos estado estos días y lo que me gustaría hacerla mía. Y sé muy bien qué tengo que hacer, solo tengo que atar unos cuantos cabos.

Llamo a Alexis, mi secretaria. Le cuento mis planes y le pido, por favor, que lo solucione todo para llevarlos a cabo. Ella es eficiente y sé que podrá lograrlo.

En cuanto estoy listo, hablo con Susana y me voy a trabajar. El día va a ser movidito, pero es lo que hay.

Cuando llego, el señor Brown ya me está esperando. Es el nuevo cliente que ayer me recordó Chloe y quiero atenderlo de manera excepcional. Me reúno con él, analizamos todas sus necesidades, me cuenta lo que busca y tengo el coche perfecto para él. Tras dejarse un dineral, se marcha la mar de contento.



Unos minutos más tarde, entra David por la puerta anunciando que ya ha traído el cargamento de coches que esperábamos. Todo ha salido perfecto y mucho más pronto de lo que esperaba, porque, al mirar el reloj, veo que solo son las doce.

—Alexis, eres una *crack*, te lo digo de verdad. No sé qué haría yo sin ti.

—Volverte loco —dice riendo—. Imagino que quieres salir cuanto antes, así que Fernando ya viene de camino. Todo está bien cerrado: el acuerdo de compra del señor Brown y la descarga de vehículos. Joe los dejará todos en el garaje cuando terminen de revisarlos.

—Gracias de nuevo, te debo una y gorda.

—Ya me la cobraré…

Alexis es divertida y guapa, pero sabe que no tiene nada que hacer conmigo. Si lo intentara, Chloe le arrancaría la cabeza. De hecho, al principio, cuando Alexis empezó a trabajar aquí, ya lo intentó, y un día mi chica le puso los puntos sobre las íes.

Como todo está más que arreglado, en cuanto veo a Fernando, el chófer de la empresa, entrar por la puerta, salgo disparado como alma que lleva al diablo.

CAPÍTULO 16

Primera parada, Ocho Ríos



Al despertar, me dirijo al restaurante y, de nuevo, las chicas ya están desayunando, lo que me hace pensar que no es que se me peguen las sábanas, sino que ellas madrugan muchísimo.

—Buenos días, ¿cuánto rato lleváis aquí? —pregunto, mirando el reloj, porque es pronto.

—Desde que han abierto. Tienes que entender que, a nuestra edad, se madruga bastante. Aquí todo está muy bueno y, si vienes tarde, ya no pillas nada.

Me sorprende su respuesta y, sobre todo, su lenguaje, porque, para tener más de ochenta años, Aurelia parece una jovencita. Si la vieras, creo que no podrías imaginarte que es tan mayor. La única que aparenta su edad es Candelaria, y creo que hasta aparenta más años, pero eso es normal: siempre está amargada y eso seguro que envejece.

—Eso es verdad, aquí la gente viene como si llevara una semana sin comer. ¡Madre del amor hermoso! Se llenan los platos como si fuera a terminarse el mundo. Yo no lo entiendo —comenta esta última exagerando.

—A ver… que la comida la van reponiendo, hija —le contesta Aurelia.

—Venga va, que ahora me dirás que ayer no se terminaron los bollos. Esto pasa en todos los bufés: la gente come hasta hartarse,

luego se lamentan y se pasan la mitad de las vacaciones en el gimnasio. Ayer pasé por delante del que hay en el barco y estaba lleno. Otra cosa que no entiendo. ¿Para qué te gastas tanto dinero en un crucero si te vas a meter en el gimnasio? Lo digo en serio, la gente no es muy lista

Niega con la cabeza, y a mí me hace mucha gracia. Y te diré una cosa: razón no le falta.

—Y, cambiando de tema —comenta Gertrudis—, ¿cuándo es la cena con el capitán? Porque tengo que ponerme guapa, ya lo sabes.

—A ver… aunque la mona se vista de seda… —suelta Aurelia para picarla.

—Sí, mona se queda. Pero a mi edad, lo único que me importa es si será mi último polvo, y tendré que estar presentable.

—Pero si lo tienes en el bote —dice Trinidad—. No hay más que ver cómo te mira. Creo que, aunque fueras con ese camisón de vieja pelleja, que es anti-morbo total, también le gustarías. Así que no sufras.

—Estas vacaciones lo voy a pasar genial —comenta riéndose. Seguro que ya está planeando lo que hará con el capitán, y prefiero no imaginármelos, porque mi mente es muy gráfica y pensar en dos personas tan mayores haciendo guarradas no es lo que más me apetece en este momento.

Lo que sí que me gustaría es tener aquí a Will y que me empotrara donde fuera.

Estas noches he hecho locuras nunca vistas. Anoche, mientras me tocaba para él, me pidió que me metiera los dedos, y lo hice, lo que le provocó un placer indescriptible, y a mí también, para qué negarlo. Aunque nada es mejor que su miembro dentro de mí. Sinceramente, no sé cómo he podido estar sin sexo tanto tiempo, pero pienso retomarlo cuando vuelva y varias veces al día. Eso sí, con protección, porque, por el momento, con un hijo tengo bastante. Así que ya puede comprarse gomitas o no moja. Aunque tendré que ir al ginecólogo a que me mande la píldora o lo que sea, porque un preservativo corta mucho el rollo. No sé a ti, pero a mí notar ese látex entre nuestros cuerpos no me gusta y, además, si me apetece bajarme al pilón, no voy a estar chupando plástico… ¡Qué asco!

Al cabo del rato, tras el desayuno, el barco ya ha llegado al puerto de Ocho Ríos, en Jamaica. Aquí vamos a pasar el día. Hay un guía por si queremos ir con él a conocer el lugar, pero los chicos han decidido ir por libre, y yo me voy a ir con ellos, ya que conocen un sitio fantástico para pasar el día.

Las chicas han decidido irse con el guía, quieren ver mundo. Yo prefiero tomar el sol y bañarme en la playa, aunque, en realidad, vamos a ir a un lugar oculto que me han dicho que es una maravilla. Candelaria se ha quejado, como no, porque dice que no va a estar todo el día andando, que le duelen las piernas, que la artrosis dichosa no la deja vivir y que quería quedarse en el barco. Pero, cuando ha visto que al resto les daba igual y se iban a ir sin ella, no le ha quedado más remedio que venir. A veces creo que se queja porque es como una niña pequeña: solo quiere llamar la atención.

—Ya verás qué chulo el sitio a donde vamos. Se llama Dunn's River Falls, es un parque natural con unas cataratas increíbles —me dice Ania, emocionada.

—¡Qué chulo! Me muero de ganas por relajarme en ese lugar —digo, expectante.

—Pues yo… haría muchas cosas indecentes. Detrás de las cataratas se pueden hacer cosas sorprendentes —dice John en tono insinuante, pero yo le ignoro por completo.

Recibo un mensaje en mi móvil de William.

William: ¿Qué vas a hacer hoy, preciosa?

Chloe: Nos vamos a un parque natural de Ocho Ríos. Ya hemos llegado y todo es alucinante. Voy con los chicos.Mis amigas se han ido con el guía a hacer turismo, que era muy guapo. Ya las conoces.

William: Pues cuidado con tu amigo.

Chloe: Tranquilo, perro ladrador, poco mordedor. Lo tengo todo controlado. Te quiero.

William: Yo más.

No puedo evitar sonreír como una boba. Es tan bonito.

—¿Con quién chateas? —pregunta John, curioso.

—Con Will. Ojalá estuviera aquí. La verdad es que no pensaba que iba a echar tanto de menos a mis chicos.

Él me observa y me sorprende.

—¿Sabes una cosa? Ojalá un día yo pueda ser tan feliz como lo eres tú. Sé que, a veces, soy un poco gilipollas, pero te juro que no lo hago con maldad. Es que me da la impresión de que las chicas como tú están en peligro de extinción.

Me hace sonreír.

—No, seguro que hay muchas más. Solo tienes que encontrarla sin buscarla, porque, cuando buscas, no la encuentras. Lo bonito del amor son las casualidades.

Me observa con detenimiento y pasa su brazo por encima de mis hombros.

—William tiene mucha suerte, espero que lo sepa.

Esto me gusta. Este John es un amor. Está claro que no puedo enfadarme con él, porque, cuando está bien, es un gran amigo.

Seguimos caminando todos juntos, adentrándonos en el parque. Todo lo que me rodea es alucinante.

Llegamos a un lugar rocoso rodeado de piscinas naturales de agua cristalina y unas cataratas impresionantes. No hay mucha gente y, la verdad, se está de lujo. Nos acomodamos sobre rocas y todos se lanzan al agua como locos, mientras yo decido hacer unas fotos de este lugar tan mágico para enviárselas a Will.

Antes de venir, paramos a comer en un local típico del lugar. La comida no estaba nada mal, y estos chicos me han caído genial. Seguro que lo pasamos muy bien. Cada vez me siento menos culpable por haber dejado a Matt, porque, de vez en cuando, necesitamos un respiro. Es cierto que lo mío ha sido reciente y que muchos podrían considerarme una mala madre, pero amo a mi hijo por encima de todo. Lo único es que no puedo ofrecerle mi mejor versión si ni siquiera sé cuál es. Estaba demasiado perdida.

Ahora, gracias a los consejos de los que me rodean, he descubierto que, en ocasiones, viene bien escapar del papel de madre, tomarse unos días para salir con tu pareja y mantener la

llama, porque la vida de padres es estresante y, a veces, se resiente la relación. Indira y Brian me han dicho que ellos siempre hacen un viaje de una semana sin su hijo, para ellos. La idea me parece tentadora, si no fuera porque el mío no tiene a sus abuelos aquí, y yo eso lo tengo difícil.

Me quito la ropa y la dejo en una esquina de mi toalla. Me aplico un poco de crema solar para no acabar pareciendo una gamba y me tumbo al sol con las chicas. Cierro los ojos dispuesta a relajarme al máximo; tras enviarle el mensaje a William y no obtener respuesta, tomar el sol es mi única prioridad ahora mismo.

Las chicas charlan de mil cosas: trabajo, niños, viajes… pero yo estoy en mi mundo. De pronto, todas se callan. Escucho cuchicheos y risas. Entonces, noto cómo alguien se tumba a mi lado y desliza una mano por mi vientre.

Juro que si es John le mato…

Abro los ojos y me quedo paralizada ante tal monumento, al igual que han hecho las chicas. La suerte que tengo es que es mío.

—¡Will! —exclamo, lanzándome a sus brazos loca de felicidad—. ¿Qué haces aquí? ¡En Jamaica!

Toco su torso desnudo, deleitándome, para cerciorarme de que es cierto. Está aquí. Conmigo.

—Ha sido una locura de última hora. Necesitaba verte. Esta mañana vi que solo estabas a una hora y tres cuartos de mí, y pensé: ¿por qué no venir a darte una sorpresa?

—Pues sí que me has sorprendido. Y a ellas también —digo, señalando a mis nuevas amigas.

Hago las presentaciones pertinentes mientras las veo babear por mi marido. No puedo evitar sentir un orgullo inmenso por él y por el hecho de que esté aquí por mí.

De repente, vienen los chicos al ver el revuelo que se ha montado, y hago lo mismo con ellos.

—Vaya, estoy impresionado —dice John—. Has dejado todo para venir a ver a Chloe… Pues sí que te tiene que querer. —Ahora se dirige a mí.

—Más que a nada en el mundo. Por ella, soy capaz de todo —contesta Will, desafiante.

Sé que Will está un poco celoso, pero quiero creer que no ha venido para ver qué hago con John, sino porque realmente me ama y me añora.

Me propone ir a nadar y dejamos a los chicos en las rocas para perdernos un poco por este paraje tan especial.

Nos adentramos en el agua y, una vez allí, ya no puede aguantar más y me estruja contra su cuerpo para aspirar mi aroma.

—No sabes cuánto he añorado tu contacto, preciosa. Quiero besarte y no parar hasta hacerte mía, y no me importa quién nos vea.

—A ver si vas a ser peor que Alberto con Anaïs en la isla…

—Ya lo he dicho antes: por ti hago lo que sea.

Me besa con pasión y le devuelvo el beso. Lo que siento ahora mismo es tan fuerte que no se calmará solo con esto, por eso me suelto de su abrazo y nado hacia la cascada.

John, sin saberlo, me ha dado la mejor idea posible. Me adentro huyendo de Will y riendo mientras me persigue. Una vez cruzo esas aguas que caen desde arriba de la cascada, entro en una especie de lugar secreto: una pequeña gruta que lleva a una cueva con un lago tan azul que brilla con luz propia.

No salgo del agua. Me apoyo en un saliente de rocas que se encuentra a mi izquierda y, mirando a Will, que se ha quedado sin palabras, deslizo los tirantes de mi parte superior del bikini, dejando mis pechos liberados de ataduras.

Él no tarda nada en estar a mi lado, masajeando mis pechos y besándolos con avidez. Yo me dejo tocar, gimo de placer y acelera sus besos, desesperado por hacerme suya. No es que me guste ir deprisa, pero reconozco que estamos en un lugar público y, aunque esta cueva parezca, dudo que la haya descubierto yo.

Me agarro a su cuello y enredo mis piernas en su cintura, mientras aparto un poco la braguita de mi bikini. Libero su miembro, que está más que preparado para recibirme, y lo introduzco poco a poco en mí. Will echa la cabeza hacia atrás y emite un gruñido que me suena a gloria bendita. Subo y bajo por su cuerpo, sintiéndolo más dentro mí, pero él quiere más. Me lleva hasta una de las paredes del lago, buscando un punto de apoyo entre unas rocas que

quedan a la altura perfecta de su pelvis. Me sienta en ellas y eleva mis piernas por encima de su pecho, apoyando mis pies en sus hombros.

En esta posición, él entra completamente en mí. Puedo notar su polla entera dentro, y se mueve empotrándome contra las rocas como un animal en celo. Pero no me importa el dolor, porque ahora mismo solo pienso en el placer que me inunda mientras me penetra. Olas de un fuego abrasador me invaden por dentro con cada empellón, y mis gemidos hacen eco en esta cueva. Eso todavía me causa más placer el eco y sus gruñidos, sus movimientos, sus acometidas, sus manos paseándose por mi vientre, que me agarre fuerte del pelo, que entierre su cabeza entre mis pechos, que pasee su lengua por mi cuerpo, que me ame sin parar, que me haga gritar su nombre cuando me corro, porque te aseguro que lo hago, y no una, tres veces. Y cuando él se deja ir, tras contenerse, me siento plena y dichosa, como no me he sentido en mucho tiempo.

—Dios, ha sido increíble. Pero estás loco, ¿cómo vienes hasta aquí? ¿Y si te hubiera pasado algo? —pregunto, todavía sin aliento.

Will se ríe, sabe que soy un poco paranoica.

—Algo malo me hubiera pasado si no vengo. Joder, con el espectáculo de estas dos noches, me iba a explotar la polla. Nena, ha sido una visita exprés, no te enfades. —Pone esa carita de niño bueno que siempre me hace reír.

—No me enfado. Me ha encantado que vengas, pero ahora no quiero que te vayas.

—No te preocupes, en unos días volveremos a estar juntos. Además, intentaré que tus noches sean calientes, que te vayas a dormir saciada y que, cuando vuelvas a casa, no te apartes de nuestro lado.

Escuchar esas palabras de su boca me derrite.

Pasamos un rato más en la intimidad de esa cueva tan mágica y luego regresamos con el grupo. Tras conocerlos a todos un poco mejor, me alegra que hayan acogido a Will como uno más.

—Tienes mucha suerte, Chloe. Sorpresas así no se las dan a una todos los días —comenta Ania con una sonrisa.

—Sí, la verdad es que ha sido increíble.

—Hombre, increíble ha tenido que ser para que desaparecierais durante una hora —dice John con sorna—. Aunque no os culpo, si yo estuviera en su lugar, incluso te habría secuestrado para llevarte a casa y no estar alejado de ti.

Todos miran a William por si reacciona ante ese comentario, pero él, lejos de sentirse molesto, se muestra orgulloso.

—No creas que no lo he pensado —dice, mirándome con ternura —, pero la veo feliz. Algo está cambiando en ella, y me gusta. Ha estado agobiada y se merece estas vacaciones, aunque sea con cuatro viejas locas.

Todos se ríen ante ese último comentario.

—La abuela de tu mujer es una pasada. Ojalá yo tuviera la suerte de tener una así, pero no… la mía es más como Candelaria —añade alguien, provocando otra ronda de risas.

Will se sorprende ante el comentario. No le he explicado lo de Trinidad, pero se hace el sueco.

—Sí, esa mujer está peor que John —suelta de repente Ania, y las carcajadas se multiplican.

Miro la hora y es tarde, tenemos que volver al barco si no queremos que zarpe sin nosotros, y Will debe volver a Miami. No quiero separarme de él, pero debo asumir que la idea de las vacaciones fue mía y que lo estoy pasando genial, así que nos abrazamos y nos besamos dulcemente, apoyando nuestras frentes mientras nos decimos lo mucho que nos vamos a añorar.

Después, nos acompaña al barco y llama al piloto del *jet* para que se prepare.

—Llámame cuando llegues, por favor. Sabes que no me gusta que vueles solo.

Me preocupa que pueda tener un accidente, la verdad es que se ha arriesgado mucho para venir a verme.

—No te preocupes, nena. Te llamaré nada más ponga un pie en suelo firme.

Y con esas palabras, y un beso en el que parece detener el tiempo, se despide de mí y se aleja.

CAPÍTULO 17

Vaya viajecito



TRINIDAD

Nada más bajar del barco, tenemos que aguantar a Candelaria con sus malditas quejas. Mira que llega a ser pesada esta mujer. Si le hemos dicho que, si no quería venir, se quedara… Creo que pensaba que nos quedaríamos con ella, pero y una mierda. Queremos ver mundo, porque a nuestra edad no sabemos si mañana despertaremos, no sé si me entiendes, y aunque somos jóvenes por dentro, no olvidemos que tenemos una edad y que, en cualquier momento, podemos espicharla.

Ella cree que por ir a pasear va a estar sin poder moverse. Se queja de que le duele aquí y allá, de que tanta gente le agobia, de que no conoce este lugar y de que se puede perder… No caerá esa breva. Al menos así se callaría un poquito, porque tanta queja hace que me sangren los oídos.

—¡Vale ya de tanta queja, joder! Mira que eres pesada. No escucho lo que dice el guía, así que, si vas a estar todo el día así, ya te puedes ir al barco —suelta enfadada Gertrudis.

—A ver… es que no me gusta estar con tanta gente… ¿Qué quieres que le haga? —comenta ella, un poco avergonzada.

—Pues callarte la boca, eso es lo que tienes que hacer. Porque cuando tus sobrinos te llevan a donde les da la gana, no te quejas, y

a veces estás todo el día para arriba y para abajo también. Este lugar es precioso. Lo que tienes que hacer es disfrutar de todo lo que nos rodea, no quejarte.

—Es verdad. Además, nos estás incomodando y hemos venido a pasarlo bien, a conocer lugares exóticos, no a lamentarnos —secunda Aurelia.

Milagrosamente, Candelaria se calla y deja de quejarse, al menos por el momento, que ya es un avance.

El guía nos explica que visitaremos el lugar emblemático donde nació el cantante Bob Marley, en Mine Mile, y que después iremos a pasear por unas dunas. Quienes quieran podrán montar en *quad*. ¡Yo me apunto!

El camino hasta llegar al lugar de nacimiento del famoso cantante es arduo y largo, ya que se encuentra en lo alto de Ocho Ríos, en unas colinas. Se ve que es un pueblo tranquilo, con unas vistas increíbles. Todo está lleno de casitas que parecen barracas, de colores y muy llamativas. La casa donde nació el muchacho parece un museo: está llena de sus fotos, cachimbas de esas para fumar, banderas jamaicanas y sus discos. Por aquí era muy famoso, por lo visto. No es alguien de mi época… Como comprenderás, no es que me interese demasiado. Si fuera Lucho Gatica o alguien como Antonio Machín, sería diferente. Esos sí que cantaban bien. Pero Bob Marley… A mí, particularmente, no me dice nada. Ni siquiera sé qué música es el *reggae*. Conozco el reguetón porque es lo que hay hoy en día y lo escucha todo el mundo, pero eso… ni idea.

Tras visitar la casa del chico, nos vamos a llenar nuestros estómagos y paramos en un restaurante típico de la zona. Al ver la comida, Candelaria pone cara de asco, pero, oye… de algo hay que morir.

—¿En serio tenemos que comer aquí? —Ya tuvo que hablar.

—Sí, porque no te vas a ir a otro sitio y que se vaya el guía sin nosotras y nos quedemos aquí perdidas… —habló la otra exagerada.

—Hombre, no… pero es que esta comida es rara.

De primero, nos traen un *Fish Tea*, que no es más que una sopa de pescado picante. Nos explica el guía que lleva pez doctor, un pescado tradicional de la zona, con abundante verdura y plátano

verde. También nos cuenta que este plato se considera afrodisíaco. En ese momento, veo a Gertrudis riendo y diciendo que, aunque no le guste, se lo va a comer enterito para ir en buena forma a su cena con el capitán.

De segundo, comemos rabo de buey. Ver a Candelaria mirar la carne con ese color tan oscuro y poner cara de asco es muy gracioso, pero, a pesar de la pinta del plato, está muy bueno y muy tierno.

—¿En serio vais a comer esto? —dice Candelaria, sin ninguna gana de probarlo.

—Venga va. Si solo es comida. Estás en otro país, con otras culturas, y aquí esto es lo que se come. Ya sé que la pinta quizá echa un poco para atrás, pero no está malo —contesta Aurelia.

—Yo me lo como todo, por si esto también es afrodisiaco, que es rabo. —Gertrudis no tiene filtro jamás.

—Mira que eres guarra. ¿En serio estás planteándote acostarte con ese hombre? Si no lo conoces de nada… —Ahora cambian de tema…

—Pues claro. No es que me lo plantee, es que pienso hacerlo si surge la ocasión. Porque, a nuestra edad, no estamos para tonterías. ¿Y si me muero mañana? Pues al menos habré muerto feliz por haberme acostado con ese hombretón y, evidentemente, haber consumado el acto sexual.

—Uy… qué puritana, «el acto sexual», dice… —Aurelia se descojona y yo también, para qué negarlo, pero no pienso meterme en la conversación.

—Pues peor me lo pones. ¿Y si te da un ataque de algo mientras os acostáis? O a él, porque no creo que sea mucho más joven que tú…

—Pues si nos pasa algo, en el barco hay sanitarios. No pasa nada. Y yo tengo seguro de vida, mi hijo lo heredará todo. Mira, yo lo veo de la siguiente manera: he vivido una larga y feliz vida con mi marido, después he ido dando tumbos, pero también me he divertido. Tengo ochenta y dos años y soy la mar de feliz, pero nuestra vela se apagará en algún momento, y mientras eso no llega, pienso hacer lo que me salga del papo, porque así lo he decidido,

porque soy libre, mayor de edad y nadie manda en mí. Y a quien no le guste, que no mire. —Lo dice la mar de orgullosa.

—Bien dicho, sí, señora. —Aplaude Aurelia.

Y entre discusiones, risas y conversaciones picantes —más que la comida—, llega el postre: un pastelito hecho con coco rallado y azúcar llamado *grater cake,* que no está nada mal.

Tras la comida, nos llevan a las dunas para montar en los *quads*. Candelaria no quiere, por lo que se queda en tierra junto a tres o cuatro personas más. Nosotras montamos en un vehículo más grande, tipo todoterreno, con un chico que, por cierto, está cuadrado, y disfrutamos del paisaje.

No sé qué pasa en este lugar, pero todos los hombres están fuertes y muy bien definidos. Igual es la comida. Pero te aseguro que las vistas de estos lugares son espectaculares.

Tras esa experiencia, termina la excursión y volvemos al barco. Mañana nos espera otro intenso día visitando las islas Caimán. Chloe tiene una sorpresa que le he preparado, algo que creo que le va a encantar.

CAPÍTULO 18

Palabras que duelen



El día de hoy ha sido intenso, pero demasiado agradable. La verdad es que conocer más a los chicos me ha encantado, y que Will me sorprendiera de esa forma ha sido algo insuperable.

No solo por lo que he vivido a su lado —que también, para qué negarlo—, sino porque creo que, desde que decidí embarcarme en este crucero tan loco, nuestro amor se ha reforzado. Mi visión de la maternidad está resultando muy satisfactoria, y no únicamente porque Trinidad me ha dado muchos consejos, sino porque conocer a Ania, Alysa, Indira y Sofi, me ha hecho darme cuenta de que no soy mala persona por tomarme un respiro. A veces está bien dejar de ser madre para volver a ser pareja o para reencontrarse con una misma, porque la maternidad es dura, aunque preciosa, y eso nadie te lo cuenta.

Me veo con las chicas y nos ponemos al día de lo que hemos hecho hoy. Esta noche quiero estar con ellas. Por lo visto, lo han pasado muy bien y han visitado lugares muy interesantes, aunque dudo que lo hayan disfrutado más que yo. Cada vez que pienso en las manos de Will paseando por mi cuerpo, su boca en mi cuello, su lengua sobre mis pezones, su polla dentro de mí… Joder, me mojo solo de pensarlo, y ya necesito tenerlo conmigo de nuevo.

Nos vamos a cenar tranquilas, todas menos Gertrudis, que tiene otros planes. Al verla aparecer, alucino. Va guapísima, con un vestido

de gala precioso y una sonrisa todavía más bonita. La verdad es que para nada aparenta la edad que tiene. Es una mujer muy atractiva y, si a eso le sumamos su carácter, todavía la hace más impresionante.

La vemos desaparecer entre la multitud que se agolpa en la entrada del restaurante y nos dirigimos a una mesa. Vamos a coger la comida, y yo me decanto por una ensalada verde con queso de cabra y nueces para empezar. Cuando todas tomamos asiento, me miran sonrientes.

—Tienes mucha suerte, Chloe. Will es un gran chico. Mira que coger un *jet* privado para venir a pasar un rato contigo… Me parece un acto de amor precioso.

—Sí, eso es verdad, no puedo negarlo. Tu marido es un gran chico, no lo dejes escapar, porque como él hay muy pocos. Mi marido también era detallista, pero no así. Claro que nosotros no nadábamos en la abundancia. —Candelaria sonríe, aunque puedo notar que recuerda a su esposo con mucha añoranza. Sus ojos tienen ese brillo de cuando te aguantas las ganas de llorar.

—Gracias, Candelaria —digo, tomando su mano para darle ánimos—. Lo cierto es que todo esto de ser madre me agobió tanto que no me di cuenta de que nuestro amor se había resentido un poco, y este viaje está resultando muy gratificante en todos los aspectos. Hablamos siempre que podemos, nos echamos mucho de menos, hacemos cosas que nunca habíamos hecho…

—Me alegro por ti. Eres una gran chica y te mereces a un gran chico.

La abrazo, no puedo evitarlo. Es un pelín cascarrabias, pero tiene un pequeño corazón y, en ocasiones, nos deja comprobar que no es tan quejica. Solo es que se siente sola, aunque tenga a sus amigas, pero cada una hace su vida, y ella se siente como un pez fuera del agua.

—¿Entonces todo está bien con Will? —pregunta Trinidad insinuante.

—Sí, la verdad es que todo genial. Estoy deseando volver a casa para estar con mis chicos. Hasta ha dejado de preocuparme tanto Susana. Me he dado cuenta de que solo quiere ayudar, y me alegra

tenerla en mi vida, lo que me recuerda que tengo que hablar con mis padres para decírselo.

—Me alegro mucho. Pues esta noche les llamas y se lo dices. Seguro que se alegran.

No sé si lo harán, pero eso ahora mismo es lo que menos me importa. Fueron ellos quienes decidieron meterla en mi casa y, al final, no va a haber sido tan mala decisión.

Y eso es lo que hago en cuanto llego a mi camarote, tras disponerme a hacer mi ritual de siempre —sacarme leche, guardarla en sus bolsitas y congelarla—. Porque, tras todo el día fuera, mis pechos parece que vayan a explotar, y eso que me los vacié esta mañana.

Llamo al teléfono de mi padre, ya que siempre hablo con él. Es quien gestiona todo lo referente a Susana. No me contesta, por lo que no me queda otra que llamar a mi madre.

Tras dos tonos, atiende la llamada.

—Hola, Chloe. ¿Qué pasa?

Vaya mamá… Yo también te quiero. Ni un «¿estáis bien?» o cualquier otra cosa que no sea un problema que tiene que resolver.

—Nada. ¿Tiene que pasar algo para que te llame? Eres mi madre, creía que podía hacerlo cuando quisiera, aunque ya veo que tengo que agendar una cita… —contesto, molesta.

—No te pongas tan dramática. Es que, como siempre llamas a tu padre…

Si va a abrir el cajón de mierda, saldrá toda la que hay dentro. Y ahora mismo estoy en un momento de mi vida en el que no me quiero guardar nada. Así que quizá sea hora de decir las cosas claras.

—No tendría que llamarle siempre a él si tú te interesaras por mí, ¿no crees? Porque, ahora que lo comentas, jamás he sentido que quisieras saber nada de mí —respondo, comenzando a alterarme.

—No empieces, Chloe. No eres el ombligo del mundo, ¿sabes?

Mi mosqueo aumenta por momentos.

—Ni tú tampoco. Pero ¿sabes de qué me he dado cuenta? De que nunca has querido ser madre. Eres una egoísta a la que no le importa nadie más que tú, por eso nunca me has prestado atención,

ni me has cuidado, ni te ha importado mandarme a trabajar con papá, ni que me fuera a vivir a tantos kilómetros, ni que yo haya sido madre. Ah, y no nos olvidemos que no me has ayudado en nada, por eso has preferido enviarme a una mujer que me ayude en vez de venir a hacerlo tú.

Vaya… Me he quedado a gusto. Pero, si te soy sincera, sienta estupendamente.

—¿Cómo dices? Yo no te he mandado a nadie

Es increíble. Con todo lo que le he dicho, solo se ha quedado con lo último. Típico en ella. Lo que no le interesa ni siquiera lo escucha.

—Pues entonces eres peor madre de lo que pensaba. Al menos papá se ha preocupado algo más. No sé qué decirte, porque sinceramente creo que cada vez te importo menos. Y antes me dolía mucho, pero ahora ya me importa una mierda.

No le estoy diciendo ninguna mentira. La verdad es que, de pequeña, su indiferencia me dolía tanto, que cada vez que la necesitaba lloraba, pero ahora, después de saber lo que se quiere a un hijo, no entiendo su actitud.

—Eres una desagradecida. ¡Después de todo lo que he hecho por ti! —grita, indignada—. Te he dado una vida llena de *glamour*, con las mejores ropas, la mejor educación, en las mejores escuelas, ¡y tú me vienes con esas!

—Pero es que yo nunca he pedido eso. Yo solo necesitaba cariño y amor; lo demás nunca me ha importado. ¿Todavía no lo entiendes? Ser madre es mucho más, y lo peor es que te lo tenga que estar diciendo yo cuando lo soy desde hace solo dos meses.

Cada vez alucino más.

—¿Y tú qué sabrás todo lo que yo he pasado por ti? No me hagas hablar…

—Pues habla, ahora es el momento. Creo que nunca hemos tenido una conversación tan sincera —grito también, poniéndome a su altura, porque la verdad es que estoy harta, y si le duele escuchar lo que le digo, más daño me ha hecho a mí su indiferencia.

—¡Tú nunca debiste nacer!

La escucho y no me puedo creer que eso haya salido de su boca. Se queda callada, como si se acabara de dar cuenta de que ha

metido la pata hasta el fondo, pero ya no tiene arreglo. Y, lejos de haberme roto el corazón más de lo que ya lo tenía por ella, me ha dado un motivo ideal para poner punto final a nuestra relación. Porque nunca me ha querido y ahora sé que mis sospechas eran ciertas.

—¡Te odio! Nunca en la vida vuelvas a dirigirme la palabra. En cuanto a papá ya hablaré con él, porque, a su manera, ha sido el único que me ha querido por los dos.

Y sin escuchar lo que iba a decirme a continuación, cuelgo la llamada.

Y sí, no lo voy a negar: lloro. Lo hago desconsoladamente, como si tuviera cinco años, porque mi mente no puede comprender cómo mi madre es capaz de decir lo que ha dicho, de no haberme ayudado jamás, de no quererme, de solucionarlo todo con dinero, de ser tan egoísta… Pero lo peor es que duele más porque es mi madre, y aunque no quiera quererla y desee con todo mi corazón odiarla, no puedo.

Mi teléfono suena y suena sin parar. En la pantalla leo «mamá», pero he decidido que no quiero escucharla, y no pienso perdonarle lo que me acaba de decir, así que espero que le duela tanto como a mí.

Al rato, mi teléfono vuelve a sonar. En esta ocasión es Will. Quiere una conversación nocturna con final feliz, pero yo hoy no estoy de humor y, tras contarle todo lo que ha pasado, no da crédito a las palabras de mi madre. Como buen marido, se posiciona en mi lugar y acepta de buen grado que hoy no tendremos cibersexo.

La noche se me hace más larga de lo que me gustaría, porque mi cabeza no deja de darle vueltas a mi infancia, a todas esas veces que mi madre ni me ha mirado, a todos los reproches que le ha hecho a mi padre por quererme, a todas las veces que me llevaba a ver a aquella mujer que me quería incondicionalmente… Y a esa canción que me cantaba de pequeña para dormir cuando mi madre no estaba.

Con esa nana en mi cabeza, me duermo como cuando era niña, con la voz tan melodiosa de aquella mujer, de la que solo recuerdo sus rizos, con los que me gustaba jugar.

CAPÍTULO 19

Un lugar para olvidarte de todo



Por la mañana, tras mi ritual de cada día, le hago a Susana una videollamada para ver cómo está Matt y ella. En cuanto ve mis ojeras, se asusta y se preocupa muchísimo.

—¿Estás bien? —dice con ese tono protector que pone en ocasiones y que, poco a poco, me está comenzando a gustar.

—Sí, Susana, no te preocupes. Ayer discutí con mi madre, pero no es nada nuevo, ya la conoces… —Pone mala cara.

—Lo siento, cielo, puedo imaginármelo. En ocasiones puede llegar a ser… bueno, prefiero no decirlo.

Veo odio en sus ojos, un odio que no comprendo, pero no quiero preguntar. No quiero, pero… ¿sabes eso que dicen de que la curiosidad mató al gato? Pues podemos decir que voy a arriesgar una de esas siete vidas que tienen e, inevitablemente, pregunto:

—Oye, Susana, por tu cara puedo ver que mi madre no levanta pasiones en ti, y me gustaría saber qué ha pasado entre vosotras… Espero que no sea porque yo me quejé… —Aunque, ahora que lo pienso, por eso no puede ser. Según nuestra conversación de ayer, ella no sabía que Susana me estaba ayudando con Matt.

—No te preocupes por eso. Es solo que hace mucho que nos conocemos y, en su momento, ella me arrebató algo demasiado importante… pero yo, por aquel entonces, creí que era lo mejor. Y bueno, el pasado, pasado está.

No logro entender nada y está claro que ella no me va a dar más información. ¿Sabes esa mosca cojonera que se instala en tu cabeza cuando algo no te cuadra? Pues eso me acaba de pasar, y creo que solo hay una persona con la que pueda hablar para resolver mis dudas, pero no puede ser ahora.

Tras hablar un rato de Matt, de lo grande que está y de cuánto lo añoro, finalizamos la llamada y me voy a desayunar con las chicas.

Al entrar en el restaurante, como cada mañana, me las encuentro discutiendo acaloradamente por los ronquidos que emite Aurelia al dormir. Después de esa discusión, llega el tema estrella del desayuno, uno que preferiría no haber escuchado, pero que, sin poder evitarlo, oigo.

—Vaya, vaya con el capitán… Entonces hubo tema, ¿no? Porque con lo tarde que has vuelto al camarote… —comenta Aurelia, intentando desviar la atención de sus ronquidos.

—¡Calla, calla! Estábamos en un cuartito metidos de madrugada, que si besos por allí, que si un magreo por allá, que si ahora te saco una teta, que si yo le saco la churra… ¡y de repente abren la puerta y zas! Nos pillan de pleno. ¡Qué vergüenza!

—Eso te pasa por ir a un cuartucho, ¿por qué no fuisteis a su camarote? —pregunta Trinidad.

—Pues porque teníamos tantas ganas que no llegamos ¿Qué queréis que os diga? A nuestra edad no estamos para tonterías.

—Ya… pero eso es mejor que te pillen. ¿Y ahora qué? —me sorprende preguntando Candelaria, tanto que presto el doble de atención a su respuesta.

—Pues nos veremos otra noche. Esta no, porque tiene un compromiso, pero puede que mañana. Tenemos que acabar lo que hemos empezado. Además, me ha dicho que tiene una pastillita azul que hará que podamos divertirnos toda la noche.

—Yo tengo curiosidad, porque… ¿no debería de estar jubilado?

Creo que todas nos hacíamos esa misma pregunta, pero Trinidad no ha podido resistirse.

—Sí, pero le encanta su trabajo y, como es amigo del dueño de la naviera no quiere marcharse.

Observo a Candelaria, que parece contenerse, pero finalmente lo suelta.

—Anda que… como le dé un soponcio… —suelta, llevándose la mano derecha al corazón.

—Soponcio me lo va a dar a mí solo de imaginaros. ¡Vaya tela!

Y con mi cara de pasa amargada, que no pasa desapercibida para ninguna, me levanto a buscar más dulces, cuando yo, precisamente, no suelo comerlos.

—A ver, niña, ya nos puedes contar qué te pasa con esa cara tan larga —dice Aurelia—. A nosotras no nos engañas. Después de que ayer viniera tu señor marido y pasaran cosas innombrables, tendrías que estar, como dice mi nieta, escupiendo arcoíris, no con esa carita de tristeza.

Las palabras de Aurelia en el fondo me hacen gracia, pero no la externalizo, porque, sinceramente, me duele tanto el corazón y el alma, que no puedo.

Acto seguido, me encuentro tan acorralada por esa pandilla de abuelas locas, pero sabias, que lo canto todo como un pajarillo.

Trinidad se pone seria, incluso parece molesta. El resto de las chicas están sorprendidas.

—¿Cómo ha podido decirte eso? ¡Qué barbaridad! —escupe Gertrudis—. Lo siento, hija, pero creo que en el reparto de madres no saliste muy bien parada.

—Y que lo digas, vaya mujer… Y nos quejábamos nosotras de Antoñita la del pueblo, que dejaba a sus hijos solos todo el día para irse con cualquiera… —añade Aurelia.

—Esto no puedes dejarlo así, habla con tu padre. Hay algo ahí que no cuadra, ¿no crees? —inquiere Trinidad, pensativa.

—Yo también lo pienso, pero ahora no es el mejor momento. Cuando sea una hora decente en España, lo llamaré y le contaré todo. No quiero seguir sintiendo que no me quiere. Necesito saber por qué siempre ha sido así conmigo. Porque a mí también me ha superado la maternidad, pero eso no cambia el hecho de que amo a Matt y quiero que sea feliz. Quiero apoyarle en cada decisión que tome, ayudarle en lo que pueda y protegerlo del dolor. Aunque haya tenido que irme de crucero con vosotras para darme cuenta.

Todas sonríen y, a continuación, Trinidad me coge la mano.

—Cielo, estoy contigo pase lo que pase. Y hoy te he preparado una sorpresa para cuando desembarquemos. He reservado para ti una excursión que te llevará a nadar entre rayas.

Guau. Nunca me hubiera imaginado haciendo algo así. Me encanta.

—Vaya… No sé qué decir.

—No digas nada, solo disfruta del momento.

Después de mis quehaceres matutinos, me enfundo en un traje de baño, una camiseta de tirantes y un short. Me pongo protección solar, una gorra y meto en mi bolso una toalla y una botella de agua, porque aquí hace un calor de mil demonios. Luego, me uno al grupo para bajar del barco. Me alegra saber que los chicos van a hacer la misma ruta que yo: primero iremos a las cuevas de cristal, después a Stingray City y, para terminar, a Starfish Point, una playa ideal para relajarnos antes de volver al barco.

La conversación entre todos es animada, pero mi mente no deja de pensar en esa charla que tengo pendiente con mi padre. De pronto, una luz en mi interior se enciende, como si alguien hubiera encendido una bombilla, y pienso:

«¿Por qué tengo que dejar que mi familia me amargue la estancia en este lugar?».

Esta tarde hablaré con mi padre. Espero que conteste a todas mis preguntas y resuelva todas mis inquietudes, pero hasta que llegue ese momento, no pienso amargarme. Estoy en un sitio precioso, rodeada de gente con la que me siento cómoda, y quiero disfrutar de todo esto, no amargarme y estar triste.

Volviendo al presente, me centro en la conversación de mis nuevos amigos.

—Chloe, eres afortunada por contar con la abuela que tienes. Te ha regalado una excursión estupenda. Nosotros ya la hicimos. Cuando nos casamos, vinimos aquí de luna de miel —comenta Alysa.

—Sí, la verdad es que Trinidad… quiero decir, mi abuela, es una mujer muy especial. Me ha sorprendido mucho que me preparara esta excursión y, sinceramente, hoy necesitaba algo así.

—Pues cuando estés en mar abierto, nadando con las rayas, vas a alucinar.

—Pero primero vamos a las cuevas de cristal. Ya verás qué bonitas son —dice Sofi, dando saltitos—. Yo es que soy una fanática de los lugares así. Una vez viajamos a España, a Lanzarote, y visitamos la Cueva de los Verdes. Me enamoré de ella y de aquel lugar tan misterioso, que esconde un secreto que no te cuentan hasta el final. La verdad es que la experiencia fue estupenda; quiero repetirla alguna vez en la vida, pero cuando Clifford y Austin sean más mayores, porque es un viaje muy largo para hacerlo con niños.

—España tiene muchos rincones estupendos, pero es cierto que está bastante lejos. Mis padres viven allí y no vienen mucho de visita. Aparte de que están muy ocupados en su negocio, mi madre se agobia con los vuelos tan largos. Desde que me mudé a Miami —hará dentro de poco dos años—, creo que han venido unas tres veces contadas.

Todos alucinan, y no me extraña, pero así son mis padres: mi madre ordena y mi padre acata sus órdenes como un perro fiel. Nunca podré entender qué le vio, porque ella es fría, es como si le debieran algo.

—Pues yo, sin embargo, tengo a mis padres hasta en la sopa. Viven cerca de nosotros, en Hallandale, y aunque no me puedo quejar porque nos ayudan muchísimo, en ocasiones me gustaría que vivieran más lejos para poder tener más intimidad con mi familia. Al estar cerca, vienen a casa cada vez que les apetece —comenta Ben.

—Pero que os ayuden es una maravilla, sobre todo porque trabajáis los dos, y con dos hijos las cosas se complican.

—Claro, pero no podemos permitirnos el lujo de que Sofi no trabaje, porque imagínate el gasto que suponen esos dos pequeñajos. Además, ella disfruta con su trabajo, por lo que no hubiera sido justo pedirle que se quedara en casa con ellos.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Yo, a pesar de tener mi propia empresa, decidí tomarme un tiempo para mí, para adaptarme a la maternidad. Aunque no me fue tan bien como debería y tampoco puedo desconectar del trabajo totalmente. Por suerte, mi secretaria

se está ocupando de todo y Will se pasa de vez en cuando para controlar que en mi sucursal esté todo bien.

—Pues olé tú. Si te lo puedes permitir, es lo mejor que puedes hacer. La época de bebé pasa muy rápido y poder disfrutar de él ahora no tiene precio.

Llegamos a la cueva y finalizamos nuestra conversación, prestando atención completa a nuestro guía.

Nos adentramos en unas formaciones rocosas que nos llevan a un lugar indescriptible: una cueva repleta de estalagmitas y estalactitas que parecen a punto de clavarse en el suelo. Lagos de agua cristalina entre las rocas hacen que este lugar sea maravilloso, y, al contrastar con la luz que entra en la cueva, todavía se ve más bonito, con un color turquesa que invita a relajarse en esas aguas.

El guía nos va contando la historia de la cueva: como se formaron todos los lagos. Los elementos que nos rodean, los años de antigüedad y las grutas que encontramos. Nos indica que en el pasado eran pasadizos de piratas y que, en ocasiones, estos se escondían en ellas para no ser vistos mientras tomaban lo que les apetecía.

Tras salir de la cueva —donde, por cierto, hacía una temperatura un pelín baja—, nos dirigimos a Stingray City para vivir una de las experiencias más flipantes de mi vida.

CAPÍTULO 20

Secretos y mentiras



Haber llegado hasta aquí ha sido increíble. El grupo con el que estoy en esta excursión está formado por gente joven, y la verdad es que lo estoy pasando de fábula. La afinidad que he creado con los amigos de John es fantástica, y me alegro de compartir con ellos esta experiencia.

Nos han subido a unas lanchas para llevarnos al punto donde se encuentran las rayas y poder nadar con ellas. Nos han asegurado que no son peligrosas, que debemos estar tranquilos porque, de lo contrario, se asustarán y la experiencia no será tan bonita.

Le he pedido a Ania que me haga fotos, ya que ella no quiere meterse en el agua; le da miedo. No es por las rayas, pero dice que, si nota que algo la toca, se asustará. Prefiere no arriesgarse porque tiene un trauma desde que una vez le picó una medusa. Eso me hace recordar la experiencia de mi amiga Anaïs en la isla a la que fue en aquel programa de televisión. ¡Qué cara puso cuando Alberto le dijo que para calmar el picor de la medusa tenía que mearse sobre ella!

—¿Estás preparada para nadar con esos enormes bichos? —pregunta John.

—Sí, la verdad es que creo que va a ser una gran experiencia. Nunca se me hubiera ocurrido hacer algo así. —Sonrío tímidamente porque, aunque no lo parezca, me da un poco de cosa.

—Tu abuela es la caña, es una mujer de los pies a la cabeza. Ojalá mi abuela fuera como la tuya… La mía es sosa y aburrida, es de esas mujeres que viven en su edad y no quieren que nadie las moleste.

Lo entiendo, porque mi abuela es igual… La de verdad, claro.

—Eso es un rollo. Mi abuela siempre dice que la edad solo está en la mente. Se cree joven y no quiere ser una vieja aburrida y amargada. Para ella, la edad solo es un número más de vela que soplar en su tarta de cumpleaños.

—Aplaudo esa vitalidad que tiene. Siempre sabe qué decir. Desde luego, tienes muchísima suerte de tenerla.

En realidad, la tengo por haberla encontrado. Ya sabes que hay familia de sangre y la que eliges, y creo que tiene razón, no podría haber elegido mejor.

Eso me lleva a pensar en la familia de sangre y a recordar las duras palabras que me dijo anoche mi madre. Pero espera… He venido aquí a nadar con unos preciosos animales, no a lamentarme por tener una madre de mierda. Así que aparco en mi mente el recuerdo y me sumerjo en el agua con ayuda del monitor que hay para esta actividad.

El mar está lleno de peces y de unas rayas gigantes. La sensación es indescriptible. Siento miedo, pero, a la vez, me gusta. Me siento poderosa. Alargo la mano y puedo tocarlas. No se apartan ni se asustan de mí; al contrario, me rodean y bailan en el agua al son de las olas, como hago yo. Es una experiencia maravillosa.

La actividad termina y nos volvemos a la playa, atracamos las lanchas en Starfish Point y nos vamos a comer. Tras la copiosa comida, nos tumbamos al sol cual lagartos en el desierto, buscando ponernos bien doradas, mientras los chicos se han ido al agua.

Son las cuatro de la tarde y nos quedan dos horas hasta volver al barco, así que queremos aprovecharlas aquí, tumbadas. Mi teléfono comienza a sonar y veo que es mi padre. Me extraña porque en España son las diez de la noche. Seguro que ha hablado con mi madre y ella le habrá dicho lo mala hija que soy. Porque, ante todo, tiene que ir de víctima.

Por un momento, pienso en no atender su llamada. Estoy en la playa, en una preciosa playa de arena blanca rodeada de estrellas de mar que son impresionantes. Pero mi parte racional sabe que no puedo dilatar más la conversación que tenemos pendiente, así que me aparto del grupo para tener más intimidad y me dispongo a hablar con él.

—Hola, papá —saludo sin ganas.

—Vaya recibimiento, hija. Nadie diría que estás disfrutando de tu viaje —responde, como el que no quiere la cosa.

—Sabes que eso no es lo que me quita la sonrisa. Y, sinceramente, no sé si quiero que me estropees el día. Así que, si me has llamado para darme una reprimenda, te la puedes ahorrar, porque yo solo dije verdades como templos. Si mamá se sintió ofendida, que se joda. Peor me sentí yo cuando me dijo que no debería haber nacido.

Sin darme cuenta, estoy gritándole al móvil. Media playa busca el origen de los gritos, aunque, por suerte, estoy tras unas palmeras y no se me ve mucho.

—Lo siento.

Puedo notar cierto arrepentimiento, aunque no entiendo por qué. Él nunca me ha dicho eso. Es más, ha sido el único con el que me he sentido querida.

Mis abuelos paternos murieron antes de yo nacer, así que nunca los conocí. Y los maternos… Son igual que mi madre.

—¿Qué sientes? Porque, de verdad, papá, no lo entiendo. ¿Tanto quieres a mamá? Cada vez que pienso en lo que significa Matt para mí y recuerdo mi infancia, juro que no entiendo cómo lo has permitido. Y no sé si odiarte por ello. Yo jamás permitiría que Will sintiera indiferencia por su hijo. ¡Su propio hijo! Así que explícamelo, papá, porque no me entra en la cabeza cómo una mujer, en sus plenas facultades, que me llevó en su vientre nueve meses, escuchó mi corazón en cada ecografía, y notó mis movimientos en su interior, nunca me ha querido.

Siento que lo pongo en un aprieto, pero no puedo más. Las lágrimas me nublan la vista y necesito explotar.

—Porque nunca ha experimentado eso… —¡¿Qué?!—. Lo siento hija. De verdad que lo siento. Quizá tendría que haber pensado más en ti, pero cuando todo pasó, mi empresa empezó a tener problemas económicos y los padres de tu madre inyectaron un gran capital. Si hubiera dejado a tu madre, me habría quedado sin nada, y entonces… ¿de qué habríamos vivido? Además, ya sabes que tu madre haría cualquier cosa por guardar las apariencias. Supongo que yo solo pude obedecer y agachar la cabeza, porque siempre fui el culpable de todo.

Mi mente va a mil por hora, no entiendo nada. ¿Me está diciendo que mi madre nunca estuvo embarazada? ¿Soy adoptada?

Comienzo a marearme y necesito sentarme. Busco a mi alrededor un lugar íntimo donde pueda hacerlo, encuentro un claro entre unas palmeras, algo alejado de la playa, donde no hay nadie, y me siento en el suelo apoyando mi espalda contra el tronco de uno de esos enormes árboles.

—¿No pensabais contarme nunca que me habéis adoptado? ¿Qué pasa, que les faltaba el complemento perfecto? Pues no soy un bolso de Gucci. ¡Que hubiera comprado o adoptado un perro!

No sé cómo explicar qué es lo que siento en este momento. Es una mezcla de rabia, impotencia, tristeza…

—No eres adoptada, bueno… en parte…

Puedo notar a mi padre contrariado. Quiere decirme las cosas, pero no sabe cómo hacerlo, y le entiendo. Sin embargo, no quiero esperar más tiempo. Creo que ya ha tenido suficientes años para explicarme las cosas. Puedo aceptar que no sea su hija, pero no que me siga mintiendo.

—Chloe —continúa—, esto no quiero contártelo por teléfono. Es una larga historia y quiero hacerlo cara a cara. Siento haberlo ocultado, de verdad, nunca fue mi intención dañarte. Te quiero muchísimo y por ti daría lo que fuera. Es solo que las cosas son más complicadas de lo que crees, y el poder de tu madre sobre nuestra familia ha hecho que yo cayera en el pozo y te mintiera.

Noto cómo sufre con esto, pero no puede dejarlo así. No puede dejarme con esta incertidumbre.

—Papá… No puedes callarte ahora, necesito saber. Sabes que estoy de viaje con Trinidad y no volvemos hasta el domingo. Quedan cuatro días y, mínimo, hasta el lunes no podríamos vernos. Siempre y cuando vengas a Miami, cosa que no sueles hacer nunca… Así que quiero que me cuentes quiénes son mis padres y por qué me lo habéis ocultado. Los detalles pueden esperar, pero no demasiado. Me da igual cómo te lo montes, pero el lunes te quiero en mi casa para mantener una larga conversación. —Créeme, estoy siendo generosa—. Ahora dime lo que necesito saber, porque está claro que no quiero que me sigas mintiendo.

Más claro el agua. Y aquí, donde me encuentro, es clara de cojones. Que no se piense que me va a colgar y me va a dejar con las dudas, porque soy capaz de llamar a Will y que me envíe un *jet* privado para ir a hacerle una visita a mi padre hoy mismo si hace falta.

—Tu padre soy yo, en eso jamás te he mentido, y eso va a ser así siempre. No dudes de eso, hija, porque me partirías el corazón.

—Me hace gracia que me digas eso, porque no sabes cómo está el mío en estos momentos

Encima, ¿qué sabrá él de corazones rotos? Si ha vivido ciego toda la vida.

—Chloe, cuando todo pasó, yo era joven. Quería a tu madre, pero por costumbre, no por amor. Nuestras familias acordaron nuestro matrimonio porque nuestros padres tenían negocios juntos, y querían que nosotros, al igual que tú y Will, heredásemos su legado. Y así lo hicimos. Ella siempre ha querido dirigir mi vida y yo… Bueno, la dejaba porque comprendía que no podía fallar a mi familia. Pero un día apareció una chica. Hermosa, divertida, cariñosa… y me enamoré de ella.

Le escucho atentamente, como si me estuviera contando un cuento con villano incluido. Sé que mi familia siempre ha sido tradicional y no me sorprende lo que me cuenta. Mis abuelos eran socios, los padres de mi madre llevaban concesionarios situados en París, Londres e Italia, pero hace tiempo que los tuvieron que cerrar porque mi madre no quería hacerse cargo de ellos. Yo no tenía edad suficiente y mi padre no podía con todos, así que, como eran de mis

abuelos maternos, decidieron cerrarlos y quedarse solo con los de España, que son los que dirige mi padre. Probablemente yo hubiera acabado igual que ellos, con un matrimonio de conveniencia a causa de los negocios. La diferencia es que Will y yo sí estábamos enamorados, y eso es una suerte.

Le dejo continuar.

—Salíamos a escondidas, engañé a tu madre, nos íbamos a hoteles, y, bueno… ya puedes imaginarte lo que pasaba en aquellas citas. En una de ellas, se quedó embarazada y yo, al enterarme, quise dejar a tu madre, pero ella no me lo permitió. Me dijo que me arruinaría, que ella era una cualquiera y que, si eso ocurría, me dejaría sin nada. Tuve miedo. Sabía que tendría que renunciar a mucho, pero no podía perder todo lo que había construido mi padre por sus caprichos. Así que ella me ofreció una solución: aceptarte a cambio de que tu madre desapareciera de nuestras vidas. Y acepté.

No doy crédito a lo que me cuenta. Él, que siempre ha sido don perfecto, patinó y lo lleva pagando desde entonces. Ahora comprendo su relación con mi madre. Siempre he pensado que trabajaba tantas horas por dinero, para tenerla a ella feliz, y ahora me doy cuenta de que ha sido para no verle la cara a mi madre… Bueno, a Vicenta, porque está claro que mi madre no es.

—Pero seguro que ahí no queda la cosa. ¿Qué pasó con mi madre? Porque yo recuerdo a una mujer en mi infancia. Una muy guapa, morena, con el pelo rizado, y recuerdo su mirada, sus canciones… Eso no pueden ser simples sueños. Esa mujer era mi madre, ¿verdad? A pesar de que mamá la echó de nuestras vidas, ella no pudo alejarse, ¿no?

Puedo notar su frustración, pero yo necesito saberlo. Necesito saber que mi madre me quería, que arriesgó todo lo que pudo por estar a mi lado, a pesar de que Vicenta se lo prohibiera, porque eso me demostraría que no me abandonó sin más.

—No, ella no podía alejarse de ti, pero tuvo que hacerlo, porque tu madre se enteró de sus visitas e hizo cosas innombrables. Juro contártelo todo cuando nos veamos, pero, por favor, no me odies. Sé que no estuvo bien que te mintiera y no creas que no me castigo por haberte hecho vivir esta vida, pero desde que Matt nació, entendí

muchas cosas y quiero que sepas que estoy haciendo todo lo que está en mi mano para reparar todo el daño causado a todos. Ahora disfruta de tu viaje, no pienses demasiado en esto y, cuando nos veamos, prometo contarte todo lo que necesites saber y no alejarme de ti nunca más.

Es increíble que, tras todo lo que me ha dicho, solo sea capaz de pensar en que todo encaja como piezas de un *puzzle…* y que realmente tuve una madre que me quiso de verdad, que lo arriesgó todo por mí hasta que no le quedó otra opción.

CAPÍTULO 21

Cuentos para nunca acabar



TRINIDAD

Hoy hemos vivido un día bastante intenso. Cuando nos separamos de Chloe, nos fuimos con uno de los guías a *West Bay.* Allí visitamos lugares emblemáticos de la ciudad, como la mansión del gobernador, que, por cierto, a mí personalmente no me gustó demasiado. Todo era sobrio y aburrido. Aunque lo compensaron llevándonos después a la fábrica de ron, donde nos pusimos finas, la que más Candelaria, y eso que dice que ella no bebe. Tendrías que haberla visto, estaba graciosísima, riéndose por todo lo que veía.

Lo peor fue que nos llevaron después a visitar la iglesia de San Ignacio y, por lo visto, estaban celebrando un funeral. Ella no paraba de reírse. ¡Qué vergüenza nos ha hecho pasar! Por suerte, no nos quedamos allí demasiado tiempo.

Tras todo lo que hemos vivido hoy, nos toca volver al barco y, al ver a Chloe, sé que le pasa algo. La discusión con su madre no la deja estar tranquila, pero tiene que aprender que lo que no conviene se deja, y que sentir dolor por cosas que son insignificantes no vale la pena. Su madre es una arpía. Si no la quiere, ella se pierde la gran chica que es su hija. Ya es mayor, no la necesita para nada. Me tiene a mí, a William, que la adora, a su bebé, incluso a Susana, aunque tengan una relación algo extraña. Pero parece que ahora la

cosa está más calmada. Yo creo que la mujer solo quiere ayudarla, y Chloe, que es muy cabezona, no se lo tomó muy bien.

Nos juntamos en la cena, ya que ella tiene sus quehaceres de mamá. Y tras hacer las llamadas pertinentes de rigor para ver cómo están sus chicos, cambiarse y todo lo que le quita tiempo a nuestro lado, se une a nosotras.

Durante la cena está más callada de lo normal. Las chicas proponen ir a la sala de baile, y yo les digo que esta noche quiero pasarla con Chloe, necesitamos hablar. Ellas lo entienden y nos dejan solas.

Nos vamos a pasear por las terrazas del barco. Desde aquí, apoyadas en la barandilla, podemos notar la dulce brisa del mar golpear nuestras caras, empaparnos de ese olor a salitre y observar la luna, que ondea en el horizonte. Lo cierto es que el espectáculo es perfecto.

—¿Me vas a contar qué pasa o tengo que sacártelo haciéndote cosquillas? —Sé que puedo hacerlo, a mis nietos de pequeños siempre se lo hacía.

Tras una larga charla en la que me cuenta todo lo acontecido hoy y esa conversación con Germán, alucino bastante. Intento apartar de mi mente los pensamientos negativos, porque no quiero avivar más las llamas que queman por dentro del cuerpo de Chloe, así que me muestro comprensiva.

—Cielo, siento escuchar eso, pero creo que tu padre no te lo ha dicho por no hacerte más daño. Piénsalo, hubieras querido marcharte, te habría perdido, y tú quizá no hubieras encontrado lo que buscas.

La veo analizar mis palabras.

—Ya, pero me ha privado de mi madre, de una que me quisiera de verdad. Siempre he pensado que esa mujer que recuerdo la había inventado porque mi madre no me quería, y en lugar de inventar una amiga invisible, creé una madre que me quisiera. Y resulta que existía, que me quería.

La pobre comienza a llorar a lágrima viva, y yo solo quiero reconfortarla. Paso mis brazos por sus hombros, atrayéndola hacia

mí, y la acurruco en mi pecho. Beso su pelo como si fuera una niña pequeña herida, y en parte lo es.

—Es que no lo entiendo. Mi padre ha sido egoísta, porque ha preferido una buena vida al amor, y yo he tenido que sufrir las consecuencias.

—¿Tú te has escuchado? Si hubiera sido egoísta, habría dejado a tu madre. —Ella me mira con cara de asco—. Bueno, vale, a Vicenta. Él sacrificó su felicidad para que a ti nunca te faltara de nada, y eso, cariño, de egoísta tiene poco. Imagínate cómo ha debido de ser su vida, junto a una persona que no ama, añorando a la madre de su hija, con la que podría haber tenido una vida feliz. No creo que sea muy agradable. Por eso pienso que debes intentar entenderle y no enfadarte con él.

Parece que lo está pensando, si es que soy muy sabia… La edad es lo que tiene, te otorga ciertas cosas, y una de ellas es la sabiduría y la madurez para encajar vivencias.

—No lo había visto de esa forma, pero quizá tengas razón. Tendré que esperar a ver qué me cuenta, y espero que no sea tarde, porque quiero conocer a mi madre, quiero hacerla partícipe de mi vida.

Lo dice más contenta, y yo deseo de corazón que pueda hacerlo, porque merece ser feliz.

Al irme a mi camarote, me encuentro a Candelaria en la cama. Miro a mi alrededor y no veo a Gertrudis y a Aurelia, lo que me hace preguntarme dónde andarán. Lo pienso por un momento y supongo que se han quedado en la sala de baile. A ellas nadie les amarga un dulce, y seguro que, conociendo a Candelaria, no se ha querido quedar.

—¿Por qué no estás en la sala de baile? —pregunto al verla tumbada en la cama, pero no obtengo respuesta alguna.

—Candelaria, te estoy hablando, ¿Te has enfadado otra vez? Porque podrías contestar. Me parece una actitud bastante infantil que, cuando te enfades, no nos hables.

Y lo digo con conocimiento de causa, porque siempre lo hace cuando está enfadada.

Pero nada, sigue sin contestar. Me acerco a ella, porque me extraña, y es entonces cuando me doy cuenta de que está como un tronco. Eso sí, con la babilla fuera.

No se ha molestado ni en desnudarse o ponerse el pijama. Ella seguro que ha llegado y, tal y como ha entrado, se ha tumbado y se ha dormido. Y sigue viva, porque respira, algo que me alivia, porque con la de ron que ha bebido, le podría haber pasado algo serio de verdad.

Al rato aparecen por la puerta mis amigas con la cara desencajada, pero al entrar y ver a Candelaria en su cama, se relajan.

—No me digas que lleva aquí toda la noche —dice Aurelia, de mal humor.

—Yo he llegado hace una hora y me la he encontrado dormida —contesto sin saber qué ha pasado.

—Joder, así podríamos estar buscándola nosotras por todo el barco —comenta Gertrudis, alzando la voz.

—¿Me podéis decir qué ha pasado? Porque juro que no entiendo nada, yo estaba con Chloe.

—Pues aquí tu señora amiga, que se ha ido sin decirle nada a nadie. Resulta que estábamos en la sala de baile, moviendo el esqueleto tan tranquilas, ha venido al rato el capitán y Gertrudis se ha puesto a tontear con él. Nos lo ha ido a presentar, yo estaba en la barra y Candelaria se supone que estaba en un sofá de la sala. Pero cuando hemos ido a buscarla, había desaparecido cual fantasma.

Comienzo a reírme, porque estoy imaginando sus caras y, sinceramente, me fastidia habérmelas perdido.

—Sí, a mí me ha jodido el plan, porque podría haberme ido de nuevo a pasar una noche de fábula y, sin embargo, me he pasado una hora buscando a Candelaria por todo el barco.

—Hemos ido al casino, a la piscina, al teatro, pero nada. En ningún lugar estaba, y era ella la que decía que esta noche quería divertirse…

¿Y se lo han creído? Qué ingenuas.

—A ver, ¿pero es que no la conocéis? ¿Cuándo se ha divertido ella una noche en una sala de fiestas? Nunca. Es que no sé cómo no habéis visto que iba pedo. Era lógico que se hubiera venido a dormir la mona. Mírala, si no hay terremoto ni maremoto que la despierte.

Y, tras una discusión acalorada en la que mi amiga sigue roncando con la baba colgando, nos vamos las demás a dormir. Ha sido un día agotador, y yo solo espero que la pobre Chloe pueda pegar ojo.

CAPÍTULO 22

Cozumel



Me levanto con los rayos de sol que entran por la ventana de mi camarote, calmada y feliz. Tras la conversación que mantuve con Trinidad, me serené y comprendí que mi padre no lo ha tenido fácil, que por mí ha sido capaz de renunciar a su propia felicidad, algo que me hace sentir amada, aunque haya sido solo por él.

Tras esa conversación, mantuve otra con Will. Al principio flipó, pero terminó llegando a la misma conclusión que Trinidad. Luego, tuvimos una sesión de sexo virtual, porque yo necesitaba desestresarme y él estaba sin camiseta… tentándome. Así que, tras decirnos algunos improperios y desear con ansias que fuera domingo, nos calentamos tanto que tocarnos para saciar nuestro deseo fue lo único que pudimos hacer, porque no iba a volver a coger un *jet* privado para calmar mi sed como es debido.

Como ya es ritual al despertarme, me saco leche, me voy a la ducha, me aseo, me pongo un traje de baño, un short y una camiseta de tirantes, y me preparo para el día. Hoy vamos a estar en Cozumel, México. Los chicos y yo haremos snorkel entre los arrecifes de coral, mientras que Trinidad y sus amigas visitarán la laguna y los lugares más emblemáticos de la zona, como es costumbre en ellas.

Cuando nos juntamos todos en el restaurante, parece que no hayamos comido en años, y es que debo ser sincera: la comida del

barco está buenísima. La de la zona… no está mal, pero tantos platos típicos nos empiezan a agobiar un poco.

—¿Ya estás mejor? —me pregunta Aurelia.

—Sí, gracias. Solo me dio un bajón por estar lejos de casa —miento, porque a nadie le importa lo que ha pasado. Son mis secretos, y los comparto con quien quiero. En este caso, solo con mi club del IMSERSO particular.

—Tranquila, cuando tenga dos años ya no te pasará. Estarás deseando tener un descanso de ser mamá. Y claro, si Will te acompaña en el viaje, mejor —dice Sofi.

—Claro, ese monumento no se puede dejar solo mucho tiempo, porque, hija mía, tú eres guapa, pero él no se queda atrás. —Gertrudis y sus comentarios siempre nos hacen reír.

—Hija, estás más caliente que el palo de un churrero. ¿Tú no has saciado ya tus deseos con el capitán? Deja a la chica en paz, que su marido es muy joven para ti —le recrimina Candelaria.

—Bueno, anoche podría haberlos saciado más, pero alguien me lo impidió. Y no soy ciega, el muchacho está de muy buen ver. Además, todas lo han visto, ¿está bueno o no?

Todas asienten, y no es para menos, porque no está bueno… está buenísimo. Parece un semidios y, lejos de molestarme que todas estén hablando de él, me hace sentir orgullosa.

—Así que ha tenido una aventura con el capitán del barco, ¿no? No pierde el tiempo usted, eh… —comenta John, dirigiéndose a Gertrudis.

—Sí, por fin antes de ayer tuvimos un lío, aunque no como a mí me hubiera gustado, porque nos interrumpieron. Pero no me preocupa, tenemos más días para vernos de nuevo. A mi edad, chico, no se puede perder el tiempo. Si ves un caramelo, te lo comes y ya te lamentarás después por si engorda.

Esta mujer no tiene desperdicio, nos hace reír sin parar.

—Pues bien que hace —comenta Alysa.

—A ver, piensa que a nuestra edad no estamos ya como para hacer miles de posturas del Kama Sutra. Aunque el capitán tiene un buen porte, no me puedo quejar… y una buena manivela también,

para qué mentir. Y lo mejor es que, como te puedes quitar la dentadura… pues…

—Vale, vale, vale… —la corto, ya no quiero escuchar más—. Nos hacemos una idea. No es necesario que nos cuentes con pelos y señales lo que hicisteis, de verdad —comento con cara de susto. Solo de imaginarme quitándose la dentadura para hacerle una mamada… Quita, ¡qué asco!

—Pues a mí sí me interesa —salta John—. Es que quiero saber si, cuando tenga su edad, podré seguir en forma para hacer eso.

—Cielo, con viagra podrás hacer lo que te plazca, no te preocupes. Solo debes tener cuidado de que no te pete la patata —dice Trinidad, y todos vuelven a reír.

El barco atraca en el puerto de Cozumel y la gente baja a su ritmo. Los guías ya están organizados y las excursiones planificadas, así que cada uno se va donde debe para pasar otro día estupendo.

Hoy me he propuesto disfrutar todo lo que pueda del mar, de su fauna marina y de lo que la envuelve. Me encanta sumergirme como si fuera una sirena y vivir una experiencia inolvidable.

No puedo evitar mirar a los chicos y morirme de la envidia. Todos van en pareja menos John y yo. Entonces noto como me agarra de la cintura y me trae de vuelta a la realidad.

—Echas de menos a Will, ¿no? Veo cómo los observas y sé que te mueres de envidia… porque yo también lo hago —dice—. Verónica era una chica muy peculiar. Le encantaba salir a divertirse y estar colgada a mí todo el día. No nos veíamos demasiado, por mi trabajo, así que cuando estábamos juntos no nos separábamos. Pero me engañó, me hizo creer que yo era único, y ella ya tenía a otro. Fui un tonto.

—Estabas enamorado, ¿cómo ibas a pensar que ella te engañaba?

Me observa con atención.

—¿Tú confías plenamente en Will? Porque no quiero alarmarte, pero creo que chuta una piedra y salen veinte tías que se lo tirarían sin pensárselo dos veces.

¿La pregunta tiene trampa? Lo miro con mala cara y él recula.

—A ver, no lo digo por nada. Se nota que te quiere, pero los hombres… hasta el más perfecto comete errores.

—Eso es verdad —pienso en mi padre y en Alberto—, pero mi historia con Will se remonta a nuestra infancia, y créeme, sé cuándo me está ocultando cosas. Es como un talento innato y, por fortuna, puedo estar tranquila.

—Tienes suerte —me sonríe—. Y él también.

Me besa el pelo, como si fuera mi hermano mayor, y ese gesto no me disgusta. Creo que, a pesar de sus actos impulsivos cuando saca a pasear a míster Hyde, es una de las mejores personas que conozco.

—Tienes que conocer a mis amigos. Cuando volvamos, cenamos todos juntos. La verdad es que no sé qué hubiera sido de mí si no te hubiera conocido, porque no puedo imaginarme ocho días encerrada en este barco con cuatro viejas locas.

—Tengo que reconocer que hice trampa. —Suelta una sonrisa de medio lado que le hace arrebatador.

—¿En qué? —pregunto, curiosa.

—El primer día, te vi distraída y aproveché para ponerme frente a ti y que tropezaras conmigo.

Qué listillo.

No sé si sentirme halagada o enfadada, pero lo dejaré pasar porque es cierto que, sin ese choque, ahora no estaría con todos sus amigos pasándomelo genial.

Al llegar a la zona donde vamos a practicar el snorkel, nos reparten todo el equipo que necesitamos: gafas, tubo y aletas. Nos explican que nos sumergiremos en aguas poco profundas, pero muy bonitas. Hay unos diez metros de profundidad. Cojo aire y, cuando nos dan la señal, me sumerjo junto con John para explorar el fondo marino. Todo lo que me rodea me deja impresionada: peces de múltiples formas y colores, restos de algún barco hundido, arrecifes de coral preciosos e incluso enormes tortugas marinas.

Nos adentramos en las profundidades del mar, haciendo pausas para tomar aire. Cada vez que nos sumergimos, descubrimos más maravillas. Me sorprenden los colores, lo vivos que se ven en estas

aguas tan cristalinas. Me encanta la experiencia y tengo claro que esto debo repetirlo con Will.

John toma mi mano y me arrastra junto a él para ver unos arrecifes con forma de setas. Justo al lado hay estrellas de mar. Quiere coger una, pero se lo impido. De repente, vemos un banco de peces payaso y me recuerda a la película de *Buscando a Nemo*. Ascendemos para respirar cuando, sin darme cuenta, algo golpea mi cabeza y pierdo el sentido. La respiración me falla y noto que me ahogo.

John intenta ayudarme, pero siento como si algo sujeta mi pie y no puedo salir del agua. Él se preocupa. Sea lo que sea, no logra quitármelo. No sabe qué hacer. Es una cuerda. Al parecer, estaba enterrada entre unos tablones de los restos de un barco, y no la hemos visto.

John sigue insistiendo, pero yo no puedo más. Mis ojos se cierran, solo le veo alejarse y, en mi mente aparecen dos personas: Will y Matt.

Por mi empeño de alejarme de todo para reencontrarme, he perdido. Ya no podré verlos más. No podré abrazar a mi bebé, ni cantarle nanas, ni aspirar su aroma, ni besarlo… No lo veré crecer, pero ya de nada sirve arrepentirse. Estoy intentando luchar, pero me faltan las fuerzas. No puedo respirar. El agua inunda mis fosas nasales, estoy sola, y todo lo que me rodea se apaga. Mi vida se apaga y siento cómo todo se detiene a mi alrededor.

¿Sabes eso que dicen que, cuando uno está a punto de morir, su vida pasa ante sus ojos como si fuera una película? Pues es cierto.

En ese preciso instante, puedo verme de pequeña, jugando en el parque junto a mi madre, la verdadera. Logro ver su sonrisa, sus ojos grandes, siento sus dulces abrazos y besos. Veo a mi padre feliz, mirándola enamorado. Después, me veo jugando con William. Recuerdo la primera vez que nos conocimos, cómo se escondía tras las piernas de su padre, vergonzoso, y cómo yo lo cogía de la mano para jugar con él. También rememoro sus siguientes visitas, en las que ya no sentía vergüenza y era él quien me buscaba para jugar. Incluso evoco nuestro primer beso: corto, tierno, en los labios. Lo había olvidado, pero pasó sin más.

Recuerdo la carta, cómo se la escondí entre los papeles del trabajo. Aquella cena, aquella noche, sus besos, sus caricias, su moto, cómo me dijo que yo no era un polvo de una noche. Nuestra boda, nuestra luna de miel, aquel test de embarazo positivo, su cara, la mía…

Recuerdo a Matt, lleno de grasa y sangre, sus manitas, su carita.

Y tras eso, la película termina.

Y mi vida también.

CAPÍTULO 23

La peor noticia de mi vida



WILLIAM

Estoy en la oficina, concentrado, pensando en todo lo que me contó ayer Chloe. No quise hacerla enfadar diciéndole lo que realmente pienso, sino que preferí apoyarla. Entonces suena mi teléfono y veo su nombre en la pantalla.

—¿Ya me estás echando de menos o es que quieres repetir lo de anoche? —pregunto con tono seductor.

—¿Will? —Escucho a un chico preguntar por mí, y la alarma interna, esa que todos tenemos en caso de emergencia, se activa de inmediato.

—Sí, ¿quién es? ¿Qué haces con el teléfono de mi mujer? —pregunto, alterado.

—Soy John… Es Chloe. Ha ocurrido un accidente…

—¿Chloe? ¿Está bien? —Elevo el tono de voz. Juro que, si le pasa algo, me muero.

—No sé si podrías venir… Sé que tienes contactos. Ella está en el hospital municipal de Cozumel, no te puedo decir mucho más. —Lo escucho respirar de forma agitada.

—¿Qué ha pasado? —Necesito saber algo porque, ahora mismo, mi estado de preocupación es máximo. No puedo evitar ponerme en lo peor. Si no, ¿por qué me estaría llamando este chico?

—Estábamos haciendo snorkel y se le enganchó un pie a una cuerda. No podíamos quitársela. Tuve que dejarla sola para buscar ayuda, pero cuando la sacamos del agua, no respiraba… Se la llevaron corriendo, pero tienes que venir. Espero que esté bien. A mí no me dejan entrar, solo permiten el acceso a familiares directos.

Ya no puedo escuchar más. Tras decirle que voy para allá, movilizo a todo el mundo, pido favores y salgo tal como estoy, con traje incluido, rumbo a Cozumel.

Cuatro horas me separan de ella, y estoy que me va a dar algo. Llamo a Trinidad y me dice que no sabe nada. Se fue corriendo al hospital, pero al no tener parentesco directo, tampoco le informan, por más que ha insistido en que es su nieta.

Le he pedido a Susana que me mande una foto de nuestra acta matrimonial, por si las moscas, y también he avisado a Germán, pero él lo tiene peor para viajar, así que le he dicho que en cuanto sepa algo le informo.

Cuando le he contado lo sucedido a Susana, me ha dicho que no me preocupe de nada, que se quedará encantada con Matt, que mi lugar está al lado de Chloe y que espera que todo salga bien. Parecía preocupada. Su relación con Chloe ha cambiado mucho y me alegra, porque verdaderamente es una ayuda increíble y una mujer encantadora. Solo espero que Chloe se recupere y pueda conocerla mejor para darse cuenta de que la necesitamos.

Las horas de vuelo se hacen largas e interminables. Al llegar a Cozumel, un taxi me lleva al hospital, donde encuentro a todos los nuevos amigos de Chloe y a Trinidad con sus amigas en la sala de espera.

—William, cielo, qué bien que estés aquí. A nosotros no nos dicen nada… —Me abraza Trinidad, muy preocupada.

—Voy a preguntar, a ver si a mí me dan más información.

Me acerco al mostrador y le pregunto a la recepcionista. Supongo que debe de ver el sufrimiento en todos y mi cara desencajada, porque hace una llamada tras ver mi acta matrimonial y, enseguida, sale un doctor en mi busca.

—Buenas tardes. Su esposa ha sufrido un accidente muy grave. Llegó al hospital con una parada cardiorrespiratoria y hemos tenido

que practicarle maniobras de reanimación. Por suerte, hemos logrado traerla de vuelta, pero debe permanecer en observación. Además, tiene una fractura en el tobillo.

Creo que acabo de soltar todo el aire que he contenido sin darme cuenta al escuchar que Chloe ingresó sin vida.

—Verá —continúa el doctor—, cuando el corazón de una persona deja de latir, debemos evaluar posibles daños internos, ya que, cuanto más tiempo pase, más secuelas puede haber. Ahora está inconsciente, pero esperamos que despierte pronto. Puede entrar a verla si quiere, pero sus acompañantes deberán esperar.

Me quedo un poco en *shock*. No sé cuánto tiempo tendrá que estar aquí, pero está claro que no podrá continuar con el viaje. Necesito hablar con Trinidad.

—Doctor, sé que ellos no pueden pasar, pero entre esas señoras se encuentra una mujer que es como si fuera su abuela. Han venido de viaje juntas y, ya que ella se tendrá que marchar sola, no sé si podría hacer una excepción.

El médico observa al grupo de amigas y, tras pensarlo un momento, accede.

—Puede entrar con usted, pero no estén los dos mucho rato. No quiero tener problemas.

—Gracias. Es usted muy amable.

Me acerco al grupo y les transmito lo que me ha comentado el médico. Observo cómo Ania y Alysa se llevan la mano al corazón al saber que Chloe estuvo muerta por unos minutos, pero se alegran al saber que ahora está estable.

Me dan sus teléfonos. No quieren perder el contacto con nosotros, y yo les prometo que las mantendré informadas.

Trinidad y yo entramos en la habitación donde está Chloe. La encontramos postrada en una camilla, con mil cables conectados a su cuerpo controlando sus constantes vitales. Miro la máquina que mide su ritmo cardíaco y, ahora mismo, adoro el dibujo que emite. Esas montañitas que suben y bajan se han convertido en mis favoritas.

Tomo a mi mujer de la mano y se la beso. Espero que me la apriete, pero ocurre nada.

Trinidad le acaricia la cara. Tiene un vendaje. Tendré que preguntar porque no me han dicho nada al respecto. Ambos tomamos asiento en unas sillas junto a la camilla. Yo coloco la mía lo más cerca posible y vuelvo a tomar la mano de Chloe entre las mías.

—Lo siento, hijo. Ahora me doy cuenta de que podría haberle pasado algo peor… —Trinidad está apesadumbrada, pero esto no es culpa suya.

—No se culpe. Esto podría haberle pasado en cualquier otro lugar. Podría haberla atropellado un coche cruzando una carretera o haber tenido cualquier otro accidente. A veces, hay cosas que escapan de nuestras manos. Lo importante es que se recuperará.

—¿Cómo te las has arreglado para venir, con el niño y todo eso? —pregunta sin quitarle un ojo de encima a Chloe.

—Susana se ha quedado con Matt, no ha puesto ningún problema. Ha sido la primera en decirme que me vaya tranquilo, que ella se quedaría con él mientras tanto, que yo ahora debía estar con Chloe. He venido con el *jet* de la empresa, así que volar no es un problema. Ahora lo que me preocupa es cuántos días tendremos que quedarnos, porque no he traído nada.

—Parece maja Susana… No como Vicenta. Pero prefiero no opinar.

—¿Sabe lo que más me sorprende? Lo mucho que se parece a Chloe. El otro día, cuando llegué del trabajo, estaba cantándole una nana a Matt para dormir, y juraría que es la que Chloe le canta. La que siempre lo calma… y dudo que se la haya escuchado. Además, algunas facciones se me asemejan. No puedo evitar pensar, desde que Chloe me contó lo que habló con su padre, si Susana no será… —No termino la frase porque Chloe se despierta.

—¿Will? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está John?

—Tranquila, cariño. Estás en el hospital, has tenido un accidente haciendo snorkel. ¿No lo recuerdas?

La veo intentando recordar.

—Sola… Me dejó sola… Me estaba ahogando y se fue —susurra, refiriéndose a John.

—Cariño, se fue a buscar ayuda. Tenías un pie atado a algo y no podía soltarte. ¿No lo recuerdas? —Intento tranquilizarla mientras lo

vuelve a pensar y, finalmente, se relaja.

—Bueno, cielo, yo me tengo que ir. No quiero que el barco se vaya sin mí. Espero que te den el alta pronto y siento que no hayas podido disfrutar del viaje completo. No te preocupes por tus cosas, yo misma las recogeré y te las daré a la vuelta.

—Tranquila, Trinidad, ha sido divertido, pero, si te soy sincera, ya quería volver. Necesito abrazar a mi hijo, hablar con mi padre y aclarar mis dudas.

Trinidad la besa en la frente y se marcha. Yo me quedo a su lado, y ella me mira en silencio. No se atreve a preguntar, pero, como creo que has podido comprobar, su curiosidad puede con ella, así que al final lo hace.

—¿En serio crees que Susana es mi madre? —Fija sus ojos en los míos y, en ese momento, sé que no tengo escapatoria.

—Veo cómo siempre se ha preocupado por ti, cómo te observaba cuando llegó a casa. Algo que a ti te molestaba, pero ¿y si lo hacía porque lo necesitaba? Si yo hubiera pasado toda mi vida sin Matt, y de repente, lo volviera a tener, quizá haría lo mismo. Siempre me ha parecido demasiado protectora… y se parece a ti. Además, creo que Matt también lo nota. Con ella se calma. Y esa nana… no sé… podría ser.

—Cuando volvamos a casa pienso hablar con los dos. No puedo vivir sin saber.

CAPÍTULO 24

Spa y relajación



TRINIDAD

Me alegro de que Chloe esté bien y, en manos de William, estará mucho mejor. Las chicas y yo hemos decidido que, para quitarnos el susto de encima, vamos a reservar hora en el spa del barco. Total, mañana nos espera un día de navegación hasta llegar a Ocean Cay, la última parada del crucero antes de volver a Miami.

Miro el programa que ofrece el spa y hay un pack de relajación que me llama mucho la atención. Incluye acceso exclusivo a la zona termal, un baño de lodo y un masaje balinés. A todas nos parece buena idea, menos a Candelaria, que, como siempre, tiene que poner el punto sobre la i, porque si no, no está contenta.

—A ver, que yo veo bien las piscinas con agua caliente y fría, y el masaje, pero el baño de lodo… ni hablar. Voy a parecer que me haya caído en una cochiquera. Yo ahí no voy —se queja.

—Pero, mujer, si eso es tendencia, se lo hacen todas las famosas. ¿No lo has leído en el *Lecturas*? De verdad… si hasta rejuvenece —comenta Aurelia, que no sé de dónde ha sacado todo eso, pero ella lo dice.

—Ya puedo volver a tener veinte años, que ahí no voy. Me da mucho asco. Además, voy a oler a vasija.

—Mejor a vasija que a choto, ¿no crees? Que, seamos realistas, a veces hueles un poco —le recrimina Gertrudis.

—¿Cómo que huelo? Yo no huelo a nada.

—No ni poco. A ver, que es normal, a nuestra edad, cuando tosemos se nos escapan gotillas, y eso a veces huele.

—A mí no se me escapa nada, porque llevo puestas compresas especiales.

—Di más bien pañales. —No es exagerada ni nada Gertrudis. Mira que le gusta picar a Candelaria, y esta que se enfada con poco…

—Pañales los usarás tú. Además, no sé qué hago discutiendo. No pienso ir y ya está. No me he quejado de que me hayáis tenido para arriba y para abajo como una marioneta, haciendo todo lo que queríais: que si ir a visitar la casa de no sé qué cantante, que si ir al desierto a pasar calor solo para que os montéis con un tío cachas en un todoterreno. Luego vamos a ver en otro sitio iglesias y playas, y el día que nos proponemos pasar una tarde tranquila, viendo los colores tan magníficos del atardecer, tenemos que correr medio México para llegar al hospital. Así que creo que me he ganado el derecho a quedarme en la habitación sin hacer nada.

Todas nos miramos sorprendidas. Está enfadada de verdad, y no por lo que le ha dicho Gertrudis, que obviamente era para chincharla, sino porque no está disfrutando de este crucero, y ese no era el propósito del viaje.

—Tienes razón, perdona. No te hemos pedido opinión en nada, pero tienes que entender que no hemos venido al crucero para encerrarnos en el camarote, sino para ver mundo, uno que no vamos a volver a ver nunca más. Y quizá, si pensaras como nosotras, te lo podrías pasar mejor. Pero, si quieres quedarte en el camarote, respetaremos tu decisión.

Es entonces cuando, tras decirle a mi amiga esas palabras, me voy. Aurelia y Gertrudis me siguen y dejamos a Candelaria hacer lo que quiera. Total, ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones y, si no quiere venir con nosotras, que no venga. Yo solo espero que quien me dé el masaje sea un chico, que esté bueno y tenga unas manos mágicas.

Al llegar a la zona de spa, nos cambiamos y entramos en las piscinas termales. No es un spa como el de un hotel, la verdad es que decepciona un poco, pero, para estar en un barco, no nos podemos quejar. Hay una piscina de agua caliente con unos chorros, con forma circular, donde cabemos las tres perfectamente, y por el momento allí nos quedamos, admirando las increíbles vistas al mar. He de decir que son la mar de relajantes.

—Mira que es pesada Candelaria. Menos mal que se ha quedado en el camarote, porque, de verdad, hay veces en las que me cuestiono el porqué somos amigas, si es una amargada —suelta Aurelia, sorprendiéndonos.

—Hombre… tienes razón, pero no creo que sea para tanto —contesta Gertrudis.

—Mira, tú no la aguantas cada día. Te voy a decir que, conforme se va haciendo más mayor, se vuelve peor. Está medio sorda, siempre se queja de sus achaques como si el resto no los tuviéramos, no quiere ir nunca a ningún sitio y su familia ni la visita. Luego está todo el día criticando a la gente… De verdad, en ocasiones me aburre y la mandaría a freír espárragos —nos cuenta.

—A ver, lo de su familia era de esperar, porque cuando su marido murió, se encerró en sí misma y no quiso saber nada de nadie. Además, si encima critica a todo el mundo, ¿qué van a querer estar con ella? A mí me sorprendió que accediera a venir de crucero, porque no quería, pero mira, al final se decidió a venir —continúa Gertrudis.

—Hombre, es que la convencí yo —digo sin pensar. Entonces, ellas me miran acusadoras.

—Pues haber dejado que se quedara en Zaragoza. Si es que siempre que vamos de vacaciones pasa lo mismo, ¿no te has dado cuenta? Siempre tiene que ser el centro de atención, si no, no está contenta.

—¿No hubierais tenido remordimientos de conciencia? —digo mientras el chorro de agua me golpea en la nuca, dándome un masaje punzante pero placentero.

—Sí y no. No es que no queramos que esté con nosotras, pero escucha, nosotras también tenemos artrosis y nos duelen los

huesos, pero no vamos llorando por los rincones y dejamos nuestra vida a un lado porque estamos vivas. Cuando nos muramos, ya nos comerán los gusanos, pero por ahora tenemos que disfrutar de lo que nos queda, con dolores incluidos.

Me hace mucha gracia escuchar a Aurelia y verla gesticular con las manos, como si estuviera súper indignada.

—Te comerán los gusanos a ti, bonita. A mí me incinerarán y luego que me tiren al mar o donde quieran —dice Gertrudis.

—Sí, al mar… o a la taza del váter. Que no se puede tirar nada al mar, que se contamina.

Las tres nos miramos y reímos. Mis amigas son la repera, como diría mi Albertito.

Después de la piscina caliente, pasamos a la siguiente, pero el agua está congelada. El contraste de una a otra es sorprendente, aunque en esa no aguantamos demasiado rato. Por suerte, nos llaman para nuestros masajes y nos marchamos envueltas en unas suaves toallas que nos trae el personal de servicio.

Al entrar en la sala del masaje, observo mi alrededor. Todo está limpio, y eso me calma. La masajista, una chica de origen oriental, me acompaña a la camilla donde tengo que tumbarme boca abajo. Me cubre con una toalla tras desprenderme de mi ropa de baño y quedarme en paños menores. Mientras se marcha para que pueda hacerlo en la intimidad, observo lo que me rodea: un mueble con toallas, un altavoz de esos modernos del que sale una música relajante, una bandeja de incienso con olor a jazmín y naranja, y una mesa llena de botecitos con diferentes aceites esenciales.

Cuando regresa, ya estoy tumbada. Me tapa con la toalla de cintura para abajo y me explica lo que me hará: aplicará su fuerza para darme un masaje por todo el cuerpo utilizando una técnica llamada de acupresión, combinada con diferentes estiramientos. Esto servirá para activar mi circulación sanguínea y linfática, además de relajarme por completo.

La muchacha comienza el masaje centrándose en el cuello, la espalda, los brazos, las piernas y los pies, dedicando especial atención a los puntos donde se encuentran las terminaciones nerviosas. Puedo notar cómo la chica hace movimientos largos y

suaves, y he de decir que no es nada doloroso, al contrario, es una sensación placentera y relajante.

Todo lo que me rodea me envuelve en un estado casi de trance, donde solo puedo oír la música y dejar que el aroma del incienso inunde mis fosas nasales con este maravilloso olor que, sin querer, me transporta a mi niñez y mi juventud. Me traslada a mi hogar, junto a Daniel, a nuestra casa, a nuestro pequeño jardín lleno de jazmines y rodeado de naranjos, y es como si ahora mismo estuviera a su lado, sentada, mirándolo, acariciando su pelo, besando sus labios…

Eh, Trinidad, echa el freno, maja, que si no, te pones borrica, y no es plan…

Cuando la chica termina su masaje —que he de decir que ha durado una hora y me ha encantado—, yo estoy como alelada. Pero es lógico, la edad no perdona, y después de sesenta minutos tumbada, con alguien relajando cada músculo de mi cuerpo, me siento como gelatina.

Espero a que mis amigas salgan de sus correspondientes salas y vamos a darnos un baño de lodo.

Estamos las tres juntas en la misma habitación. Hay varias bañeras llenas de barro donde cada una se sumerge, y nos dejan solas con música relajante y un nuevo aroma a incienso.

—Chicas, esto es una maravilla. No sabe lo tonta que ha sido Candelaria al no venir —comenta Gertrudis.

—A ver, es cierto que meterte aquí dentro es un poco asqueroso, pero relaja, y seguro que salimos de aquí como nuevas.

—Como nueva me ha dejado a mí el masaje. Ahora mismo me dormiría la mar de feliz —dice Aurelia, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

—Pues yo voy a soltar un pensamiento porque me veo en la obligación de hacerlo… Es que miro el barro y solo puedo pensar en que, si alguien hace sus necesidades aquí dentro, ni se notaría.

Yo estaba relajándome tanto como Aurelia hasta que Gertrudis suelta esa guarrada, que me revuelve el estómago. Porque una cosa es meterse en lodo para reafirmar tu piel y otra muy distinta es hacerlo en mierda, que es lo que ella acaba de insinuar.

—¿Cómo puedes ser tan puerca? Ahora me has quitado las ganas de relajarme y de estar aquí. Sinceramente, esos pensamientos que tienes, cállatelos, por favor.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Aurelia me sorprende riéndose sin parar. Le va a dar un ataque y todo. ¿Qué le pasa?

—¿Se puede saber de qué te ríes tanto? —pregunta Gertrudis, asombrada.

—No se notaría… porque estaba tan relajada que me he tirado un *peo* y ni os habéis enterado.

Nos miramos con cara de asco y, acto seguido, ya no podemos quedarnos más en el lodo. No hacemos más que pensar en si alguien había defecado allí, y la idea nos espanta.

Nos damos una ducha rápida en la zona habilitada para quitarnos el barro del cuerpo y nos vamos a la habitación para cambiarnos de ropa y disfrutar de lo que queda del día. Mañana estaremos en nuestro último destino antes de volver a casa.

CAPÍTULO 25

Ocean Cay



TRINIDAD

Tras poner un pie en tierra las cuatro —porque al final hemos arrastrado a Candelaria de nuevo con nosotras—, nos sorprende todo lo que nos rodea.

Bien es cierto que cada destino ha sido bonito, pero hemos visitado muchas cosas y, hoy, al ser el último día, vamos a quedarnos en la playa. Nos han llevado a una isla privada del Caribe con playas de arena blanca, aguas turquesas, palmeras y arrecifes de coral. Todo lo que ha ido viendo Chloe, pero que nosotras no nos habíamos parado a disfrutar, y la verdad es que es precioso.

No perdemos el tiempo y nos apuntamos a un tour para ver el fondo marino, pero no vayas a pensar que nos vamos a poner a bucear a nuestros ochenta años… Qué va, vamos a coger un barco con el casco transparente para poder disfrutar de todo lo que se esconde en estas aguas.

Una vez allí, entre tanta gente, nos perdemos las unas a las otras, pero no quiero dejar de mirar todo lo que hay aquí, porque es increíble. Ahora entiendo a Chloe y por qué quería realizar todo lo que hacía, aunque eso le haya costado un susto enorme.

Cada vez que pienso que perdió la vida por unos minutos… Pero me alegra que esté mejor. Esta mañana la he llamado para ver si ya

le daban el alta, y me ha dicho que durante el día valorarán si podía marcharse.

Vuelvo a mi mundo rodeada de peces, todos muy bonitos, de diferentes tamaños y colores, y los corales son impresionantes.

Al volver a tierra nos juntamos de nuevo las cuatro, y me alegra ver a Candelaria contenta.

—¿Ves como no es tan aburrido? —le digo, dándole un breve golpecito con mi hombro.

—Bueno, esto ha estado muy bien, es precioso. Y lo mejor de esta isla es que no hay nada sucio. Pienso estar aquí tumbada al sol todo lo que quede de mañana hasta la hora de comer.

Y eso es lo que hacemos, relajarnos en nuestras toallas. Yo saco un libro para leer, me encanta hacerlo, pero la verdad es que no tengo mucho tiempo. Entre mis bisnietos, que no paran, no suelo tener un rato de calma. Pero me encanta estar con ellos. Daniel es un pequeño bicho de tres años; Zoe, que tiene dos, sabe más que los ratones *coloraos*. Se nota que es una chica y que lleva la voz cantante, porque, cuando están todos juntos, ella ordena y manda. Y Liam, que tiene un año y medio, adora a su hermana, lo que a veces es un problema, porque ella lo chincha y él siempre acaba llorando. Así que voy a aprovechar este momento de relax para adentrarme en esta historia de misterios y asesinatos.

Sí, no me van las novelas ñoñas llenas de romanticismo. Ya tuve suficiente azúcar en la vida con mi marido, y no es que no me guste la idea del amor, es que no la concibo sin él. En ocasiones siento que, cuando él se marchó, dejó un vacío enorme. Nunca lo pareció, porque yo soy fuerte y tiro para adelante con lo que sea, pero el no tenerle a mi lado hizo mella en mi corazón. Me dio tanto amor en vida que no necesito más. Por eso nunca he rehecho mi vida con nadie y, aunque en Zaragoza salía con un vecino, nunca le di pie a nada romántico de verdad, porque nunca me interesó para tales fines.

A diferencia de mis amigas, que Gertrudis es muy suelta y Aurelia también ha echado alguna que otra canita al aire, yo no lo he necesitado nunca.

Las observo tomar el sol y me recuerdan a nuestra juventud, cuando viajábamos al mar de vacaciones y estábamos en la playa tumbadas en la arena, bajo nuestras enormes sombrillas, vigilando a nuestros hijos mientras corrían y jugaban en la orilla. Qué tiempos aquellos, tan felices… Si es que la vida no pasa en balde para nadie, y además es un suspiro. A mí, desde luego, me han pasado los ochenta años volados. Ahora, eso sí, los he disfrutado a tope.

Quién me iba a decir a mí que en mi vida me casaría con el hombre del que siempre he estado enamorada, crearía una familia, viajaría por toda España, sufriría por el cautiverio de mi nieta, viviría un asesinato —aunque fuera en defensa propia—, me iría a vivir a Miami, aparecería de tertuliana en un *reality show*, destriparía a una víbora y pasaría mi vejez en la playa con mis bisnietos, además de adoptar otra nieta maravillosa y viajar a lugares exóticos con mis locas amigas. Como ves, la vida me ha sonreído, aunque me quitó a mi marido demasiado pronto para mi gusto. Pero ser fumador, en ocasiones, pasa factura, y más cuando fumas cuatro cajetillas diarias.

La enfermedad se mostró demasiado tarde y ya poco se pudo hacer, pero hemos vivido juntos una vida intensa y feliz, y eso es con lo que me quedo: con cada beso, cada abrazo, cada caricia, cada sueño que hemos realizado, cada proyecto y cada recuerdo que guardaré atesorado en mi memoria hasta que volvamos a vernos, porque tengo la certeza de que me está esperando donde sea. Pero aviso, aún me queda mucha guerra que dar.

Miro mi reloj y es la hora de ir despidiéndonos de esta maravillosa playa para ir al restaurante y, después, de vuelta al barco.

La comida es genial. Por una vez nos ponemos hasta el culo: marisco por doquier y fresquísimo. Unas ensaladas y, de postre, unos pastelillos de limón que están buenísimos. No hablamos demasiado porque estamos hambrientas, pero Candelaria nos mira sorprendida.

—¿En serio? Parece que no hayáis comido en años. ¡Qué vergüenza! Todas ahí, comiendo como hámsteres… —lo dice por nuestros carrillos llenos a rebosar.

—La que no está comiendo… ¿Pero tú te has visto?

Mi amiga lo dice porque tiene el plato que no le cabe ni una almeja.

—A ver, yo me he llenado el plato para no quedarme sin nada, ya sabes cómo son estos bufés, pero estoy comiendo de manera moderada.

—Pues nosotras engullimos para volver a coger más comida, es así de sencillo. Preferimos comerla caliente.

Y de nuevo la discusión se cierne sobre nosotras… ni comiendo está calladita esta mujer.

Por suerte, la vuelta al barco transcurre en silencio. Estamos tan llenas que no somos capaces de abrir la boca ni para coger aire, porque creo que, tal y como entra, sale acompañado de marisco y pastel.

La noche se presenta entretenida. De nuevo nos dirigimos a la sala de baile y, por ahí, aparece el capitán. Parece que se ha quedado prendado de mi amiga, y qué te puedo decir… Gertrudis tiene algo especial. Es una mujer, como yo, de armas tomar, pero sabe lo que quiere y así lo dice de forma sincera, sin remilgos. Siempre toma la iniciativa, no se amedrenta ante nada y, además, tiene la energía de una veinteañera. ¿Qué más podría pedir este hombre? Pero su amor tiene que quedarse en este barco, porque ella se va a ir a Zaragoza y no es una mujer que se case con nadie más que con su difunto marido.

—Mira, ahí viene tu noviete, te está buscando —señalo al capitán con la cabeza.

—Sí, ya lo veo. No sé si hoy me apetece estar con él. Es que, realmente, estoy cansada. Además, creo que le estoy dando falsas esperanzas y no quiero que piense que, tras el crucero, pueda haber algo más.

Qué raro que no se vaya con él y diga esto… Si conozco a mi amiga como creo que lo hago, ella nunca desperdicia un dulce.

—Tú estás cagada —le digo, viendo cómo abre los ojos de forma desmesurada. Aurelia también se gira, interesada—. El capitán te gusta demasiado, ¿no? Y crees que, si te vas con él, vas a acabar enamorada como una adolescente. Dime que estoy en lo cierto,

porque te conozco y sé que, cuando das un paso hacia atrás, es por miedo —afirmo rotundamente.

—Es que… No sé qué hacer. Sí, es cierto que me gusta, lo paso estupendamente con él. Somos muy parecidos, a ambos nos encanta la aventura, viajar… Estos días me ha hecho sentirme más viva de lo que lo he estado en años —comenta, ilusionada—, pero el crucero se termina, yo me voy a mi casa, él continuará navegando y no puedo colgarme de él —lo dice con tanta tristeza que resulta increíble.

—Pues habla con él. No eres una niña y él tampoco. A nuestra edad, el tiempo no está para perderlo, sino para vivirlo. ¿Y si él siente lo mismo que tú? ¿No te gustaría terminar tus días viajando al lado del hombre que amas?

Lo piensa por un momento.

—Eso es cierto. —Ahora nos sorprendemos todas, porque Candelaria ha tenido una revelación—. Siempre me estáis diciendo que la vida son dos días, que hay que hacer lo que te venga en gana, afrontarla sin miedo y disfrutarla. Pues yo te digo que, por una vez, te hagas caso, que te apliques el cuento, porque, si de verdad ese hombre te hace feliz, y parece que tú a él también, no te tiene que importar nada más.

La miramos boquiabiertas. Esta versión de Candelaria me encanta.

—Tú misma dices que, si murieras mañana, no te importaría —prosigue—, porque ya has hecho todo lo que tenías que hacer por tu familia. Pues disfruta del tiempo que te quede, sea un día, dos, cinco, diez… porque nunca sabes lo que pasará mañana. Tu casa no se va a mover de lugar, pero ese hombre sí se puede marchar.

Gertrudis la abraza, y creo que es la primera vez que las veo tan contentas. Ha sido un gran consejo, y eso es lo que hacen las verdaderas amigas: decirse las verdades, aconsejarte cuando creen que la estás cagando, y ella ha obrado de manera impecable.

Así que, cogiendo el toro por los cuernos, Gertrudis se va tras el capitán para hablar largo y tendido. Tanto que, en toda la noche, ya no le volvemos a ver el pelo.

CAPÍTULO 26

Intimidad



El médico me ha vuelto a visitar debido a la conmoción por el golpe en el mar y, tras comprobar que todo está bien —después de haber vuelto a la vida, cosa que aún me alucina—, decide darme el alta.

Me explica que me han estado administrando bastante medicación y que, debido a que tengo que continuar con el tratamiento, lo mejor es que deje de darle el pecho a mi hijo. En cierta manera, esto me duele, aunque entiendo que debo recuperarme y que no puedo seguir amamantándolo.

—Señora, le recomiendo que, en cuanto llegue a su país, visite a su doctor. Más que nada porque, aunque aparentemente está bien, volver de entre los muertos no es ninguna tontería y puede que en algún momento experimente cefaleas debidas al golpe o incluso miedos por la experiencia vivida. En cuanto a la lactancia materna, verá que en un par de días ya no tendrá leche. Las pastillas que le hemos facilitado son rápidas y eficaces.

—Gracias, doctor, eso haremos. —William siempre tan protector. No me ha soltado la mano en ningún momento.

—Sí, doctor, no se preocupe.

Pienso en Matt y me da pena. Todo esto es por mi culpa, y ahora él tendrá que sufrir las consecuencias.

—No tiene por qué ocurrir nada. Todas las pruebas han resultado exitosas y, aparentemente, está estupenda. Es joven y seguro que

todo le irá bien, pero cuídese.

—Eso haré, doctor. Lo que más deseo, después de todo esto, es volver a casa con mi hijo. No sé qué habría pasado si no me hubieran salvado la vida. Gracias.

Le hablo con lágrimas en los ojos porque, hasta este momento, no me había plena conciencia de lo que ha ocurrido. Y si lo pienso fríamente, siento miedo. He muerto. Aunque solo fueran cinco minutos, lo hice. ¿Y si no hubiera despertado?

Will percibe mi cara de preocupación y me agarra de los hombros, obligándome a mirarle a los ojos.

—Eh, Chloe, estás aquí, estás bien. No te preocupes. Matt está genial con Susana y nosotros nos vamos a marchar a casa. No llores, por favor. Sé que ahora quizá piensas que todo cambiará, pero no te preocupes.

—Es que… tengo miedo, Will. Me fui. Quise hacer este viaje sin pensar en las consecuencias. ¿Y si no hubieran podido salvarme? Ahora tú serías viudo, Matt huérfano… y yo nunca habría tenido la conversación pendiente con mi padre. He sido una inconsciente. Ahora entiendo por qué Susana me miraba así… por abandonaros.

—Oye, no nos has abandonado. Simplemente necesitabas tu espacio y nosotros te lo dimos. No creo que te mirara mal; solo tenía miedo por ti. Tenéis una conversación pendiente y, cuando la tengáis, entenderás muchas más cosas. Si no estoy equivocado, ella vino a casa por algo. Y ese motivo eres tú.

—Por más que lo pienso, no lo entiendo. Si ella era mi madre biológica, ¿por qué ha aparecido ahora? ¿Dónde ha estado todos estos años? ¿Por qué mi padre me ha mentido? Merecía saber que Vicenta no era mi madre. Eso me habría permitido entender muchas cosas y crecer de otra manera, más aliviada, sin pensar que mi madre no me quería. Porque, de haber sabido que esa mujer no era mi madre, me habría dado igual su amor.

Me llevo una mano al pelo, nerviosa, sintiendo de nuevo las lágrimas agolpándose en mis ojos.

—Entonces habrías ido en su busca. Te habrías marchado de casa. Chloe, te conozco. Eres impulsiva. Demasiado como para pensar en las consecuencias de las cosas. Y tu padre te habría

perdido. Piensa en lo difícil que le debe haber resultado a él verte sufrir por el desprecio de Vicenta y no poder hacer nada.

Lo pienso por un momento. y tiene razón.

—Está bien. Aparcaremos el tema hasta la vuelta. ¿Cuándo nos vienen a buscar? Porque, ya que vamos a regresar a casa, me gustaría ver el atardecer contigo en las playas tan bonitas de Cozumel.

Me quedé sin experimentarlo, y es lo último que quiero hacer en este viaje. Hay una playa preciosa, llena de estrellas de mar, y quiero ver el atardecer allí.

—No te preocupes. Lo prepararé todo para que nos recojan tras el atardecer.



Pasamos la tarde paseando por los lugares más mágicos de este lugar. Después de comer juntos y relajados, parecemos una pareja más en el paraíso que nos envuelve. Nadie conoce nuestra historia. Nadie nos juzga por estar aquí solos. Y no es que ignoremos nuestras obligaciones, es que necesitamos estas horas para nosotros, porque, a la vuelta, todo será diferente.

Nos sentamos en la fina arena blanca de la playa, fijando nuestra vista al horizonte. Will va con un traje chaqueta gris, desentonando con el paisaje, pero no le importa. Y a mí tampoco. Yo llevo puesto un vestido playero que John me dejó en el hospital. Creo que es de Ania, pero me queda perfecto.

Tras la línea que divide el agua del cielo, el sol comienza a ocultarse, dejando unos colores anaranjados preciosos, que se graban en mi retina para siempre. Un recuerdo que atesoraré mientras viva.

Will está a mi espalda, sus manos rodeando mi cintura, mi cabeza recostada en su hombro y él besándome el cuello. Entonces alarga la mano y me entrega una pulsera.

Es pequeña, pero perfecta. Está hecha de hilo, en ella hay conchas y, en el centro, una estrella de mar. Es preciosa.

—Sé que este viaje ha sido un vaivén de emociones para ti, pero quiero que tengas esto para que recuerdes siempre que tú eres mi estrella, que iría donde fuera solo por ti, y que, siempre que necesites huir de algo, estaré aquí para que puedas refugiarte en mí.

Hace una pausa y acaricia mi mejilla.

—Entiendo que quisieras hacer este viaje sola, aunque estuviera Trinidad, porque, en cierto modo, siempre te has sentido así. Pero, desde que decidimos pasar nuestra vida juntos, eso ha cambiado. Yo formo parte de ti, al igual que tú de mí, y no quiero que pienses que no puedes contar conmigo.

Lo miro a él y luego a la pulsera. Parece un regalo insignificante, probablemente comprado en un puestecito que hay por aquí. No tiene valor material, pero es el regalo más especial que me han hecho nunca. Y escucharle decir todo eso hace que me dé cuenta de que nunca he estado sola. Él siempre ha estado ahí para mí, incluso de pequeños. No podría haber elegido mejor compañero de vida.

—Te quiero, Will. Siento no haberte hecho partícipe de mis sentimientos, no era mi intención, pero no sé hacerlo de otra forma. Aunque intentaré aprender, porque somos una familia.

Nos besamos, tierna e intensamente, bajo este atardecer tan maravilloso. Y ahora es cuando siento que realmente comienza mi viaje, uno en el que siempre estaré acompañada, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las penas. Porque cuando pronuncias tus votos no te das cuenta, pero conforme avanza el matrimonio, lo ves claro.

Will es mi hogar, es la persona con la que quiero estar, con la que quiero amanecer cada día, y con la que quiero dormir cada noche. Con la que quiero soñar, la que deseo que me toque y me haga suya, la que espero que, en un futuro, me dé más hijo. La única que necesito cuando tengo un problema, y la que quiero que seque mis lágrimas cuando ya no puedo más. Porque las relaciones son complicadas, pero hacerlo bien en el momento oportuno no lo es tanto. En esos instantes decisivos en una relación, él saca

sobresaliente. Está siempre ahí para mí, y no puedo estar más orgullosa de haber decidido pasar mi vida a su lado.

CAPÍTULO 27

Es la hora de la verdad



Tras un vuelo en *jet* privado, donde las comodidades han hecho que duerma todo el camino, me siento descansada y preparada para enfrentarme a todo lo que necesito saber.

Es entonces, cuando entro en mi casa y me sorprendo al ver dormido a mi padre en el sofá junto a Susana. Ambos están sentados; ella tiene la cabeza apoyada en su hombro, y él ha pasado su brazo alrededor de sus hombros. O me he perdido gran parte de la historia, o ha estado engañando a mi madre… quiero decir, a Vicenta, durante mucho tiempo.

Emito un sonido con la garganta para hacerme notar, y se sobresaltan, apartándose el uno del otro como si estuvieran entre llamas.

—Por mí no os cortéis, podéis seguir abrazados —digo riendo, porque la situación me hace gracia. Pensar en mi padre profesándole amor a otra persona me gusta, porque nunca lo he visto así.

Sé que debería de estar mucho más enfadada por la mentira, por no hablarle, pero hablar con Trinidad me ayudó a entender que no solo me ocultó la verdad, sino que también sacrificó su vida por mi bienestar. Y aunque eso me haya jodido, no quiero estar enfadada con él. No puedo. Porque sé que es la única persona que siempre ha estado ahí para mí, aunque fuera a su manera. Aunque me haya ocultado este gran secreto, sin su amor me hubiera derrumbado, y

quizá mi vida habría ido por un camino muy diferente, destruyendo cualquier sueño que hubiera querido cumplir.

—Lo siento, hija, yo… —comienza a decir de forma atropellada. Pero no le dejo continua. Sé que su losa pesa más que la mía, que está arrepentido por haberme mentido, y no puedo culparlo. Él también debió de sufrir lo suyo.

—Papá, no tienes que explicarme nada, de verdad. Solo necesito saber una cosa. —Me mira sorprendido, atento—. ¿Por qué nunca me explicaste nada? ¿Por qué habéis esperado hasta ahora para estar juntos? —Me observa extrañado—. Sé que Susana es mi madre. No me mires así, he atado cabos. Lo que no entiendo por qué me dejó. La recuerdo, ¿sabes? Y ahora más que nunca. El golpe que sufrí en la cabeza, debió de ayudarme, porque, tras pensarlo dos veces, han venido a mi memoria recuerdos que estaban enterrados.

Susana me mira con lágrimas en los ojos, sorprendida. Quiere hablar, pero mi padre no se lo permite.

—Chloe, ¿seguro que estás preparada para que te lo cuente?

Por supuesto. Nací preparada para ello.

—Claro. necesito entender por qué mi vida ha sido una mentira, por qué no pude estar con mi madre si tanto me querí… porque la recuerdo. Recuerdo cómo me acariciaba el pelo, cómo me abrazaba dejando su perfume en mi ropa, uno con olor a cítricos. Cómo me cantaba una nana para dormir porque yo tenía miedo, porque me sentía sola. Y cómo, un día, desapareció de mi vida y nunca más la volví a ver.

—Yo nunca quise dejarte, lo juro.

Susana no puede más y rompe a llorar. La observo, manteniendo las distancias, aunque me muero por abrazarla.

—Chloe, la primera parte de la historia ya te la conté. Vicenta me propuso un pacto, pero no pude cumplirlo. Así que, a escondidas, Susana venía a casa o al parque y pasaba todo el tiempo que podía contigo. Incluso contraté a una cuidadora que te llevaba con ella siempre que podía.

»Pero cuando empezaste a hablar, siempre decías que querías a tu mamá, que ella no lo era. Y ahí me descubrió. Una tarde, Vicenta

vino a casa antes de lo esperado y se encontró con Susana y Valeria. A esta última la despidió, y a Susana la acusó de haberle robado. La policía vino y la detuvo. La encarcelaron, y nunca pudimos probar su inocencia.

»Tú creciste sin ella y la olvidaste, pero ella nunca lo hizo contigo. Después, no supimos cómo explicártelo. Yo siempre he mantenido contacto con ella, le he llevado fotos tuyas y hemos hablado mucho de ti. Pero tu madre… bueno, Vicenta, siempre me amenazó con quitármelo todo. La empresa que fundó mi padre. Porque sí, es cierto que nuestros padres eran socios, pero el accionista mayoritario siempre fue tu abuelo, el fundador de la empresa, y no podía permitir que ella me lo arrebatara. Por eso, cuando creciste, te puse a trabajar en la empresa, cambié todo de nombre y lo puse al tuyo. Los concesionarios de Miami fueron un gran salvoconducto, porque mi intención siempre fue dejarla. Solo estaba esperando el momento adecuado.

Ahora entiendo todo. Vicenta es una bruja malvada peor que las de los cuentos.

—¿De verdad todos estos años habéis estado en contacto?

—Sí. Siento haberme presentado en tu casa así, pero tu padre y yo lo hablamos. Yo quería estar a tu lado. Es lo que hace una madre, ayudar a su hija. Y no me importó fingir ser quien no soy. Solo quería observarte, conocerte, porque, a pesar de tu rechazo, necesitaba estar aquí contigo. No quería que fueras como Vicenta. Me daba miedo que ella te hubiera corrompido.

—Ella nunca hizo nada. No me quiso, no me apoyó, no me ayudó… y el venir a Miami le alegró, porque en cierto modo se libró de mí. Entiendo que, por las apariencias, fingiera un embarazo, aunque me parece algo horrible. Pero el amor no se puede fingir. O amas o no amas a una persona, y a mí nunca me quiso. Pero esto no se quedará así. Pienso enfrentarme a ella. Porque no solo no me dio amor, sino que me arrebató a la persona que más me ha querido jamás.

Aprieto tanto los puños con tanta fuerza que incluso me duelen.

—Chloe, hija, déjalo estar. Ahora ella se quedará sola. Nosotros empezaremos una vida juntos, aquí en Miami. Recuperaremos el

tiempo perdido —añade mi padre, tomándome las manos.

—No puedo hacer eso, porque se sentirá ganadora, eso le da igual. Todos deben saber lo mentirosa que es, no puedo dejarlo estar. ¿Has dicho que todos los negocios están a mi nombre?

Mi mente acaba de urdir un plan maquiavélico, y creo que me encantará despellejar a esa mujer.

—Sí, pero… ¿qué vas a hacer? —Me mira mi padre con miedo.

—Arrebatarle tanto como ella me arrebató a mí.

Si yo tuve que suplicar amor de niña, quiero que ella lo haga también, aunque sea por un trabajo.

Siempre se las ha dado de gran empresaria, cuando en realidad no tenía ni idea de llevar un negocio. Y creo que es hora de poner a cada uno en su lugar.

Tras hablar largo y tendido y aclarar toda nuestra situación, mi padre me explica que quiere solicitar el divorcio y establecerse en Miami. Estar en Zaragoza no le interesa. Por eso, le cederemos a los padres de Will el local de allí, junto con los que tenemos en Madrid y en Barcelona.

Hablo con los abogados. Redactamos un acuerdo en el que mi padre le cede a Vicenta las dos viviendas que tienen en común. Él se quedará con la mitad del dinero de la cuenta conjunta, más todo el que hay en la cuenta de la empresa.

Y, además, pido su carta de despido.

Tras hablar con ellos, me voy corriendo a ver a mi bebé. Mientras hablaba con mis padres, Will me ha dado mi espacio, pero ya no puedo estar más tiempo separada de él.

Le pido a mi padre dos días para estar con mi hijo antes de viajar a España y dejarlo todo arreglado.

Por primera vez en mi vida, me siento amada y con las fuerzas de un huracán.

Y pienso proteger a mi familia por encima de cualquier cosa.

CAPÍTULO 28

Todo llega a su fin



He calculado el tiempo a la perfección para estar en Zaragoza a las diez de la mañana. Sé que Vicenta estará en la oficina, mandando a la gente, que para ella son como sus súbditos. Todos la desprecian, porque es de esas jefas odiosas que creen que saben más que nadie, pero que, en realidad, no sabe ni hacer un puto presupuesto para un cliente. Solo gruñe y manda. Pero el chollo se le ha acabado.

Mientras estoy en el *jet*, reviso todos los documentos que traigo junto con Fran, mi abogado de confianza, y Will, que no ha querido dejarme sola.

Estoy deseando ver su cara cuando la eche por la puerta grande de la entrada. Te juro que eso no hay dinero que lo pague. Voy a sentir tanta satisfacción al echarla de mi empresa y de mi vida que no voy a caber en mí de gozo.

Tras el remolino de emociones con tanta confesión de mi padre y el saber que mi madre siempre me ha querido, algo en mi interior ha cambiado. Y no es el viaje ni el hecho de casi perder la vida. Es el sentirme plena. Saber que tengo un marido que me ama con locura y que iría por mí al fin del mundo, un hijo que, al volver a verme sonrió y me hizo entender que nadie nunca me va a querer como él lo hace —lo haga mejor o peor como madre—, unos padres, y digo padres, porque por fin están juntos y ambos me adoran, y un

negocio que me encanta, que es solo mío y que no voy a dejar que nadie corrompa nunca más.

El *jet* aterriza y miro la hora en mi reloj: son las nueve de la mañana. Nos da tiempo a tomar un café rápido antes de ir a las oficinas donde se encuentra Vicenta, así que decidimos hacer un parón, recargar energías y retomar el trayecto más difícil y satisfactorio de mi vida.

Cuando llego al concesionario, todos se ponen muy contentos de verme. Raúl, el comercial más veterano, me comenta que Vicenta todavía no ha llegado. Se interesa por mi salud, ya que sabe que mi padre tuvo que marcharse de forma precipitada por mi accidente, y le pongo al día de la situación.

—Qué alegría verte tan bien, Chloe. La verdad es que nos has dado un gran susto. Me alegro de que estés de una pieza. ¿Qué os trae por aquí? —dice, observando a William y a nuestro abogado.

—Raúl, confío en tu discreción, por eso te lo contaré, pero no puedes decir nada hasta que yo lo notifique. —Asiente con la cabeza —. Él es Fran, el abogado de mi padre. Viene a presentarle a… mi madre —dudo por un momento, pero aquí prefiero no destapar el pastel todavía— los papeles de divorcio. Sabes que hace años que no se soportan, y era cuestión de tiempo que esto ocurriera. Tras eso, yo asumo el cargo de todo.

Me mira sorprendido y se acaricia la nuca sin comprender. Imagino que está pensando cómo lo voy a llevar yo si ni siquiera vivo aquí, y veo la preocupación en sus ojos.

—Tranquilo, os voy a dejar en excelentes manos. Pero Vicenta tiene que marcharse.

Se asombra aún más ante la manera de dirigirme a esa señora que se supone que es mi madre, pero es que ya no puedo llamarla así.

—No voy a negar que no tener a tu madre por aquí no va a ser un alivio para todos, pero entiende que nos preocupemos. Espero que hayáis pensado en todas las personas que formamos parte de este lugar.

Raúl siempre ha sido un tío genial y no puedo ocultarle las cosas, así que decido contárselo.

—Raúl, no vais a perder vuestros trabajos. Sé que te inquieta que yo viva en Miami, pero sabes que la empresa de mi padre tiene como socio al padre de William. Ya hemos hablado con él y vamos a cederle todos los locales de España. Hay una larga historia detrás que ahora no te puedo contar, pero, de verdad, estate tranquilo. Todo va a continuar igual, te lo prometo.

Él se queda más relajado y sale de la oficina, dejándome a mí mientras recojo las cuatro pertenencias de Vicenta. Quiero que, cuando llegue, firme los documentos y se vaya de aquí sin poner problemas, porque me conozco y sé que mi mal genio y todo el odio acumulado de mi infancia saldrán a la luz.

En el momento justo en el que estoy acabando de vaciar el último cajón de la mesa que ella suele ocupar y Will está hablando con Fran, aparece Vicenta por la puerta, sorprendiéndose al vernos.

—Chloe, hija, qué alegría que estés bien. No sabes lo nerviosa que estaba tras nuestra última conversación.

Ella siempre está intentando hacerse la madre perfecta ante los demás, porque las apariencias lo son todo para ella, pero a mí eso no me importa lo más mínimo.

—Pues si tan preocupada estabas, ¿por qué no has venido a Miami con mi padre? No te importará tanto mi estado.

Va a contestar, pero no se lo permito.

—No quiero escucharte. Hoy me vas a escuchar tú a mí, que para eso estoy aquí. Vas a coger tus cosas —que ya están recogidas—, vas a firmar los papeles que trae Fran y te vas a ir por esa puerta sin decir ni mu. Porque, si no lo haces, todo el mundo se enterará de lo arpía que eres, de que nunca me has querido, de que eres una falsa y una mentirosa, y de que eres capaz de cualquier cosa por mantener tu nombre limpio de rumores, críticas o cotilleos.

Sus ojos se abren como platos y no se atreve a articular palabra. Sabe que mi padre me lo ha contado todo y veo cómo aprieta los puños sin decir nada para no armar un escándalo y que todo el mundo se entere de sus artimañas.

—En él verás que mi padre ha sido muy generoso contigo, pero la empresa siempre ha sido de mis abuelos y, como tal, renunciarás a ella. A partir de ahora, quiero que no vuelvas a cruzarte en mi

camino ni en mi vida. Porque, de lo contrario, todo lo que has hecho saldrá a la luz, y no habrá lugar en el mundo donde esconderte para que nadie opine acerca de lo que has hecho.

La furia que reflejan mis ojos hace que ella dé un paso para atrás. Sé que siente rabia, pero ahora puedo ver algo de arrepentimiento. Aunque, sinceramente, no despierta sentimiento alguno en mí. Tanto daño en el corazón no se puede reparar.

—Sé que me he portado muy mal, pero tu padre lo era todo para mí. No quería que me dejara por otra, por eso te acepté… ¿qué querías que hiciera? —dice con los ojos anegados en lágrimas.

Más que por perder a mi padre, llora por perder el poder que le representa ser dueña de esta empresa.

—No me aceptaste. Nunca lo hiciste. Porque, de haberlo hecho, me habrías dado el amor que una madre da a un hijo, aunque no sea suyo. Mira a Anaïs: quiere con locura a Zoe, así que no me vengas con tonterías. Tú nunca has querido a mi padre, solo has querido su bolsillo y su empresa. Creíste que, ayudándole en un mal momento, lo atarías a ti, y lo amenazaste, hiciste que me apartara de mi madre por dinero… pero él fue más listo que tú, porque el amor es más fuerte que cualquier cosa. Y a ti te dejó de querer hace muchísimo tiempo.

»Por eso, con los años, supo reparar su error. Trabajó duro para que todo le volviera a ir bien y fue lo bastante inteligente como para poner todo a mi nombre. Todo, excepto este concesionario, del cual solo poseo una parte, pero eso es suficiente para obligarte a cederme el resto… como hiciste tú años atrás.

Su cara ha cambiado. Sabe que sus lágrimas de cocodrilo no funcionan conmigo, así que, rabiosa, firma los documentos sin más opción. También sabe que, si no lo hace, soy capaz de cualquier cosa. Eso es algo que he aprendido de ella.

Coge sus cosas y su bolso y, resignada, se dirige a la puerta de salida. Pero antes de abandonar el despacho se gira y de nuevo en su cara puedo ver una expresión apenada. ¿De verdad estuvo enamorada de mi padre?

—Espero que el amor nunca te abandone… Pero yo me andaría con cuidado, porque si te fías mucho de un hombre, te puede

romper el corazón.

¿Está insinuando que Will me va a engañar? Lo veo a punto de contestarle, furioso, pero lo detengo.

—No creo que me lo rompa más de lo que lo has hecho tú en toda mi vida. Pero tranquila, que, si lo hace, sabré recomponer los pedazos. Porque, por suerte, me rodean muchas personas que me quieren. Como mi hijo. Tú quizá no lo sepas, pero el amor de un hijo es incomparable al de nadie más.

Tras decir esto, abandona mi despacho. Y, acto seguido, noto cómo respiro mucho mejor.

CAPÍTULO 29

Cesión y vuelta a casa



Tal y como habíamos quedado con el padre de Will, llega a la oficina para firmar la cesión. Tras una larga conversación en el despacho, firmar todos los documentos con el abogado y asegurarnos de que todo continuará igual, nos explica que Carla, la hermana de Will, será quien se haga cargo de todo. Es una chica encantadora y me alegro muchísimo, porque sé que, bajo su mando, todos estarán muy bien.

Salimos y hablamos con todos los empleados. La gran mayoría se alegra, aunque les apena que mi padre y yo dejemos de estar al frente de la empresa. Sin embargo, entienden que nuestra vida está en otro lugar y lo respetan.

Tras comer con la familia de Will, que se interesa mucho por mi estado de salud, decidimos volver a Miami. No quiero pasar más tiempo lejos de Matt y siento que me he perdido demasiado.

Han sido solo unos días, pero me ha parecido una eternidad. Es cierto que lo he pasado bien, he conocido gente muy interesante con la que espero seguir manteniendo el contacto, pero mi lugar es junto a mi familia. Y ahora que está completa, no quiero perder más el tiempo.

El vuelo es largo y se me hace pesado. Miro a Will, tan guapo, y pienso en lo mucho que me quiere y en la suerte que tengo de tenerle a mi lado. Me miro la muñeca, donde descansa esa pulsera

con la estrella de mar que simboliza nuestro amor, porque, en cierta manera, así lo siento.

¿Sabías que las estrellas de mar son capaces de perder extremidades y regenerarlas? Pues así es nuestra relación: se regenera con cada obstáculo que nos presenta la vida. Por eso me gustan tanto.

Miro mi reloj y una idea loca me asalta. Me levanto, agarro la mano de Will y lo arrastro al baño del *jet* entre risas.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —Me mira sorprendido mientras sonríe, anticipándose a mis necesidades.

—Sí, por ti.

Acto seguido, cierro la puerta tras de mí y me lanzo a su boca como una depredadora. Comienzo a besarlo de forma acelerada, tanto como los latidos de mi corazón.

Will responde a mis besos mientras me agarra del culo, obligándome a enredar mis piernas en sus caderas. El lugar no es muy amplio, pero seguro que nos apañamos. Mi falda de tubo ha quedado enrollada en mi cintura no sé cómo ha sucedido.

He de reconocerlo: Will es ágil. Siempre sabe qué hacer en cada momento. No importa el lugar donde vayamos a hacerlo, se las ingenia para ser lo más eficiente posible. Y eso me enamora más todavía, aparte de ponerme muchísimo.

Me sube a una pequeña pica y, aunque siento el grifo clavándose en mi espalda, me importa tres pimientos. Lo único que quiero es que me folle, que lo haga como un loco, sin importar quién nos escuche, porque lo necesito.

Empiezo a desabrocharle el pantalón y él hace lo mismo con mi blusa. Amasa mis pechos con dulzura, los besa, introduce mis pezones en su boca y los chupa. Ahora es libre de hacerlo. Hace días que no hay nada en su interior. Aunque eso me hace sentir un poco vacía, en este momento me alegro de poder volver a sentir a Will en mi pecho, dándome placer. Todo él es una delicia. Juro que lo envolvería en nata y chuparía cada rincón de su cuerpo.

Le pido que me penetre y no se lo piensa dos veces. Pone una de mis piernas sobre su hombro derecho para tener un mejor acceso y se adentra en mí con rapidez. Comienza a bombear en mi interior y

yo no puedo dejar de besarlo. Cada vez estamos más cachondos y el placer que sentimos es indescriptible. Los gemidos, los susurros… todo es inaudito.

Pero necesito dominarlo.

Le pido que se siente en el inodoro y me coloco sobre él, haciendo movimientos concisos para darle a él mucho más placer. Elevo mis caderas mientras él sujeta mi cintura y vuelvo a bajarlas sin piedad alguna. Sus ojos se vuelven blancos, arrastrados por la vorágine de sensaciones que lo consumen.

—Si sigues así, me voy a correr. No pares. —Escucho su voz en mi oído, en apenas un susurro, porque no puedo parar de gemir.

Siento abrasar todo mi cuerpo, asolado por un orgasmo que está a punto de estallar. Will eleva sus caderas para alcanzarlo junto a mí.

Al llegar al clímax ambos, nos abrazamos. Nos miramos a los ojos y empezamos a reír sin parar. Tanto, que hasta me duele la barriga. Pero es curioso… también puedo notar las mariposas que siempre revolotean en mi interior cuando estoy con él.

—Estamos locos, pero me encanta —dice, besando mi frente con cariño.

—Júrame que nunca vamos a cambiar. Que no importa cuántos hijos tengamos ni lo ocupados que estemos, siempre encontraremos un rincón para dejarnos llevar por nuestra locura.

Me observa atentamente a los ojos, con esa sonrisa pícara que solo él sabe que me encanta.

—Lo juro. Siempre.

Tras ese pacto, nos besamos de nuevo, nos reponemos y nos colocamos la ropa. No nos importa quién nos mire, porque estamos enamorados, y eso nada nunca lo cambiará.

Aterrizamos en Miami de madrugada y decidimos no molestar en casa, así que nos vamos a un hotel. Allí, incapaces de conciliar el

sueño, volvemos a hacer el amor, a recuperar el tiempo perdido, a enamorarnos más si cabe el uno del otro, a admirar nuestras figuras esbeltas. Tras una intensa sesión de sexo desenfrenado, nos quedamos dormidos, desnudos y abrazados. Nos lo tomamos como nuestra última noche de calma y paz, porque a partir de mañana volverán las ojeras. Pero no me importa. Por fin he comprendido que la maternidad, aunque difícil, es lo mejor que hay en la vida.



Me reúno con las chicas tras una semana de mi vuelta. Aunque he hablado mucho con ellas por teléfono, quiero despedirme antes de que regresen a España, así que voy a la cafetería de siempre con Matt.

Cuando entro por la puerta, ya me están esperando.

—¡Pero qué grande está este niño, por Dios! Chloe, es precioso. Se nota que tiene buenos genes.

—Sí, la verdad es que es muy guapo, y qué tranquilito se le ve. Además, no extraña nada. Míralo, si se ríe y todo. —A Candelaria se le cae la baba con mi chiquitín.

—Eso es porque se está riendo de ti, ¿no lo ves? —la pica Gertrudis.

—Haya paz, chicas, no empecemos. ¿Qué tal el final del crucero? —pregunto para que no comiencen a discutir como siempre.

—Pues para unas mejor que para otras… Bueno, para Gertrudis, quiero decir, porque se volvió a ir con el capitán. Tras mantener una larga conversación llena de sentimientos, parece que, aunque ya no esté en el crucero, van a seguir en contacto.

Vaya… La miro y me parece increíble que haya encontrado en ese viaje algo más que pura diversión, y la verdad es que me alegro por ella.

—Lo cierto es que me ha sorprendido —prosigue—. Yo no pensaba que en un barco hubiera tantas cosas… ni que te lo

pudieras pasar tan bien. Pero he de reconocer que ir con estas locas amigas que tengo, en ocasiones, me saca alguna sonrisa, y ya solo por eso vale la pena.

—Vaya… Gracias por la parte que nos toca. Sabes que te queremos, aunque a veces seas insufrible —comenta Aurelia.

—Bueno, es mi forma de ser. Lo que no me gusta, no me lo puedo guardar.

—Haces bien. Si no, las cosas se enquistan y luego es peor. Como decía mi madre, que Dios la tenga en su gloria: «mejor fuera que dentro». —Gertrudis a veces no deja de sorprenderme.

—Eso lo decía mi marido con los eructos y las ventosidades.

Y ya no puedo aguantar más la risa. Estas mujeres me matan, no tienen filtro jamás.

Tras un rato de charleta, en el que Matt se ha dormido y parece un niño bueno —y no uno de esos que lloran todo el rato—, me cuentan que a los chicos les apenó mucho no haberse podido despedir de mí, pero que han prometido hacer un alto en sus viajes y venir a visitarnos en unas dos semanas.

Hablé con ellos por teléfono tras el accidente y, de nuevo, al volver a casa y solucionar mis problemas con mis padres. Así, al menos, saben que estoy bien. Hemos creado una bonita amistad y, siempre que podemos, hablamos como sea. Las chicas son maravillosas, y tener más amigas con hijos es una gran suerte. Me hace ver que no todos los problemas lo son y que las cosas que a mí me preocupan son normales en este mundo de la maternidad.

Trinidad se fija en mi pulsera y se interesa por ella. No me pega demasiado, siempre he sido de joyas más valiosas, pero esta tiene demasiado significado para mí. He vuelto a nacer, y como una estrella de mar, estoy regenerándome.

—Me la regaló Will en México, ¿te gusta? —le pregunto sonriente.

—Mucho. Creo que es perfecta para ti.

Tras esas palabras, que esconden demasiados sentimientos, me tengo que despedir de las chicas. Es tarde y tengo cosas que hacer. Además, he quedado para cenar en casa con Alberto y Anaïs, que,

tras contarles lo de mi madre, alucinaron bastante y, desde entonces, no nos hemos visto.

Las abrazo a todas, y me dicen que están muy contentas de haberme conocido y que ya soy una más del grupo.

Acto seguido, al salir de la cafetería, tengo una solicitud en mi móvil a un grupo de WhatsApp: «Las chicas de horo». Sí, sí, con *h…* y no puedo hacer otra cosa que reír sin parar.

CAPÍTULO 30

Dulce despedida

LAS CHICAS



GERTRUDIS

Cuando Chloe se marcha de la cafetería, una sensación de vacío se instala en todas nosotras. Y es que conocer a esa muchacha nos ha cambiado la vida.

Ella es toda luz. Por dentro y por fuera es preciosa. Aunque es algo miedosa, también tiene una fuerza interior que pocas personas poseen, y eso, a mí, personalmente, me ha cautivado.

Mi vida está llena de monotonía. Desde que me fui haciendo vieja y tuve que irme a vivir a casa de mi hijo, las cosas han cambiado. A veces siento que están esperando a que mi llama se apague, pero conocer a esta chica me ha hecho darme cuenta de que todavía puedo hacer mucho más en este mundo. Ayudarla, aunque sea con un consejo me ha hecho sentirme útil y feliz.

Pienso en todo lo vivido en estas últimas semanas: la llamada de Trinidad, su propuesta para viajar juntas, subirnos a un barco tan lujoso, conocer a su capitán y ¿por qué no?, enamorarme de él. Aunque a mi edad el amor es ínfimo, sentirse querida por alguien es agradable tengas la edad que tengas. Lo único que cambia es la velocidad a la que todo debe ir. Porque cuando tienes toda una vida

por delante, puedes dilatarlo más en el tiempo, pero con mi edad… necesitas ir a toda mecha.

Y tras todos esos pensamientos, solo te voy a decir una cosa: repetiría ese crucero una y mil veces, y no cambiaría absolutamente nada, ni siquiera las quejas de Candelaria, porque lo he pasado genial. Viajar con las chicas no tiene precio.

Ellas me han convencido para seguir en contacto con Miguel, que es como se llama el capitán, y él ha decidido que ya era hora de jubilarse. No lo había hecho antes porque no tenía nada ni a nadie. Nunca tuvo hijos y le encantaba viajar, pero ahora siente que la vida es demasiado corta. Y me alegra saber que el final del camino lo quiere disfrutar conmigo.

Hay personas que valen millones y otras que son oro puro. Y mis amigas son ambas cosas, porque sin ellas, ahora yo no sería tan feliz.

AURELIA

Las despedidas no me gustan. Las odio. Y, a esta edad, todavía más, porque nunca sabes qué te va a pasar mañana. Tener a Trinidad viviendo tan lejos es desquiciante.

Siempre hemos sido muy buenas amigas, compañeras de guerra. Nos lo hemos contado todo de nuestras vidas, de nuestros hijos, de nuestros maridos. Nos conocemos desde bien jovencitas, cuando éramos unas mozas, por lo que puedes comprobar que nuestra amistad se remonta muchos años atrás. Siempre hemos estado muy unidas y, aunque nos veamos cada año, las despedidas siempre duelen. No solo porque tengamos un vínculo de amistad enorme, sino porque me preocupa si volveremos a vernos.

Pero este año, a diferencia de los demás, algo ha cambiado. Ella ya no es la misma. Tiene unas nuevas ilusiones, y yo… también lo he hecho, porque viajar con esa niña tan bonita me ha hecho comprender que la vida está para retarla, para afrontar las

dificultades que nos presenta y superarlas. Para dejar la negatividad de lado y ser lo más positiva posible.

Para superar retos y cumplir sueños no importa la edad que tengas, porque, como siempre decimos, la edad está en la mente. Así que te voy a dar un consejo: disfruta de cada momento, cada sabor, cada olor, cada beso, cada caricia, cada minucia que pueda hacerte feliz. Disfruta de las buenas noticias y no te dejes amargar por las malas, porque la vida sigue, y solo tienes que caminar hacia delante sin mirar atrás. Hazlo solo para ver la huella que has dejado en el mundo. Porque seguro que está ahí, para que otros puedan verla y sepan por dónde has caminado. Para que comprendan que continuaste y venciste cualquier problema o cualquier miedo, mirando siempre al frente y dejándolo atrás. Solo así vivirás una vida plena y feliz, como la que tengo yo. Porque, aunque añoro muchas cosas, la vida no deja de enseñarme que siempre hay cosas buenas por las que vivir.

CANDELARIA

La idea de ir de crucero no me entusiasmaba, pero tener que volver a casa lo hace aún menos. En el tiempo que hemos estado juntas, aunque ha habido cosas que no me han gustado, también ha habido otras que me han encantado. Y es que, por mucho que me queje, estar con mis amigas siempre me hace feliz.

Cada una es muy distinta, y ver a Trinidad en plan protectora ha sido lo que más me ha gustado de este viaje. Adoptar a Chloe bajo su ala para enseñarle a esa niña que nunca va a estar sola es simplemente ideal.

En parte, es lo que las chicas hacen conmigo

Mi vida no ha sido nada sencilla. Siempre he sido una mujer solitaria. Llegué al pueblo con una maleta llena de sueños que nunca pude cumplir. No pude ser madre, perdí a mi marido muy joven, y supongo que todo eso oscureció mi vida tanto que me ha hecho ser quien soy. Pero cuando ellas me llaman, no puedo negarles nada.

Porque ellas siempre están para mí. Supongo que eso es la amistad, y formar parte de este grupo es lo mejor que me ha podido pasar.

Las despedidas, a veces, son amargas, pero hoy no lo siento así. Por primera vez en mi vida, estoy deseando que llegue un nuevo viaje, un nuevo destino, unas nuevas vacaciones para compartir con estas locas que me desquician, me aguantan y a las que, en el fondo, quiero. Aunque me queje de ellas constantemente.

Pero… ¿qué sería de nuestra amistad sin todo lo que la envuelve? Sin sus risas y sus llantos, sin las quejas y las reprimendas…

Porque sin sinceridad, no puede existir una verdadera amistad.



Nuestro vuelo sale en dos horas. Ya estamos en el aeropuerto, acompañadas de Trinidad y su nieto Alberto, que se ha ofrecido a traernos.

Tras recordar los momentos que hemos vivido tan intensos en el barco, nos abrazamos antes de cruzar el arco de seguridad que nos va a separar de nuevo hasta el próximo año.

—No ha estado tan mal, ¿verdad? —Todas reímos, porque, en realidad, lo cierto es que no lo ha estado.

—No. Pero el año que viene tenemos que buscar otros destinos. Seguro que lo vamos a pasar genial.

—Eso por descontado. Ahora os voy a decir una cosa y tenéis que cumplirla.

Todas miramos a Trinidad atentamente. Se ha puesto seria, así que debe de ser una petición importante.

—Queda terminantemente prohibido morirse —dice, muy seria—. Así que, si enfermáis y viene el de la guadaña a buscaros, le decís que espere hasta después de las vacaciones, que yo quiero irme de viaje otra vez.

Tras unas risas ante su comentario, nos despedimos. Ahora sí. Vamos a coger un avión de vuelta a casa.

—No olvidéis escribir en el grupo cuando lleguéis. —nos grita desde el otro lado del arco.

Por supuesto que no.

Epílogo



Hace seis meses desde que me embarqué en un viaje que me cambiaría la vida por completo. Lo hice para huir; en ese momento creía que no valía para nada, ni como mujer, ni como pareja, ni como madre, y mucho menos como hija. Mi vida era un caos, pero en este tiempo he comprendido muchas cosas, como, por ejemplo, que el tiempo pone a cada uno en su lugar.

Conocí a unas mujeres maravillosas, locas, pero las mejores que he conocido jamás. También a un grupo de jóvenes que se han convertido en familia, con los que hablo a menudo, y cada vez que pueden vienen a Miami con sus hijos para que disfrutemos todos juntos de mi casa y, por supuesto, de mi piscina.

Tendrías que haber visto sus caras la primera vez que vinieron; son unos pequeños demonios, pero me encanta compartir mi tiempo con ellos, porque, a pesar de llevar una vida tan ajetreada, ver como juegan tranquilos, sin preocupaciones, me hace verlo todo de otro modo.

John ha cambiado muchísimo. Conoció en una de sus visitas a mi amiga Elisabeth, y cayó en el embrujo del amor. Ella también lo hizo, pero eso era obvio, porque John es muy guapo y ella es la mejor chica que podría haber conocido. Ambos van a ser muy felices juntos, y seguro que algún día formarán esa familia con la que tanto sueñan.

Mis amigas, Anaïs y Lucía, siguen con sus vidas, luchando ante los contratiempos. Lucía ha recibido una muy buena oferta de trabajo en un hospital de Miami para ocupar un puesto en urgencias. Será estresante, pero es lo que a ella le gusta y seguro que le va a ir genial. Vive muy feliz junto a su marido Adrián, y ahora que se ha estabilizado, está pensando en ampliar la familia y darle a Adrián un hijo que sea de los dos, aunque Daniel siempre será suyo. Anaïs sigue con nosotros, con nuestro ritmo frenético de trabajo, con nuestras ferias de automovilismo y con sus niños, a los que ama con locura.

Ella y Adrián son mi mejor ejemplo a seguir, porque han sido capaces de amar sin condición a unos hijos que no son suyos, y me han hecho darme cuenta de muchas cosas. Y no es necesario que te diga que odian a Vicenta tanto o más que yo.

Mi madre y yo hemos recuperado el tiempo perdido, o al menos parte de él, y ahora confío en ella al cien por cien. Atrás quedaron las dudas de la Susana que me vigilaba constantemente o que cuestionaba mis decisiones como madre. Ahora me ayuda en todo y resuelve mis dudas, o más bien, lo hacemos juntas, y también le cantamos a Matt esa nana que siempre llevaré en mi corazón.

Mis padres viven tan enamorados como yo y Will, y ahora, por fin, puedo decir que son los mejores del mundo, tanto que aceptan quedarse con Matt de vez en cuando para que Will y yo tengamos intimidad.

Aunque, por ahora, la vamos a aprovechar poco tiempo, porque, aunque hacer locuras en un *jet* privado es emocionante y placentero, también nos pasó factura, y te lo digo porque en tres meses llegará al mundo Sienna, a la que vamos a querer con toda el alma.

Ah, y mis cuatro amigas, que no me olvido de ellas, «Las chicas de horo», accedieron a quitarle la dichosa *h* a esa palabra que hacía que me sangrasen los ojos, y ya están planeando un nuevo destino. Qué peligro tienen. Aunque esta vez se irán en avión y ya le han dicho a Candelaria que tiene prohibido quejarse de nada… Espero que no les toque volar con mis amigos, porque juro que le revolucionan entero el vuelo, si no asustan a los pasajeros diciendo

que el avión va a explotar… porque Candelaria es capaz de cualquier cosa.

En fin, que parece que, tras todo lo pasado, la vida me sonríe. Yo, que tenía tanto miedo a la maternidad… porque es cierto que nunca se está lo suficientemente preparado, ni sabes si vas a saberlo hacer bien, la vida te cambia muchísimo y tú lo haces con ella. Pero creo que evolucionamos, dejamos de ser esas chicas que solo piensan en divertirse, en comprarse cosas, en lo que realmente les gusta, para dárselo todo a esos pequeños a los que tanto amamos. Y ese amor es incondicional, irracional y también ilimitado. Es un amor al primer latido, ni siquiera a primera vista. Y tenemos que aprender que no podemos controlarlo todo, que sabremos qué hacer sobre la marcha, que los manuales de instrucciones no existen y las madres perfectas tampoco, pero si lo somos para nuestros pequeños, algo bien estamos haciendo, y eso es lo más importante.

La maternidad en sí es muy contradictoria; cuando tienes un bebé, en muchas ocasiones te sientes feliz, pero también abrumada. Tus emociones están como en una batidora y te vuelves un poco como John: a veces reirás, otras llorarás, estarás cansada o te levantarás llena de energía… Pero, rodeada de gente que te quiera y te apoye, todo se lleva mucho mejor, y seguro que cuando crezcan, te abracen y te demuestren lo mucho que te quieren, solo en ese momento sabrás que lo has hecho bien, que has sido una gran madre y que, sin duda, repetirías la experiencia, porque, aunque crear vida es muy placentero, tenerla dentro es una pasada, y que te llamen mamá lo mejor que podrás escuchar nunca.

Te aseguro que, después de todo lo que yo he pasado, cuando miro a Matt y experimento todo eso, me siento dichosa. Tengo mucha suerte de disfrutar a mi lado de las chicas de oro, con o sin *h*. Ellas me han enseñado a ser la que soy ahora y a entender que ninguna madre es perfecta; solo tiene que amar sin límites.

Fin



Fecha de inicio _____

Fecha de fin _____

Frase favorita

Nivel de salisfacción

Agradecimientos

Ya estamos aquí de nuevo tras quince historias, cada una muy distinta. Después de escribir *Los cuentos de hadas ya no existen* y *Treinta y un días en el maldito paraíso*, muchos me habéis pedido una historia para Trinidad, y por fin he cumplido mi propósito.

Quería escribir una novela divertida, pero que también os enganchara, y cuando nació Evan, lo vi claro: la maternidad… Tan compleja y, a la vez, tan bonita. Pero tras ella hay una realidad que viven muchas madres y que, en ocasiones, te hace sentir mal.

Por eso esta novela es tan especial para mí, porque he querido plasmar en ella, a través de personajes carismáticos, la realidad de cualquier persona que se inicia en el mundo de la familia, ya sea como madre o padre: lo que sienten, lo que viven.

Y ahora, pasemos a lo más importante en esta página: los **agradecimientos**.

Primero, como siempre, quiero agradecer a mi compañero de vida, **Santi**, por seguir ahí, apoyándome en cada sueño, en cada decisión y en cada paso que doy en este mundo. Para mí, eso es fundamental.

A mis hijos, por hacerme ver que todo lo que cuento en este libro es real, porque pueden desquiciarte en ocasiones, pero su amor infinito cura cualquier mal y no hay mejor lugar en el que una quiera estar.

A mis amigas, **Eva, María y Eve**, ¿qué os puedo decir? Ha sido una maravilla encontraros en el camino de la vida, y espero que sigamos mil años más construyendo sueños juntas.

A mi equipo **Roma**, **Sandra y Miguel**, porque sin vosotros este libro no sería el mismo.

A mis seguidores, gracias por dejarme disfrutar de este sueño y seguir soñando conmigo día a día. En especial, quiero mencionar a compañeros de letras como **Jep Graupera, Nolan Tempest, Nerea Martín, Eva Esther Pérez, Juani Hernández, Yaiza Méndez y Sienna McKey**,y lectoras como **Melanireads, Laslecturasultanitabella, Tania Martinez, Ana_lavidaenlibros, Entreloslibrosdedrea, Mardelibros, Milais41, Pinpunete, Lalokadeloslibros, BookWorld, Booksydemas, Johannamartinez8895, Lauraleeyescribe, Macaoremor, Tetebooks, Lionela23, Lectorahastaaltashoras, Leyendounidas, Libroypalomitas, Librossoñados, Mariam.La_magia_de_las_letras, A.a_neus, Noemílibros, Pearlbooklover, Sofaymantaconjane, Tatiana, diassinmas9, brendy23fire, Miss_lecturas_, Silviacgf10, Libros_y_tortugas, Trisolda, Marivicas5, Enero.gs, Carlamimi20, Tfc_lecturas, Patryhm, Verona_casen_** y muchas cuentas más que me dejo y que confían en mí , gracias por ayudarme a crecer como persona y como autora, sin vosotros esto no sería posible.

De verdad, gracias a todos por seguir apoyándome, por leerme, por dejar esas estrellas que son tan importantes, por escribir reseñas alucinantes, por hacerme sonreír y por seguirme. Espero que viváis mis historias con la misma intensidad con la que las escribo y que sigamos compartiendo sueños durante muchísimo tiempo.

Acerca de Dana Darius



Nací en Badalona, una hermosa ciudad de Barcelona, el 15 de septiembre de 1984. Aunque, curiosamente, mi DNI dice que fue el 16. Desde siempre, he sentido una profunda pasión por la lectura y la escritura, aunque mi vida profesional estuvo inicialmente dedicada a los números. Soy una persona cariñosa, romántica, soñadora y muy amiga de mis amigos. Pero, sin duda, lo más importante en mi vida es mi familia: mis dos maravillosos hijos, que me tienen completamente enamorada, y mi esposo, mi compañero de vida, quien ha sido mi mayor apoyo en cada paso que he decidido dar.

Mi aventura como escritora comenzó en 2018, y desde entonces no he podido parar. Me apasiona crear historias que hagan vibrar a los lectores, que les permitan evadirse de su rutina y sumergirse en mundos llenos de emociones, amor y finales felices. Para mí, la conexión con quienes leen mis novelas es esencial; por eso, siempre estoy disponible en mis redes sociales para interactuar y compartir con ellos.

Soy cabezona e impulsiva, y eso, aunque a veces es un reto, me ha llevado a no rendirme nunca. Cuando algo se me mete en la cabeza, no paro hasta conseguirlo. Esta determinación me ha permitido crecer, aprender y volar alto en mi camino como autora. Creo firmemente que el aprendizaje es un viaje sin fin, y cada paso que doy lo hago con el objetivo de mejorar y ofrecer lo mejor de mí.

Escribir es mi pasión, mi refugio y mi forma de expresar todo lo que llevo dentro. Si eres de los que disfrutan de historias llenas de romance y finales que hacen suspirar, te invito a descubrir mis novelas. Estoy segura de que encontrarás personajes y tramas que te enamorarán. ¡Atrévete a soñar conmigo!

¡Te espero con los brazos abiertos para compartir juntos esta aventura literaria!

Otras publicaciones de Dana Darius

- Perderte para volver a encontrarte (Julio 2019) aunque
- ahora nos sorprende con una segunda edición (Septiembre
- 2021)
- El amor no es para mí (Mayo 2020) Terra Ignota
- Ediciones.
- Dos cuerpos y una sola alma (Julio 2020)
- Una absurda Historia más (Primer libro de la Serie
- Historias) (Diciembre 2020)
- Tantas historias y ninguna contigo (Segundo libro de la
- Serie Historias) (Febrero 2021)
- Los cuentos de hadas ya no existen (Julio 2021)
- Encontrarte sin buscarte (Noviembre 2021)
- Treinta y un días en el maldito paraíso (Junio 2022)
- Wish Club (serie completa) Relatos eróticos que incluyen
- el relato inédito Fiestas desenfrenadas (Febrero 2023)
- El secreto de Coraline Sparks (Junio 2023) Candidata al Premio Literario Amazon Storyteller 2023.
- Estrella Estrella contra Galaxia (Los Superminihéroes vol 1)(Noviembre 2023) Novela corta infantil/juvenil.
- Fuego contra Hielo (Los Superminihéroes vol 2.)
- (Febrero 2024) Novela Corta infantil/juvenil.

- Deshazte de mí si puedes (Mayo 2024) Candidata al Premio Literario Amazon Storyteller 2024
- Las chicas de ~~h~~oro (Marzo 2025)

También puedes disfrutar de algunos de sus trabajos en audiolibro en la plataforma Escuxa_app. Los escontrarás en el código QR.

Todos los libros de Dana Daríus se ecuentran disponibles en Amazon. Para saber más, escanea el código QR.

Página web de Dana Daríus, donde encontrarás curiosidades y más: